



CON- TEMPORÁNEA.

Toda la historia en el presente

Núm. 3 enero - junio de 2015



Presentación del número 3

La violencia, la política y los movimientos sociales son el tema del tercer número de *Con-temporánea*, donde se invita a los lectores a reflexionar el momento actual desde el punto de vista de la historia. Los autores de este número privilegian el análisis alrededor de los movimientos sociales contemporáneos y su relación con el Estado.

Este tercer número de *Con-temporánea* abre con la sección *Destejiendo a Clío*, donde a partir del ensayo de Sergio González Rodríguez, titulado *Campo de Guerra*, se plantean los grandes problemas del Estado neoliberal mexicano: la violencia, el miedo, los desplazamientos de campesinos por el despojo que sufren de parte de las grandes empresas mineras. Por otro lado, se aborda el fortalecimiento de los poderes regionales en detrimento del Estado-nación.

En la sección *Del oficio* Mario Camarena aborda un aspecto metodológico de la historia contemporánea: el análisis de las diversas fuentes (video, fotografía, entrevista de historia oral, observación, etcétera) con el fin de examinar no sólo los acontecimientos sino los procesos históricos. Gabriela Pulido y Lourdes Villafuerte abordan el movimiento social desatado a raíz de la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa, donde ambas autoras se refieren al papel de los jóvenes, en especial los estudiantes y sus formas de expresión; Rosa Casanova y Esther Acevedo analizan con su mirada de historiadoras a la fotografía y la caricatura que surgieron en torno a este movimiento; Lina Ospina y Mariana Castro reflexionan acerca de la participación de los niños colombianos en los conflictos armados. Begoña Hernández narra el asesinato de Gustavo A. Madero.

La sección *Expediente H* aborda, desde un punto de vista comparativo, ciertos problemas sociales en México y Colombia. El historiador Germán Feijoo ofrece una mirada sobre los problemas de violencia y represión que viven los trabajadores sindicalizados en un Estado que privilegia la flexibilidad laboral. Jorge Holguín y Yair Vázquez plantean una mirada de los grupos guerrilleros de México y Colombia durante la *guerra fría*, cuando estos grupos se enfrentan a Estados que no presentan opciones de negociación.

En *Homenaje* recuperamos ocho textos resultantes del evento “Homenaje a Dolores Pla” que se realizó en la Dirección de Estudios Históricos en el mes de agosto de 2014, los cuales son una evocación de nuestro querida colega y amiga Dolores Pla, recientemente fallecida, en sus diferentes facetas: como investigadora, como editora y como curadora de exposiciones; también hay textos que hablan de ella como amiga. Todo ello acompañado de una narración fotográfica de la vida de esta historiadora.

En la sección *Mirando libros* cuatro colegas revisan las novedades editoriales que incursionan en los temas relevantes del siglo XX y de la actualidad.

En *Post Gutenberg* ofrecemos un video de la entrevista a Federico Besserer sobre su más reciente libro *Ensamblando la ciudad transnacional*. En el audio presentamos la entrevista a Guadalupe Zárate y a Mónica Palma, sobre su gran amiga Dolores Pla. Por último, la narración de Rebeca Monroy, con material fotográfico de J. Raúl Pérez, del conflicto de Ayotzinapa.

La redacción de Con-temporánea lamenta comentar a sus lectores que los artículos dedicados a la fotografía y a la caricatura no van acompañados de las imágenes aludidas. La administración del periódico *La Jornada* nos pidió \$3 480.00 por el uso de cada una de ellas. Este criterio empresarial afecta a las tareas de investigación y difusión públicas, sobre todo en este periódico que es una fuente esencial de la historia reciente de nuestro país.

Repensar las “guerras” actuales

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:35

Pilar Calveiro*

Estos pequeños apuntes intentan discutir los aspectos interesantes y también problemáticos del concepto de “campo de guerra” para la comprensión de las violencias actuales.

Parece indudable que la construcción de escenarios bélicos es un instrumento para alcanzar la extraordinaria concentración económica y política que comprende la fase actual del capitalismo. Dos de ellos, en particular, han resultado especialmente útiles: la llamada guerra antiterrorista y la lucha o guerra contra el crimen organizado. Ambos proveen de “enemigos” cuya “peligrosidad” legitima no sólo el uso de la fuerza en general, sino específicamente de la fuerza militar de los Estados –la más importante y la más letal– por tratarse, justamente, de “guerras”.

La supuesta guerra antiterrorista ha habilitado procesos de invasión y ocupación por parte de las potencias en cualquier lugar del planeta. Para ello se partió de un fenómeno que existía desde mucho antes –actos o prácticas terroristas, verdaderamente insignificantes hasta ese momento– para avanzar hacia la construcción artificiosa del “terrorismo” como amenaza a la seguridad mundial. Este discurso se venía configurando desde antes del atentado a las Torres Gemelas, que permitió la declaración formal de “guerra”. Al hacerlo, más que enfrentar un problema real, lo configuró y lo potenció. La “guerra” antiterrorista multiplicó el número de organizaciones y atentados de esta índole, en lugar de debilitarlos, precisamente en los lugares en que se focalizó; es decir, no disminuyó el problema sino que lo potenció, lo que es en sí mismo llamativo. Se podría decir que provoca (en todo sentido) aquello que pretende prevenir; tiene el formato de una profecía auto cumplida, extraordinariamente útil para justificar la intervención militar de las potencias en cualquier lugar del mundo.

La intervención militar se acompaña con la transgresión de todo derecho y el uso de prácticas de excepción en el orden internacional. Así ocurre en el tratamiento de los prisioneros, “combatientes enemigos ilegales” a quienes se desconoce todo derecho o cualquier protección de las convenciones internacionales (como en Guantánamo); en la aceptación del uso de la tortura a través de interrogatorios irregulares (como en Abu Ghraib o los “sitios negros” de la CIA); en la realización de “rendiciones” o traslados ilegales de prisioneros, también ilegales, entre países (como ocurrió en gran parte de Europa, documentado por el Consejo de Europa).

Es decir que se enuncia como “guerra” un despliegue policiaco–militar (porque las fuerzas armadas realizan acciones sobre todo represivas contra la población civil) contra adversarios principalmente internacionales para justificar la ocupación de territorios y la eliminación de frenos militares, económicos o políticos a la expansión del capitalismo global.

Si la llamada guerra antiterrorista “abre” el espacio internacional para su eventual ocupación, se podría decir que la lucha contra el crimen organizado, también tematizada como “guerra”, tiene funciones semejantes, aunque dirigidas ante todo dentro del ámbito de la nación.

Como en el caso anterior, la declaratoria de “guerra” no contiene ni debilita el fenómeno sino que lo alimenta, como pudimos observar en México a partir de 2006. Las víctimas de la sociedad civil se multiplican, las violencias se agudizan y las redes mafiosas crecen.

También en este caso la “guerra” permite crear figuras de excepción dentro del derecho, que lo suspenden por lo menos parcialmente para los acusados de delitos pertenecientes al “crimen organizado”. Asimismo propicia prácticas de excepción, como las ejecuciones extrajudiciales, abiertamente ilegales pero “toleradas” por la “excepcionalidad” de las circunstancias. Se “alarga” así el brazo represivo del Estado, y se “legitima” esta ampliación por la situación bélica, construida como tal y potenciada por las propias políticas de combate. Como si fuera poco, al caracterizar este escenario en términos bélicos se habilita la intervención de las fuerzas armadas en tareas de seguridad interior, lo cual es completamente contrario a los principios de seguridad democrática y eleva considerablemente los niveles de violencia.

Todo ello se acompaña de un mayor punitivismo penitenciario, con el resultado de tener más personas presas, durante periodos más largos. No se trata de las cabezas de las redes criminales ni mucho menos de empresarios o políticos asociados a las mismas, sino de jóvenes, pobres y, en el mejor de los casos, miembros de la periferia de las corporaciones mafiosas. Hay que decir que el engrosamiento de la población penitenciaria, que está ocurriendo prácticamente en todo el mundo –propiciado por el auge de las políticas de seguridad que aumentan las penas y disminuyen la edad penal–, tampoco es ajeno a los procesos de acumulación. Grandes empresas apuestan e invierten en los sectores asociados a la seguridad en general y a lo penitenciario.

Ahora bien, si la “tematización” de estos fenómenos bajo la perspectiva bélica es tan útil para la reorganización actual del capitalismo, ¿no deberíamos reconsiderar su uso desde una perspectiva contra hegemónica?

En primer lugar, la mirada guerrera permite legitimar las violencias principalmente estatales. Pero además, pensar en términos bélicos supone identificar dos campos enemigos en oposición y combate a muerte. ¿Estamos de verdad en una lucha entre los Estados/gobiernos, por una parte, y las redes criminales, por la otra? Todo parece indicar que no. Más bien estamos frente a redes criminales densas que involucran distintos niveles de gobierno, fuerzas de seguridad, partidos políticos, empresarios e incluso grupos supranacionales. Esta asociación entre instituciones legales y redes delictivas, ¿involucra a todo el aparato estatal, político o económico? Por supuesto que no.

El Estado actual no es un Estado homogéneo; en realidad nunca lo fue completamente pero llegó a tener una capacidad de comando y centralización que ha perdido. Hoy estamos frente a Estados fragmentarios, penetrados por las grandes corporaciones privadas, tanto legales como ilegales, que negocia, tolera, combate o se asocia, a su vez, con fragmentos de las corporaciones criminales. Las grandes violencias de nuestro tiempo son violencias público-privadas, que impulsan procesos de apropiación por desposesión, disputan territorios y recursos entre distintos competidores nacionales o internacionales, con alianzas muy inestables. No tenemos entonces dos bandos en guerra sino distintas asociaciones público-privadas y legal-ilegales que despliegan una extraordinaria violencia para controlar territorios y recursos necesarios para los procesos de acumulación en curso.

No hay algo como una guerra contra el crimen sino la utilización de distintas ilegalidades como un recurso más para los procesos de acumulación y concentración; es decir, no se intenta eliminar al crimen sino controlarlo. Tampoco es una guerra contra la población; lo que interesa, una vez más, es controlarla, neutralizarla para impedir que resista o se oponga a los procesos actuales de acumulación salvaje. En este sentido, el miedo es uno de los recursos privilegiados por parte de estas redes político-económico-mafiosas.

Por último, hay que decir que la noción de guerra es peligrosa porque supone procesos de combate a muerte, que siempre terminan legitimando la eliminación de otros, quienes quiera que sean, pero que, no por casualidad, suelen ser los más débiles.

Es importante reconocer que los poderes hegemónicos construyen escenarios de guerra, como una forma de instaurar y legitimar violencias funcionales a la actual fase de acumulación y concentración del poder. Estos escenarios también permiten eliminar, con cierto disimulo y como si fueran “víctimas colaterales”, a activistas y luchadores sociales que se oponen a megaproyectos, desposesiones masivas y toda clase de abusos. En suma, el énfasis en la seguridad y la construcción de los problemas bajo la lógica de la guerra son funcionales a la actual reorganización hegemónica, de alcance global y de gubernamentalidad neoliberal. Sin embargo no son necesariamente útiles para pensar los mismos fenómenos desde una

perspectiva contra hegemónica. Desde mi punto de vista, contener el énfasis belicista es también contener las caracterizaciones y el lenguaje bélico impuesto por el discurso dominante.

* UACM.

Tags:

Destejiendo a Clío

guerra

terrorismo

violencias

poder

Explorar los presente-futuros. La violencia como “campo de guerra”

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:33

Carlos San Juan Victoria*

¿Qué procesos históricos se abren paso en las oleadas de violencia acentuada en México al arribar el siglo XXI? ¿Hablan de decadencias, disoluciones o de cambios sustantivos en sus regiones y en su perfil como nación y república? Con este propósito decidimos revisar una obra sugerente, exploratoria y atrevida, el último libro de Sergio González Rodríguez, *Campo de guerra*.^[1]

Editado en México en mayo de 2014, *Campo de guerra*, premio Anagrama de Ensayo, es una rigurosa y consistente investigación sobre la violencia mexicana que nuestro autor asocia a la oleada modernizadora desatada hace tres décadas. Este trabajo, al igual que dos ensayos previos de Sergio González Rodríguez, abre un debate a fondo sobre la complejidad de las tres últimas décadas de la historia contemporánea de México.

De las varias hipótesis fuertes expuestas en esta obra sobresale la idea de que se ha estado viviendo un proceso de integración mexicana a la gran potencia de los EEUU, una absorción territorial, de recursos y de rehechuras institucionales y culturales. Que en ese proceso resulta esencial el *campo de guerra* entendido como un laboratorio para el diseño de la gobernabilidad del miedo, de esquemas de control social y de formación de subjetividades bajo *shock*. Este duro diagnóstico se respalda con bloques de información detallada, análisis, reflexiones acreditadas y una obra reconocida nacional e internacionalmente.

Desde *Huesos en el desierto* (2002),^[2] González Rodríguez se convirtió en uno de los referentes intelectuales más intensos y coherentes para seguir la pista a ciertas realidades embrionarias que al paso de los años fueron adquiriendo un vigor sorprendente. Fue tras la huella sangrienta de la violencia contra las mujeres en Ciudad Juárez donde se registraron 300 asesinatos entre los años de 1993 y 2000. En una fusión de géneros (crónica periodística, investigación histórica y judicial y ensayo) describió los tejidos finos entre la delincuencia organizada, las autoridades locales, el auge empresarial de la zona, el arribo de inmigrantes del sur del país a esa ciudad de la frontera norte, la misoginia imperante y, sobre todo, la invención judicial de supuestos asesinos, de identidades falsas de las víctimas, de soluciones apresuradas. Asomaba la paradoja de una modernidad en las ciudades prósperas de la

frontera, cargada de violencia que convivía con algunos “resabios del pasado”, pero que sobre todo contenía en su ADN nuevos fenómenos sociales e institucionales de lo que venía.

En 2009 publica *El hombre sin cabeza*,^[3] la geografía territorial, simbólica e histórica del acto salvaje de cortar la cabeza de los contrincantes en las guerras del narco. La cresta climática de la ola de horror que envuelve al país desde fines de los años noventa y que se recrudece en la primera década del nuevo siglo. La senda brutal de la supremacía en territorios y negocios, del sometimiento por miedo, y sus muchos cauces históricos, de creencias, de brujería, de métodos de guerras contrainsurgentes.

Campo de Guerra cierra la trilogía sobre una regresión civilizatoria registrada en las décadas recientes con una mirada mucho más global, pero también del mapa interno mexicano, y atenta a las elites de la modernidad hegemónica y sus geoestrategias, a internet y el control poblacional, a los cambios en la subjetividad de las poblaciones afectadas por la violencia.

Aquí se hablará del plan estratégico de militarización del mundo, del modelo global de control y vigilancia y del campo de guerra en México a principios del siglo XXI [...] Un campo de guerra en particular expresa el tránsito del conflicto internacional a la interiorización de éste en las fronteras, los litorales o tierra adentro de un país. Y refleja un rechazo a las normas y las instituciones que las sostienen. [...] El campo de guerra que aquí se examina trasciende el territorio de la nación mexicana, sus vinculaciones con la frontera norte y la frontera sur del país, ya que América del Norte se despliega hacia la región centroamericana y del Caribe: se extiende como campo contiguo de operaciones bélicas del Comando de América del Norte hacia el resto del mundo. Un proceso de militarización que se remonta a la última década del siglo XX y en 2014 incluye focos de riesgo en Corea del Norte, Siria, Ucrania, Venezuela, entre otros. ^[4]

Es una mirada a México desde la globalidad imperante, una obviedad que contrasta con las visiones hegemónicas encerradas en la poderosa cortina de nopal de los imaginarios políticos. Se apuntan al menos tres preguntas que cimbran la narrativa acostumbrada. ¿Qué tan soberano y propio es este rumbo elegido y sostenido desde hace tres décadas? ¿Vivimos ya en un Estado de derecho? ¿Qué subjetividades surgen de este proceso histórico?

La época posnacional

Como se sabe, un tejido consistente del pasado reciente fue la renovación institucional en un país con vieja tradición al respecto. Se crearon mayores pesos a los poderes republicanos, el Congreso y el Poder Judicial subordinados al presidencialismo histórico; se renovó la representación política a través del voto ciudadano cada vez más importante; y creció la

pluralidad en gobiernos, congresos y partidos. La vieja tradición corporativa, pactista y autoritaria parecía superada, y reafirmadas las capacidades institucionales soberanas y democráticas.

Para nuestro autor el país entra en circuitos de decisiones posnacionales de colaboración con su vecino imperial, a partir del Tratado de Libre Comercio (1994). Una relación asimétrica donde el mayor Estado-nación vigente se proyecta al nuevo siglo y redefine sus espacios y nutrientes vitales en lógica geopolítica de gran potencia, dispuesta a reafirmar otro “siglo americano”. De manera especial sigue el trayecto de decisiones donde México se adscribe al Comando de América del Norte (Northcom), quien organiza las políticas de seguridad nacional de Estados Unidos surgido después del *shock* del 11 de septiembre de 2001, fecha en que George Bush hijo modifica la política de seguridad de su país; pasa por el Acuerdo para la Prosperidad y la Seguridad, el ASPAN (2005), hasta la Iniciativa Mérida (2008). Es un trayecto de homologación de ejércitos, policías, sistemas de justicia cada vez más punitivos, definición de “enemigos internos” con roles intercambiables entre “narcos” y “terroristas”, incremento de presupuestos y militarización territorial, y de fortalecimiento de los ejecutivos federales de ambos países, los principales impulsores de este proceso. Carlos Fazio, en su libro *El tercer vínculo*^[5] había ya realizado una empresa parecida.

Lo interesante de esta estrategia de poder para frenar la violencia iniciada por los “enemigos internos” es que la extiende. No debilita, sino que fortalece el negocio de las drogas y las armas, y de “casos pilotos”, como nombra González Rodríguez a Ciudad Juárez, se transita hacia espirales de mayor violencia que se expanden hacia los litorales, las fronteras, las mesetas centrales, los corredores de migrantes, tráfico humano y de drogas de las costas del Golfo. En ese vendaval las instituciones responden con el uso prioritario de la fuerza militar y policiaca, endurecen legislaciones punitivas y concentra en el Ejecutivo lo que se nombraría, fallidamente, como “guerra contra el narco”. Pero a la vez se hace más visible el déficit histórico en el ejercicio de un Estado de derecho bajo inercias de corrupción y de asociación con poderes fácticos. Pero sobre todo aparecen los “campos de guerra” que menoscaban los derechos humanos, generan acciones sin control legal y facilitan el brote de “estados de excepción”. Se trata de ciudades y regiones donde la confrontación violenta de un narco en metástasis guerrera, la militarización policiaca, el control territorial por poderes de facto crea espacios vacíos de derechos humanos y de gobernabilidad legal. Algo para la reconstrucción historiográfica: a la vez que México se integra y unifica en la geopolítica estadounidense, se fragmenta en su antigua unidad soberana.

El Estado de derecho

Existe en nuestro país una gran tradición constitucional e institucional. Una genealogía que cubre dos siglos de biografía republicana, con sus insuficiencias y limitaciones, pero también con su continuidad. A lo largo del siglo XX se acumularon graves déficits que redundaron en

un Estado de derecho sujeto a pactos, limitaciones y corrupciones. El tránsito hacia la democracia de las tres últimas décadas apostó a resolver y consolidar su eficacia y cobertura.

Con ayuda de informaciones e indicadores como el del World Justice Project, González muestra que la cadena institucional de la justicia (policías, ministerios públicos, jueces), naufragó en el mar de la corrupción, los pactos de impunidad entre poderes legales y fácticos y la discriminación a grupos vulnerables. Este hundimiento ocurre entre la niebla espesa del discurso oficial que anuncia avances significativos, reconocimientos constitucionales a la relevancia de los derechos humanos, legislaciones punitivas y reformas en seguridad pública.

[...] de acuerdo con dicho índice, la justicia criminal es deficiente (ocupa el lugar 63 de 66 países evaluados), prevalece la debilidad de sus investigaciones criminales y de los sistemas adjudicados y hay discriminación contra los grupos vulnerables, corrupción de jueces y de policías, violaciones en los procesos judiciales y a los derechos de los acusados (ocupa el lugar 64 al respecto). Además registra fallas en el encausamiento judicial de funcionarios y policías corruptos (lugar 59). En general, 91% de los delitos comunes no se denuncia debido a la ineptitud e ineficacia de las autoridades.[6]

Para González Rodríguez hay una transformación en ese delicado campo de la convivencia en apego a ley que se debe registrar y que se asocia y retroalimenta con la aparición virulenta del *campo de guerra*. La conversión del Estado de derecho en su negación, su ausencia, al que llama el An Estado, donde el prefijo designa la negación de sí mismo. Describe entonces a un híbrido estatal incapaz de auto corrección, simulador de legalidad y productor de una legitimidad frágil, donde florecen los entramados de asociaciones entre legalidad e ilegalidad, entre poderes institucionales y fácticos. “La violencia contra las instituciones mexicanas de los últimos años tiene una fuente común: el pacto suprainstitucional originado por los nexos criminales del poder político y económico con el narcotráfico”.[7]

Las subjetividades emergentes

¿Qué vidas surgen de ese orden de la violencia, qué microcosmos de emociones, sentimientos, percepciones e ideas se procesan en los campos de guerra y en la privación del Estado? El bisturí analítico de González Rodríguez explora sin concesiones los nudos vitales más reveladores de la naturaleza de los cambios. Por un lado la víctima, y en relación simbiótica el victimario, el mundo de la pérdida y el extravío y el de la supremacía grotesca e interminable.

El autor reconstruye varios trayectos de víctimas de la guerra entre narcos y las fuerzas de gobierno para advertir las transformaciones finas en las percepciones e ideas una vez experimentado el campo de guerra. A ese cambio, una distorsión sufrida por la alteración

violenta de su vida cotidiana, le nombra como anamorfosis, que le reconfigura como víctima y como no persona. Necesitados de una ley ausente que le ignora. Deseosos de recuperar la normalidad pero atraídos por el foco potente del daño perverso. Inermes ante poderes ilegales y legales que penetran la vida privada, la casa y arrasan e imponen sus reglas. Sujeto a las pedagogías del miedo donde puede ser destrozado como ejemplo en calles, barrios, redes delincuenciales y asociaciones entre poderes institucionales e ilegales. Reconvertido en cifras estadísticas donde se disuelven sus rastros de persona singular. “Mientras el campo de guerra lo permite, la persona es invisible; una vez que se vuelve visible y un objetivo, la persona entra en la anamorfosis, que tiene una cualidad adicional: expresa la desmesura. Frente a ésta, la persona se ve y se siente más indefensa. La desmesura o quiebre del orden convencional es la fábrica de los monstruos y las monstruosidades”.^[8]

La contraparte de esta simbiosis subjetiva del campo de guerra es la presencia también desmesurada del victimario. Un temple y una estética del miedo que adquiere su diversidad en las necesidades identitarias de las organizaciones criminales y en los ejércitos de *robocops*. Ropajes, transportes, armas se combinan en un barroco singular donde se mezclan alta tecnología, viejas creencias y rituales de inmunidad. El sueño salvaje del poder absoluto. En lugar del paisaje deseado de los ciudadanos que con la palabra razonada y reflexiva, el logos, y a través de diálogos y consensos construyen el fin de la historia, el abismo del horror donde resurgen dolientes y terribles ese par indisoluble de la víctima y el victimario.

Hacia el mapa completo

González Rodríguez advierte desde el inicio que trata de mostrar planes y procesos de militarización con modelos de control social y vigilancia que vacían a los hombres de su condición de persona y de ciudadano. Y con ello se interroga al proceso histórico vivido en las tres últimas décadas. Señala una tendencia del presente, no la única pero sí la del poder global del vecino y del local de las elites nacionales, capaz de convertirse en un futuro cierto de integración con desarticulaciones internas crecientes. Al respecto dos observaciones.

Primero, que el proceso que se desata es muy complejo. Por un lado, en efecto, cristaliza un híbrido estatal que mantiene intactas las fusiones de lo legal y lo ilegal, así como una segmentación de sus áreas de actuación y de relativa ausencia. Muy fuerte para garantizar líneas de integración, muy débil como jurisdicción abierta a sus ciudadanos masivos. Líneas que apuntan hacia una mayor integración subordinada, fuerzas que empujan la colaboración bilateral bajo criterios del Comando Norte, el predominio creciente del Ejecutivo, y las “urgencias” para operar reducciones y contenciones de los derechos humanos en nombre de la seguridad pública y nacional. Se trata de generar, bajo la figura ambigua del “enemigo interno”, un clima de guerra que propicie al Ejecutivo fuerte, al Estado de excepción y que equipare, de ser posible, al narco, al terrorismo y a las expresiones públicas de los movimientos sociales. Señalar este trazo y reconstruirlo es ya un acto de crítica y de prevención.

Segundo, que la otra cara de la moneda vivida en este proceso se ha manifestado a través de una peculiar constelación de actores civiles, políticos y sociales que, con sus modos y tiempos propios, en ocasiones confluyen en los hechos para rehabilitar al Estado constitucional garante de los derechos. Siempre a contracorriente, pero sin pausa y con recursos muy diversos, desde las movilizaciones masivas hasta los recursos legales para frenar transgénicos, expropiaciones de propiedad social, abusos de la policía, desapariciones forzadas, rehabilitar los debidos procesos y confrontar con todo ello, la tendencia hacia el Estado de excepción. Valga uno en la diversidad de ejemplos. “La Asamblea Nacional de Afectados Ambientales demandará al Estado mexicano ante el Tribunal Permanente de los Pueblos por no instaurar mecanismos de organización y expansión económica del sector social, así como por atropellar los derechos de los pueblos indígenas y comunidades campesinas, al autorizar a empresas mineras –entre otras– la destrucción de los sistemas de vida de éstas, anunció Alejandra Straffon Díaz”. [9]

Es fundamental advertir que incluso en esas tramas de poder desatadas hay un “campo” en el sentido de Bourdieu, una tensión de fuerzas y subjetividades --por fortuna muy plurales-- que abren el horizonte de lo posible. Precisamente de las experiencias brutales de “anamorfosis” surgieron tres de las grandes movilizaciones populares que a la fecha exigen un Estado garante de los derechos humanos: el movimiento de las víctimas de la supuesta guerra contra el narco, las marchas de las madres de los inmigrantes gravemente afectados en su paso por México y el reclamo de Ayotzinapa, que es una lucha puntual y con recursos muy variados, locales y globales, de movilización, confrontación y pleito legal nacional e internacional en torno a la justicia y su debida procuración.

Para ello es fundamental “ir más allá” del cuento hegemónico de que se vive entre la paz y la guerra, o de plano, en situación de guerra.[10] Se trata de recuperar la historia de esta constelación diversa y los procesos y acontecimientos que abre. De ahí puede surgir otro “presente futuro”, la posibilidad de desarticular las nociones en curso del “enemigo interno” y del “Estado de excepción”. Pasar de la “urgencia” para convertir decisiones delicadas en actos administrativos de un Ejecutivo fuerte, en la urgencia democrática del debate público, de la regeneración de los congresos y del Poder Judicial como poderes autónomos y como contrapesos efectivos.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Sergio González Rodríguez, *Campo de guerra*, Barcelona, Anagrama (Argumentos), 2014.

[2] Sergio González Rodríguez, *Huesos en el desierto*, Barcelona, Anagrama (Crónicas), 2002.

- [3] Sergio González Rodríguez, *El Hombre sin cabeza*, Barcelona, Anagrama (Crónicas), 2009.
- [4] *Campo de guerra*, ed. cit., pp. 9-11.
- [5] Carlos Fazio, *El tercer vínculo: de la teoría del caos a la militarización* (prólogo de Lorenzo Meyer), México, Joaquín Mortiz-Planeta, 1996.
- [6] *Campos de guerra*, ed. cit., p. 20
- [7] *Ibidem*, p. 22.
- [8] *Ibidem*, p. 85.
- [9] Matilde Pérez U, “El Tribunal Permanente de los Pueblos juzgará al Estado mexicano”, *La Jornada*, 22 de mayo de 2012, p. 39. Este Tribunal realizó un proceso de consulta durante dos años donde se documentaron las afectaciones de individuos, pueblos y organizaciones por la ausencia del Estado de derecho.
- [10] Alejandro Rodiles, “Las narrativas globales sobre el combate al narco en México y el derecho internacional”, *Revista Este País*, 1 de abril del 2013. <http://estepais.com/site/2013/las-narrativas-globales-sobre-el-combate-al-narco-en-mexico-y-el-derecho-internacional/> consultado el 22 de abril de 2015.

Tags:

Destejiendo a Clío
campo de guerra
control social
proceso histórico
historia contemporánea

Pensar la violencia. A propósito de Campo de guerra de Sergio González Rodríguez

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:36

César Valdez*

La tradición de los oprimidos nos enseña que el “estado de excepción” en que ahora vivimos es en verdad la regla.

Tesis VIII. Walter Benjamin.

El libro de Sergio González Rodríguez tiene la temible virtud de haber atinado y escarbado en un diagnóstico funesto de la realidad social y política mexicana. Publicado a principios de 2014, *Campo de guerra*^[1] describe, analiza y narra acontecimientos y situaciones que han sido naturalizados por la sociedad mexicana. La violencia ha devenido en el "buenos días" de todas las mañanas. No importa si es en voz de periodistas críticos o en la de los promotores del régimen. Las imágenes televisivas gozan de anonimato. Son masas amorfas, son miradas fijas que no parpadean, son rostros que no existen, y en los segundos que se muestran los productores se esfuerzan por difuminar y ocultar para evitar el choque con la mirada del espectador. Pero sabemos que ahí están. Lo que nadie nos explica es cómo llegaron ahí, quiénes fueron los responsables y, sobre todo, quiénes son, dónde vivían y qué significa su ausencia.

Lamentablemente, no hay respuestas de parte del gobierno. Los anónimos, luego de su salto al estrellato en un noticiero o en la primera plana de un diario, se convierten en un número. Hace algunos años, un par de diarios consideraron importante mantener en uno de sus extremos la suma de estos anónimos. Pero un día los dejaron de contar, quizá porque perdió sentido el ejercicio o porque pudieron considerarlo vergonzoso e insultante. Ante esto, ¿cómo podemos poner orden para darle sentido a lo que está pasando? ¿Cómo encontrarle lógica al miedo? ¿Cómo pensar la guerra en la que estamos inmersos?

Sergio González propone llevarnos a través de tres niveles de la realidad: el global, el nacional y el individual, en los que describe los distintos campos de guerra que ha creado la nueva perspectiva estadounidense de defensa global. En el nivel global describe el lugar que ocupa México, tanto geográfica como económicamente, en el flujo internacional de recursos, ya sean para la guerra o para el mercado de estupefacientes. Se pone el acento en afirmar que más que

un valor económico para Estados Unidos, la estrategia adquiere una dimensión de dominación y vigilancia. Según el autor, la CIA estaría promoviendo la desestabilización del actual gobierno para integrar a México en una cadena de mando única desde el Pentágono hasta Los Pinos, pero ¿de verdad conviene a Estados Unidos la falta de estabilidad política y económica en México? De ser así, ¿cómo reaccionaría el crimen organizado al saberse “utilizado y promovido” por los intereses del vecino país del norte? Dicha afirmación de una “desestabilización controlada” ¿no exime de ciertas responsabilidades al gobierno mexicano?

El libro incluye mapas que resultan sugerentes, al paso de las páginas van adquiriendo vida y nos permiten descender hacia el nivel nacional y encontrar la dinámica de los campos de guerra internos. Podemos ser testigos de cómo el espacio se reduce y los terrenos de conflicto se sobreponen. En esta dimensión es donde el autor advierte la ausencia del Estado. Una fuerte presencia institucional, que crea comisiones, contrata deuda para armarse “mejor que la delincuencia”, que recaba pruebas, que investiga y hace operativos, y que al mismo tiempo no es capaz de hacer cumplir la ley. En el fondo, González se refiere a una simulación en la que los mecanismos parainstitucionales como los pactos, se mantienen como el as bajo la manga de las negociaciones políticas y económicas.

Personalmente, la “anamorfosis de la víctima”, la dimensión personal e individual del asunto, me pareció la parte más esclarecedora de la estrategia de control y manejo de daños del gobierno mexicano. En ella el autor devuelve a la vida y pone nombre a esas masas anónimas, a las que, además de negárseles la identidad, se les señala como sospechosas. Para nuestra sociedad, que actúa “racionalmente”, nadie puede morir “así nada más”, entonces seguramente esos anónimos “algo hicieron”. La microbiografía de los “cuerpos/persona” se adelanta unos meses al reclamo de la memoria de las víctimas que ha alcanzado eco internacional en el caso Ayotzinapa. Devolver la identidad a los que no están pasa de ser una acción reivindicativa a convertirse en una actividad subversiva que aspira a resquebrajar la táctica de control de daños del gobierno mexicano.

Sergio termina abordando las contradicciones de la protesta social y su dilema ético-moral para cambiar de rumbo la situación política. Sin decirlo de esa manera, aparece la dicotomía violencia-democracia que presenciamos en los últimos meses. La izquierda en proceso de radicalización aplaudió las llamas en las puertas de Palacio Nacional, pero la izquierda democrática condena y llama intolerantes a quienes optan por la acción directa. En las protestas, los democráticos condenan a quienes usan capuchas para intentar escapar a las cámaras y drones que suelen aparecer como invitados del sistema de control y espionaje gubernamental. Es claro que la sociedad no termina de comprender cómo opera esta nueva forma de Estado que se autodebilita para aumentar la represión o que se ausenta para mantener la vigilancia. El autor traza todos los elementos que a finales de septiembre de 2014 estuvieron presentes en Ayotzinapa.

Quizás una de las carencias del ensayo de González Rodríguez sea no apuntar la historicidad de los actores sociales involucrados. Políticos, ejército y empresarios han vacilado históricamente entre la legalidad y la ilegalidad, no es nada nuevo; sin embargo, como se relata en el texto, hay elementos nuevos. Hasta mediados de los años ochenta el control del crimen organizado, su distribución y sus posibilidades de consolidación pasaban por la autorización de un Estado que rayaba en la omnipresencia. Actualmente, son los políticos quienes deben aceptar las condiciones del crimen organizado, si es que desean ocupar un puesto de “elección popular”. En los territorios en conflicto es la coerción y el temor los que decide quiénes y cómo van a gobernar, y no un tribunal electoral o los ciudadanos.

Campo de guerra es un ensayo que trata de evitar que la realidad mexicana se analice de forma fragmentada, y busca que el lector sea capaz de mirar las interacciones de los nuevos espacios de conflicto, tanto reales como virtuales. Quizá sus hipótesis puedan ser profundamente cuestionables, pero el diagnóstico no. En fin, Sergio González termina por confirmar que en estos tiempos la única certidumbre es la incertidumbre y que los conceptos de la modernidad no son suficientes para comprender la situación que vivimos todos los días.

* DEH-INAH.

[1] *Campo de guerra* es considerado la tercera parte de una trilogía iniciada en 2002 con *Huesos en el desierto*, donde el autor se ocupa del tristemente célebre caso de las muertas de Juárez, y seguida por *El hombre sin cabeza*, ensayo que aborda el tema del miedo y la internacionalización del acto de mutilación.

Tags:

Destejiendo a Clío
campo de guerra
narcotráfico
seguridad
papel del Estado

El presente: materia de la historia

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 - 00:06

Mario Camarena Ocampo*

El interés por escribir mis reflexiones acerca de la historicidad de lo contemporáneo surgió de los recientes acontecimientos en México: los feminicidios de Ciudad Juárez, en el estado de Chihuahua; las luchas por la defensa de las tierras contra las empresas mineras; los movimientos por la defensa de la ciudad contra la Súper Vía y otros proyectos; el movimiento magisterial, el movimiento #Yo soy 132, en el contexto de la elección presidencial de 2012, el movimiento estudiantil del Instituto Politécnico Nacional y el caso de la desaparición de estudiantes normalistas de Ayotzinapa, en el estado de Guerrero. Ante este cúmulo de movimientos sociales, hay una inquietud por aclarar los procesos que culminaron en los movimientos mencionados y conocer la experiencia de las personas; es decir, desde el sujeto.

En algunas escuelas de historia se desestima y se desestimula los estudios que abordan sujetos y objetos recientes bajo el argumento de que los fenómenos recientes sencillamente no son historia sino que son temas y sujetos del ámbito de la sociología, la antropología, la politología o el periodismo, como si la visión del historiador tuviera que esperar a que los sujetos envejecieran, o murieran, y los documentos se hicieran amarillos. El presente entonces no es historia contemporánea, los problemas actuales no son un asunto de historiadores.

La historia contemporánea no es cuestión de edad ni de color, sino de la manera en que se concibe la disciplina de la historia; es decir, es necesario incorporar el concepto de *proceso* en los análisis de la sociedad que estudiamos. El proceso es un conjunto de fases sucesivas de un fenómeno social que nos permiten entender el momento presente, entendiendo los cambios y continuidades que se han operado hasta el presente.

Es muy común que las definiciones más descuidadas de lo que es la historia digan que se trata de una disciplina que estudia “el pasado”; en cierto sentido es cierto, pero no hay que perder de vista la relación dialéctica entre pasado y presente; es decir, el pasado y el presente se influyen mutuamente. Mi posición se aleja de esta visión simplista de nuestro quehacer, pues concibo la historia como una disciplina del contexto y del proceso.^[1]

Los fenómenos que vive una sociedad sufren cambios a través del tiempo de acuerdo con las necesidades de ésta, los cuales se dan dentro de un contexto. Desde este punto de vista los

fenómenos y sujetos sociales del presente se pueden estudiar desde la historia incorporando el *proceso* y el *contexto*.

El estudio del momento contemporáneo presenta varios problemas sobre los que hay que reflexionar: ¿cómo abordar y tratar fuentes que se están produciendo al momento en que se desarrolla un movimiento social?, ¿cómo construir un problema de investigación histórica desde el presente?, ¿qué papel tiene la posición política del propio investigador al estudiar un tema contemporáneo?

Hasta hace poco tiempo, en México se creía que sólo los documentos escritos servían para la interpretación histórica; en la actualidad la historiografía ha demostrado que se puede trabajar con cualquier tipo de fuente, siempre que reciba el tratamiento adecuado en cuanto a la crítica. La actualidad enriquece este aspecto. Las fuentes para estudiar los fenómenos contemporáneos son múltiples: fuentes orales, documentales, visuales (foto, video, cine), caricatura, vestigios urbanos (calles, edificios) y, últimamente, la información en línea.

El acceso a ellas no es otra cosa que la ruptura con la camisa de fuerza que significaba el valor definitivo que se le daba a la fuente documental, lo cual nos obliga a afinar la manera en que trabajamos esta diversidad de referencias. Por otra parte, los avances de la historiografía y la riqueza informativa de internet nos llevan a cambiar las formas de interpretar las fuentes. ¿Cómo trabajarlas para esta historia contemporánea que penetra a nuestro presente?

El 3 de enero de 2015, los vecinos del pueblo de San Pedro Mártir participaron en la peregrinación a la Basílica de Guadalupe organizada por el Arzobispado de México en el contingente de la octava vicaría. En esta ocasión manifestaron su punto de vista sobre el asunto de la desaparición forzada de los 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa.

La imagen plasmada en una manta nos habla de un grupo de católicos que expresa su punto de vista sobre el acontecimiento del 26 y 27 de septiembre de 2014 que culminó con la desaparición de los normalistas de Ayotzinapa. Muestra la cara de la Virgen de Guadalupe y un texto que hace referencia a la protección de sus hijos más débiles, refleja con nitidez la toma de posición de este grupo de acuerdo con los valores cristianos; es decir, hace referencia a la forma de ver los problemas desde la posición del grupo que ideó esa imagen.

La manta estuvo expuesta en la puerta de acceso al atrio de la parroquia desde el 12 de diciembre, y en la peregrinación de la Arquidiócesis de México celebrada el 3 de enero de 2015 la manta encabezó el contingente de la parroquia de San Pedro Mártir. La Arquidiócesis de

México está organizada en ocho vicarías encabezadas por obispos auxiliares, a cada una de las cuales pertenecen las parroquias y capillas de la ciudad. En la octava vicaría están los pueblos y colonias del sur del Distrito Federal, por lo que las personas caminan con sus estandartes, elementos muy importantes y de un gran valor simbólico; en consecuencia, el hecho de que haya sido la manta y no el estandarte el que se puso por delante denota que la toma de posición de este grupo de católicos frente al conflicto que estamos viviendo en el país signifique una ruptura con el tono que tenía la peregrinación en general, que era de lanzar porras a la Guadalupana y a Cristo, y de cantar alabanzas y rezar el rosario.

La imagen de la manta fue profusamente fotografiada y las personas manifestaban respeto y apoyo al mensaje de la manta. Actualmente la manta ya no está expuesta, pero la imagen y su mensaje están documentados en la fotografía, la cual constituye una fuente. La foto es un documento que debe interpretarse a partir del momento en que se generó. *Lo que propongo es que este documento se vea desde su propio contexto; es decir, desde los ojos del fotógrafo y desde el sentido que tiene la propia imagen.* La foto está cargada de sentidos y significados que deben ser explicados. Dicha fotografía nos dice muchas cosas: refleja el interés del fotógrafo por la imagen, posiblemente su simpatía por el movimiento; la foto documenta la posición de quienes crearon la imagen fotografiada y también el conflicto que se vive (hay 43 personas desaparecidas). Para un historiador este documento refleja un momento dentro de un proceso que es necesario dilucidar.

El investigador de un periodo histórico construye una forma específica de interpretar las fuentes de acuerdo con el contexto en el que la fuente se generó. Estas fuentes se expresan mediante un lenguaje que tiene un significado preciso para cada periodo histórico. La fuente entonces es un producto de la sociedad en un contexto histórico.



¿Cómo trabajar el proceso en el periodo contemporáneo?

Como historiador interesado en explicar el funcionamiento de la sociedad desde el momento actual sostengo que los “acontecimientos” actuales tienen un proceso que hay que buscar en el pasado y, por lo tanto, son materia de la disciplina de la historia, ya que hay una relación dialéctica entre pasado y presente, y entre presente y pasado.[2] En el caso del movimiento social generado a partir de la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa tiene profundas raíces en los poderes caciquiles y los conflictos que desata en esa región desde el periodo posrevolucionario, y posteriormente con las guerrillas de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez Rojas, la *guerra sucia* de las décadas de 1970 y 1980, la matanza de Aguas Blancas y el embate contra las normales rurales en el país en los últimos años, entre ellas la del Mexe.

Los historiadores estamos preocupados por explicar los procesos sociales de las personas que participan en un acontecimiento social. El estudio del proceso es lo que le da sentido histórico. Corresponde al historiador analizar el proceso desde las múltiples fuentes disponibles e incorporarlo al análisis de los acontecimientos.

¿Somos parte del objeto de estudio?

Los estudiosos de la historia contemporánea nos topamos con que, en muchas ocasiones, los problemas que abordamos son aquellos que nos toca vivir y ante los cuales tenemos una posición. Se suele usar como argumento en contra de la historia contemporánea el que si el estudioso vive lo que estudia, se le acusa de falta de “objetividad”; pero estoy convencido de que el problema no es ése, sino la manera en que nos ubicamos en esa investigación; la pregunta es: ¿qué papel juega el investigador, con sus cargas subjetivas, en el análisis de procesos contemporáneos? Es una pregunta que dejo abierta para la reflexión de los historiadores; pero quisiera aventurar la mía.

Los historiadores asumimos una postura frente a nuestros temas, sean procesos contemporáneos o antiguos, pues nuestra propia vida influye en lo que estudiamos, marca los ámbitos de la curiosidad, de lo que atrae y de lo que se rechaza. El problema real es no esconder esa subjetividad que somos, sino crear un contrapeso analítico y ético. Nuestro objetivo no es calificar o juzgar un proceso, sino explicarlo, para lo cual debemos hacernos de las herramientas conceptuales y metodológicas que nos permitan analizar y ofrecer explicaciones razonables; es decir, lo que atempera una supuesta subjetividad al abordar procesos contemporáneos es el rigor en la aplicación de un método, lo cual implica la debida crítica de fuentes, la claridad y pertinencia de los conceptos de análisis y, muy importante, nuestra propia ubicación en la investigación.

Este último punto merece una explicación. Al emprender una investigación hay un ingrediente del que apenas se habla: que el tema a estudiar nos gusta, y nos gusta porque tiene que ver con la historia de nuestra propia vida; en consecuencia, se añade al gusto la pasión por saber, por averiguar algo que nos es importante. Como especialista en la historia oral, puedo decir que al acercarme a las personas que acceden a darnos su testimonio, el asunto comienza a construirse a partir de una empatía que se opera en la manera de preguntar y las respuestas del entrevistado; si no hay dicha empatía, la entrevista se frustra, es decir, debe haber cierto grado de confianza entre el entrevistador y el entrevistado.

Pero este proceso es muy complejo, pues el investigador al mismo tiempo que despliega la empatía mencionada, debe tener claridad en su objetivo de investigación y en los conceptos, las técnicas y el método que debe aplicar en el curso de una entrevista; así, hay una combinación entre empatía y rigor académico. Al realizar el análisis de esta fuente, el estudioso echa mano de sus herramientas conceptuales y metodológicas. En el ejemplo que estamos manejando, el entrevistador asume su empatía para concentrarse en la aplicación de su método con rigor; es decir, tiene un cambio de actitud frente a su fuente, para realizar el análisis y ofrecer explicaciones plausibles a los procesos sociales contemporáneos.

Dialéctica entre pasado y presente: preguntas de investigación

Los historiadores preguntamos desde el presente, pues no podemos despojarnos de lo que somos y del momento que nos ha tocado vivir; es decir, de nuestro propio contexto. Tomando en cuenta la frase de Croce, “toda historia es historia contemporánea”, nos ponemos en contacto con la relación dinámica (dialéctica) entre presente y pasado. El conjunto de acontecimientos sociales contemporáneos con toda su complejidad tienen un proceso que viene del pasado y que es necesario estudiar; por otro lado, los estudiosos que están interesados en épocas pasadas buscan explicar los procesos que se expresan en las sociedades contemporáneas.

El siglo XXI mexicano revela cambios sustanciales en todos los ámbitos de la vida social: el Estado está en un proceso de transformación, en el cual su interés ya no está centrado en las necesidades e intereses de los ciudadanos, sino de las empresas nacionales y transnacionales que están arrasando a los campesinos. Los miembros del gobierno muestran falta de pericia y de oficio político en el tratamiento de movimientos sociales de todo tipo, con una clara tendencia hacia la represión de todo aquello que no les favorece; los partidos políticos están totalmente desprestigiados, por su connivencia con un gobierno corrupto y torpe, y alejados de los ciudadanos que debían constituir sus bases; hay un gran fortalecimiento de los poderes regionales (cacicazgos), penetrados, además, por la delincuencia organizada, de tal manera que políticos, empresarios, caciques y mafiosos constituyen, hoy por hoy las “elites” en México.

Por otro lado, los ciudadanos más conscientes –ante la repulsa hacia los partidos– han encontrado espacios de participación en organizaciones ciudadanas, entre ellas las organizaciones no gubernamentales, los grupos de defensa de los derechos humanos, las autodefensas y la policía comunitaria en el campo y, en general, en las asociaciones cívicas y en los movimientos sociales. Los jóvenes enfrentan una situación muy difícil por falta de oportunidades de estudio o de trabajo, aunado con un embate contra ellos, lo cual incluye la supresión de herramientas de análisis en la educación formal al reducir a su mínima expresión las clases de historia y de filosofía. De otro lado, han estado avanzando, casi sin percibirlo, valores que inhiben la cohesión y la organización de los jóvenes, como son el individualismo y la competencia entre ellos, así como una nueva “brecha generacional”; es decir, la cultura del codazo.

Todo este contexto forma parte, o debería formar parte, de las preocupaciones y reflexiones de los historiadores; este artículo es una invitación a la comunidad académica a formular nuevas preguntas y proponer conceptos y métodos para el estudio sistemático de los procesos sociales contemporáneos.

* Dirección de Estudios Históricos INAH.

[1] “La historia es la disciplina del contexto y del proceso: todo significado es significado en contexto, y cuando la estructura cambia las formas antiguas pueden expresar funciones nuevas y las funciones antiguas pueden expresarse en formas nuevas y significado”; E.P. Thompson, *Historia social y antropología*, México, Instituto Mora, 1994, p. 66.

[2] Jacques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona, Paidós (Surcos, 14), 2007.

Tags:

[Del oficio](#)

[historia contemporánea](#)

[investigación histórica desde el presente](#)

Ayotzinapa, la suma de todos los miedos

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:05

Gabriela Pulido Llano*

“Hijo, mientras no te entierre,
te seguiré buscando”
Frase impresa en las playeras
de las madres de los
43 estudiantes desaparecidos
en Iguala.
Marzo de 2015

Ayotzinapa y el mundo al revés

El segundo encabezado de este artículo, “Ayotzinapa y el mundo al revés”, fue una ocurrencia trastornada después de haber escuchado las palabras con que el ex procurador general de la República, Jesús Murillo Karam, definía la “verdad histórica” de los 43 estudiantes de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos, en el estado de Guerrero, desaparecidos la noche del 26 de septiembre de 2014. Cuatro meses después, el 27 de enero de 2015, Murillo Karam ofreció una amplia conferencia de prensa en la que presentó sus conclusiones del caso, las que denominó como la “verdad histórica”. En un video que recuerda este episodio, el titular del noticiero nocturno de Televisa, Joaquín López Dóriga, preguntaba al ex procurador si las evidencias y confesiones habían sido suficientes para declarar muertos a los estudiantes. Éste respondió: “Aquí es suficiente para declarar que hubo un homicidio, porque hay confesiones y esos que ya están identificados fueron asesinados en ese lugar”.^[1] En esa entrevista telefónica concedida un día después de la conferencia de prensa, agregó que la Procuraduría General de la República (PGR) declaraba como ultimados a los 43 estudiantes y que dicha resolución daría inicio a una investigación por parte de las instancias judiciales correspondientes.^[2]

Por otro lado, en el noticiero de la periodista Carmen Aristegui, de la cadena MVS, se reunieron el 9 de febrero los analistas Lorenzo Meyer, Sergio Aguayo y Denise Dresser para discutir los alcances de esta declaración. Meyer señalaba que el argumento de la “verdad histórica es absurdo, para los historiadores no puede haber verdad histórica, ya que siempre habría algo que añadir para explicar el acontecimiento”. Afirmó “que el problema político y cultural es la

falta de credibilidad, porque el gobierno da explicación como en el caso del 68 y Díaz Ordaz la asume como verdad histórica, y después salió más información”. Señaló que “en el caso Ayotzinapa buscaron a peritos argentinos para dar una dosis de credibilidad a la investigación y resulta que los argentinos se contraponen a la PGR”. Los expertos argentinos debían reconocer las cenizas de los supuestos cuerpos calcinados de los estudiantes; sus conclusiones fueron entonces desestimadas. Al respecto, de acuerdo con Denise Dresser en la misma mesa de debate, el de Murillo Karam fue un “comunicado agresivo”, en el que se “desacredita a los argentinos”, “no son autoridad”, “no cuentan con facultades”, “especulan en vez de tener certezas”, etcétera. De acuerdo con Sergio Aguayo, todo esto sólo puso en evidencia “el divorcio entre Estado y ciudadanía”. En sus palabras, “los ciudadanos vemos a unos gobernantes más bien ineptos”.^[3]

La lógica del espectáculo televisivo de Murillo Karam dejó suspendidas las palabras, los conceptos, el discurso confuso revoloteando en la mente —en las novelas policiacas, mientras no haya cuerpos o pedazos de cuerpos, y armas homicidas, no hay evidencia— de quienes seguíamos de cerca las declaraciones, la mezcla de lo incierto con el sello autoritario en las revelaciones de los funcionarios involucrados en el caso. ¿Se consideraba homicidio, o el *estatus* de los 43 era de desaparecidos?, ¿por cuál definición se inclinaban las autoridades?, ¿hasta qué grado imperaba la impunidad?, ¿qué nuevos elementos se agregaban a la fantasía de los funcionarios involucrados y sus cada vez más cotidianos montajes televisivos? Evidencia, confesiones, verdad, historia, palabras en las que reparamos los historiadores, se quedan por el momento en el tintero de la interpretación. ¿Cómo hacer historia con el corazón hinchado?

Ligadas a las declaraciones oficiales, surgieron voces que señalaban a los 43 muchachos desaparecidos diciendo: “Les ocurrió esta desgracia por andar en los desmanes en vez de estar estudiando”. Bueno, “no sabemos en qué malos pasos andaban que el cártel de Guerreros Unidos tuvo que encargarse de sus destinos”. “Sus familias: son unas vividoras, que ya no quieren regresar a la milpa”; “ya encontraron”, dicen, “un *modus vivendi*”. Esto lo dijo Luis González de Alba el 6 de febrero de 2015: “Los padres se niegan a ver las evidencias porque eso implica volver a la milpa, al trabajo: se acabaron las caravanas de autobuses de primera clase, los hoteles, las recepciones como héroes”.^[4] Exclamaban también: “La PGR sólo espera las declaraciones del director de la Normal Rural de Ayotzinapa, para saber por qué éste los envió a robar camiones y poder integrar dichos datos a la “verdad histórica”.^[5] Otras tantas acotaciones y opiniones y declaraciones y aberraciones hemos tenido que padecer desde septiembre de 2014: frases que indignan y hacen llorar de rabia e impotencia. ¿Cómo entender la propaganda que hay detrás de dichos enfoques?, ¿dónde buscamos la objetividad que, para ser “legítimos” historiadores, nos enseñaron en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM?, ¿cómo no regañamos, censuramos, recriminamos a los sujetos de la historia reciente, como nos pedían nuestros maestros?

Luego del recuento de sus “certeras” pesquisas e “indiscutibles” resultados, molesto por la inclinación que había tomado el caso y las preguntas incesantes que llovían acerca de las acciones de la PGR cada vez que aparecía en público, el procurador respondía sin contención. Los analistas dirían que fue hasta grosero y agresivo. Concluía que —sólo buscaba darle un giro de 180 grados al tema— la “verdad” ya estaba dicha y seguía esperando que se presentara ante él el director de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos para explicar por qué había enviado a los estudiantes a robar camiones. Para entonces, ¿cuántos miembros del ejército habían sido detenidos?, ¿dónde estaba entonces el gobernador de Guerrero?, ¿dónde los responsables de que la investigación iniciara días después? Es decir, el mundo al revés: las víctimas se vuelven verdugos o aliados de ellos, los patos le tiran a las escopetas (que me perdone María Elena Walsh) y, efectivamente, “dos y dos son tres, nadie baila con los pies, un ladrón es vigilante y otro es juez, y un perro pekinés se cae para arriba y no puede bajar después”.^[6] La criminalización de las víctimas es un asunto recurrente que se presentó en otros casos cercanos a los acontecimientos de Ayotzinapa, en Tlatlaya y Apatzingán, acerca de lo cual no ahondaremos aquí. El miércoles 11 de marzo, ahora como titular de la Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano, Murillo Karam le dijo a los periodistas, en un acto en Veracruz, “no me pregunten de Ayotzinapa”.^[7]

La postura concluyente de la Procuraduría, avalada por el presidente, y por el silencio cómplice de los poderes Legislativo y Judicial, tuvo como voceros, en los últimos meses de 2014, a algunos irritantes *opinólogos* en la prensa mexicana. Las versiones de las autoridades, que buscaban cerrar definitivamente el expediente Ayotzinapa y recuperar la credibilidad de los ciudadanos, parecían ya ofensivas y obtusas a los ojos de mucha gente que seguía exigiendo justicia. Que desde el gobierno escucháramos las interpretaciones más disparatadas para distraer y confundir, apoyados en algunos medios de comunicación, no podía extrañarnos. La maquinaria puesta en marcha, como siempre. Otras voces que se inclinaron por la versión oficial, sin cuestionarla, escritores que dicen tomar a la historia como guía en sus compromisos profesionales, trataron de influir en la opinión pública. Aunque superficiales, sus dichos confunden. Son propagandistas. Hacen bien su trabajo.

El 11 de noviembre del 2014, el *célebre* Luis González de Alba, popular por sus comentarios elaborados *ad hoc* para defender la causa gubernamental —tan necesitada de defensa— publicó en su columna “De la Calle”, del periódico *Milenio*, el artículo titulado: “De la novatada a la tragedia”.^[8] En éste argumentaba que:

Había ocurrido durante años, décadas, sin producir tragedias; pero confluyeron circunstancias inesperadas y debimos escuchar, de voz del procurador Murillo Karam, el relato espeluznante con que terminó una de tantas “acciones” que la escuela normal rural de Ayotzinapa emprende todos los días: los estudiantes mayores vejan a los de nuevo ingreso con novatadas: secuestrar autobuses para ir a obtener dinero

para la causa. [...] ¿Y por qué asaltan camiones de cerveza y de golosinas, destruyen negocios a su paso? Porque exigen plaza de maestro automática, sin concurso de oposición para seleccionar a los mejores, definitiva y sin causales para despido: ni faltas consecutivas, como en la UNAM y el IPN, ni quejas de los alumnos por impreparación de las clases o por acciones que hacen perder otros empleos. En esta ocasión, la orden a los novatos consistió en ir a Iguala para arruinarle a la primera dama municipal, María de los Ángeles Pineda, su ocioso informe de labores frente al DIF y su lanzamiento como candidata a la presidencia municipal, ocupada por su marido, José Luis Abarca, apoyado por una coalición de partidos entre los que el más fuerte era el PRD. ¿Sabían los organizadores del divertido sabotaje al informe que la dama era cabecilla del grupo Guerreros Unidos, amo regional del narcotráfico? Ese fue el factor detonante. [...] El alcalde se había adelantado y prevenido a su policía municipal. Ésta detuvo los camiones robados, atacó otro donde mató a seis personas, entre ellas un joven futbolista de tercera división. A los fallidos reventadores de la fiesta los llevó a Cocula. La colusión entre policías municipales y crimen organizado hizo lo demás: los entregaron a Guerreros Unidos, al parecer señalados como elementos de un grupo rival, Los Rojos. No todos, pero sí 17. No se ha confirmado este dato. Pero, firme o no, si lo creyeron los Guerreros Unidos capitaneados por la señora Pineda explica la revancha feroz contra los normalistas. Éstos sólo supieron que debían reventar una fiesta, y eso lo saben hacer y lo habían hecho un año antes. ¿Iban revueltos miembros de Los Rojos, con planes de atacar a Guerreros Unidos? Sidronio Casarrubias, líder máximo de ese grupo criminal, detenido el 16 de octubre, ante el Ministerio Público sostuvo que la noche del 26 de septiembre recibió un mensaje de su lugarteniente, El Cabo Gil, quien le informó que había detenido un grupo contrario. Supuestamente de Los Rojos. Sidronio Casarrubias le ordenó que los matara. Fin de la “novatada”. Las detenciones y entrega a criminales las ordenó el alcalde Abarca, las realizaron policías municipales de Iguala y Cocula; la muerte la ordenó Sidronio ante informe de El Gil; tres ejecutores están detenidos y confesos. Los restos están localizados. Falta el primer eslabón: ¿quién putas madres envió a los muchachos a la boca del lobo? [...] [9]

González de Alba reproduce como ciertos testimonios imprecisos, a los que adereza con interpretaciones simplistas. Por ejemplo, sabe *de facto* que los estudiantes de Ayotzinapa hacen desmanes para obtener plazas de maestro, sin presentar concursos de oposición. Sabe que los ejecutores de la desaparición, que están detenidos y confesaron, dicen la verdad sin duda alguna, son gente de cuya palabra no hay que dudar. Sabe que el haber tomado los camiones era una “novatada” por parte de otros estudiantes y el director mismo de la Normal.

El miedo se nutre de estas versiones propagadas por la prensa. Aquello que no se puede definir, pero se formula como una verdad, genera confusión e incertidumbre. Se confirma a través de los miedos de quien recibe la información. La fórmula de los argumentos de este

escritor es: infamia más duda más incertidumbre igual a miedo. Algunos de los sujetos representativos de la “otra versión” en esta historia reciente han estado desde entonces expuestos, a través de las palabras de gente como González de Alba, a la duda infame: el director de la Normal Rural, los padres de los estudiantes desaparecidos, los periodistas que no aceptan la conclusión de Murillo Karam, los organismos de derechos humanos, los estudiantes y población, en general que se ha manifestado en las calles con la opinión de que sí se trató de un crimen de Estado (los “solidarios” los llama). ¡Qué lata!, según el *opinólogo*, todos estos sujetos que no entienden que el entonces procurador es el único que ha dado una versión convincente de los hechos y quieren seguir aprovechándose de la circunstancia. ¡Qué lata que se recrimine a Enrique Peña Nieto por un asunto que “no es de su competencia”!, si sólo es el presidente, qué podía hacer él, si el presidente municipal José Luis Abarca y su esposa María de los Ángeles Pineda habían tramado todo desde el aparato de su narcogobierno.

Al respecto escribió en otro artículo —misma columna, mismo periódico— titulado: “Ayotzinapa: ¿y el “móvil de la otra versión?””, el 29 de diciembre de 2014:

A los normalistas de Ayotzinapa los entregó un alcalde del PRD, José Luis Abarca, a narcos donde están padres y hermanos de su esposa; ambos huyeron y fueron localizados y detenidos por la PGR. Los jóvenes murieron a manos de narcos, Guerreros Unidos, porque eran o creían que eran de los narcos contrarios, Los Rojos. Están detenidos los autores intelectuales: el alcalde perredista Abarca y el capo Sidronio Casarrubias, y los autores materiales y confesos del crimen: los quemaron en 16 horas con llantas que alcanzan 1 500 grados, pulverizaron los restos, los embolsaron y vaciaron en el río San Juan. ¿Prueba?: buzos encontraron varias bolsas en el fondo. Un trozo de hueso calcinado dio ADN, según los genetistas de Innsbruck, de uno de los 43. ¿Qué más buscan? [...] Una activista con las tetas al aire (con este puto frío) fue reprimida por la Gendarmería del Papa sólo porque intentó llevarse al Niño Jesús del nacimiento. ¡Represión! ¡Fuera Peña Nieto! Una empleada de la tienda departamental Liverpool apareció ahorcada. Una familia completa apareció muerta dentro de su hogar en Santa Fe. ¡Fue el Estado! ¡Peña Nieto asesino! ¡Fuera Peña Nieto! La Peugeot tiene desde septiembre mi Pininfarina por un corto en los asientos. ¡Fuera Peña Nieto! Dieciséis grados bajo cero en un municipio de Durango: ¡Fuera Peña Nieto! Huellas de extraterrestres en un sembradío de cebada en Texcoco... ¡Fuera Peña Nieto! Cae el precio del petróleo, medio México está nevado: ¡Fuera Peña Nieto!^[10]

Continuaba con la misma retórica e insistía en el texto: “Por el crimen de Iguala están detenidos, también, los policías que hicieron la captura y entrega de los normalistas a los narcos que los asesinaron. No son todos los culpables: falta interrogar al Comité Estudiantil de

Ayotzinapa que los envió. Y hay al menos tres versiones de a qué los envió”.^[11] Otra infamia más: Luis González de Alba sabe que entre los estudiantes, en los autobuses, había 17 que eran miembros de Los Rojos, banda contraria a Guerreros Unidos. Sólo basta mencionar la duda como certeza, la infamia teje el resto. Termina, eso sí, señalando con el dedo desde su versión de juez de a pie: “faltan los juicios y, sobre todo, las sentencias que deben ser las más duras en nuestro Código Penal. Pero se habrá acabado el negocio para los ‘solidarios’”.^[12]

No es mi intención dar más espacio a estas palabras. Otros *opinólogos* que enarbolan la bandera de la historia como guía en sus reflexiones, han seguido en esta misma tónica llenando las páginas de los periódicos y los espacios en la radio.^[13] Tienen muchos adeptos. No hay que desatenderlos. Junto con las declaraciones oficiales, tanto de Enrique Peña Nieto como de Jesús Murillo Karam, estas expresiones nos sirven para precisar la suma de todos los miedos que se sintetizan y concentran en el caso de Ayotzinapa.

Las confesiones: la manufactura del miedo

Los testimonios de los supuestos asesinos confesos de los estudiantes de Ayotzinapa fueron colocados en un montaje a modo en las declaraciones de Murillo Karam, a 33 días de la desaparición. La noción de “desaparición forzada” fue dispersándose del primer plano para dar lugar a una composición que marcaba el camino sutil hacia la conclusión del asunto, literalmente lo que se ha llamado “carpetazo”. Si uno lee dicho pasaje como si fuera un guion, su contenido resulta escalofriante. Los montajes periodísticos, con todos sus soportes, son herramientas poderosas para la construcción de imaginarios. No estoy diciendo nada nuevo. Los comunicólogos y muchos otros, desde distintas disciplinas sociales, llevan décadas de análisis al respecto. El elemento sustancial del miedo es la desaparición forzada. A ello se suma la desarticulación de este concepto. El discurso oficial y periodístico lo ha tornado volátil. Sin embargo, el resultado de esta pretensión no ha sido el esperado. La acción de la desaparición se ha quedado impresa en la mente y vida cotidiana de un buen número de mexicanos.

En palabras de Marcos Roitman Rosenmann, expresadas el 15 de diciembre de 2014 en su artículo “Los miedos del futuro”, en México “se tiene miedo a morir en un atraco, ser violado, secuestrado, torturado, despojado de los bienes muebles, en definitiva de padecer una acción violenta fuera de control”. El analista define los miedos de la siguiente manera:

El miedo forma parte del relato político. Su construcción procede de las entrañas del poder. Su objetivo controlar el desborde social. Es la mejor forma de evitar un cisma o una revolución. La Iglesia católica, por ejemplo, administra el miedo de sus feligreses, la condena eterna, ofreciendo absolución de los pecados bajo el secreto de la confesión [...] Lo apuntado para la Iglesia católica se puede extrapolar al sistema

capitalista. Sus estructuras y organizaciones han favorecido las políticas de terror y miedo, creando relatos catastrofistas, cuyo fin es desarticular una respuesta que ponga en cuestión el orden establecido. Las personas, las instituciones y la sociedad, son objetivo de la política del miedo planificado. La administración del tiempo por venir da lugar a la construcción del miedo. La incertidumbre es el caldo de cultivo para acrecentar los miedos políticos. El miedo al otro, a la exclusión social y económica, a la sinrazón y el sinsentido, constituyen los principios sobre los cuales se levanta el edificio del miedo manipulador y paralizante. Bajo la potencial amenaza de agresión de otro, el miedo cobra vida. El otro puede pertenecer a la comunidad, delincuente común, o ser un extranjero, en ambos casos su presencia se visualiza como una amenaza. Desde tiempos inmemoriales el otro ha sido repudiado, aislado y reprimido. Considerado un agente perturbador del orden se le persigue hasta su destrucción. [...] Para calmar este tipo de miedo social, hoy en día demandamos mayor vigilancia por parte de los cuerpos de seguridad del Estado, elevar las penas de cárcel y favorecer leyes de armas permisibles. Cedemos derechos a cambio de seguridad. Quienes administran, ensalzan y hacen un buen negocio de este miedo son las compañías de vigilancia privada, que ofrecen sus servicios a cambio de protección personalizada. Pero también hay miedos colectivos organizados desde el poder. Miedo a una guerra nuclear, sufrir ataques terroristas, pandemias, crisis alimentarias, energéticas, bancarrotas financieras.[14]

Hay, de acuerdo con él, una arquitectura detrás de la versión del “enemigo interno”. Una estructura en la que se han apoyado los gobiernos mexicanos, desde los años setenta, cuando la *guerra sucia*. Los argumentos para referirse a los acontecimientos de Ayotzinapa ¡se parecen tanto! Roitman se pregunta: “¿cómo se asienta el miedo construido ideológicamente?” Responde: “transformando al delincuente común en sujeto subversivo, terrorista o antisistema. Bajo una campaña psicológica el miedo es inoculado a la población de manera constante para mantenerlo activo. El miedo se reconduce y canaliza bajo las cadenas del terror controlado.”[15] Suscribo cada una de sus palabras aquí reproducidas; las que, además, considero explican la suma de todos los miedos en el caso de los estudiantes desaparecidos. Nos queda un poco de todo esto después de los eventos de Ayotzinapa: miedo a expresar ideas opositoras a las oficiales, miedo a ser visto como “el otro”, miedo a lo que te puede pasar si realizas acciones advertidas como rebeldía, miedo a la exclusión, miedo a desaparecer sin dejar rastro. Y sin duda hay una campaña psicológica que ha acompañado todo lo mencionado, de manera cotidiana, en los medios y a lo largo de toda la República mexicana, ¿en qué país se desaparece a la gente sin que quede huella?

El 7 de diciembre de 2014 se dio la noticia de que los jóvenes habían sido asesinados y calcinados. ¿Qué atmósfera se respiraba ante la expectativa del mensaje que daba el representante de la seguridad nacional? Bajo la atención expectante de miles de mexicanos, Jesús Murillo Karam declaró que

El gobierno de la República comparte con las familias y la sociedad en general, la necesidad de dar transparencia a esta investigación. Por ese motivo hemos considerado la importancia de hacer de conocimiento público paso a paso, los avances dados en primer término a las familias que sufren las consecuencias de la desaparición pero también a una sociedad agraviada por un acto de delincuencia que no se puede permitir y que no se debe repetir. Hace unas horas informé a los familiares de los jóvenes desaparecidos los avances de una investigación que hoy participo a la sociedad. Sé del enorme dolor que produce a los familiares la información que hasta ahora hemos obtenido, un dolor que compartimos solidariamente todos. Los testimonios que hemos recabado aunados al resto de las investigaciones realizadas, apuntan muy lamentablemente al homicidio de un amplio número de personas en la zona de Cocula. En la búsqueda de la verdad, mi obligación es ceñirme a lo que consta en las averiguaciones y es por eso que los he convocado a esta conferencia de prensa. Las imágenes y videos que se presentan son con el propósito de que la ciudadanía que ha sido víctima de estas personas, pueda reconocerlo y denunciarlos. Quiero dejar muy claro que lo que hoy presentamos son avances de la investigación, no son ni pretenden ser conclusiones de la misma. La investigación continúa su curso. Digamos los avances, paso por paso.[16]

Un buen resumen de los hechos planteados por el funcionario fue publicado en el periódico *La Jornada*. Resumía el guion tomando como línea las declaraciones de los tres testigos:

Las más recientes detenciones entre las que figuran los tres autores materiales mencionados, nos han permitido conocer la última etapa de la cadena delictiva que hasta este momento tenemos. Los últimos tres detenidos declaran que en la brecha que lleva al paraje Loma de Coyote recibieron de los policías municipales a un número de personas que no pueden precisar con exactitud, pero que uno de los detenidos estimó en su declaración en más de cuarenta personas. Esta es parte de su declaración:

Testigo 1, Agustín García Reyes, el *Chereje*.

–¿Cuántos estudiantes traían?

–Eran, dicen que eran 44, yo oí... Así que los haya contado uno por uno, no.

–¿Quién te dijo?

Ellos dijeron.

–¿Quién?

-El Pato, el *Guereque* decían son 44 o 43, así yo nomás oí pero que los haya contado, no. Pero sí eran hartos, entonces de ahí se pasó el *Pato*...

-¿Y en dónde venían los 43 o 44?

-Venían en la camioneta más grande...

Murillo Karam: como observamos en el mapa, en lugar de tomar el camino a Pueblo Viejo, lugar que fue en primera instancia señalado por la Fiscalía del estado de Guerrero, los detenidos señalan que tomaron la carretera con dirección a Cocula, para posteriormente dirigirse al basurero de ese municipio. Declaran también que los subieron a un vehículo con capacidad de carga de 3.5 toneladas y a otra camioneta de carga menor. En esos vehículos los condujeron al basurero señalado, que es un barranco oculto a la vista, y que para entrar a él se tiene que abrir una reja que limita el acceso al público o al predio. En pantalla pueden apreciarse las imágenes de las camionetas utilizadas en el basurero de Cocula. Uno de los delincuentes, quien tenía designada la función de halcón informante declara haberlos visto pasar por el punto que tenía la encomienda de vigilar. Dos de los detenidos declaran que algunas de las personas que trasladaron al basurero de Cocula llegaron sin vida o inconscientes y que los otros fueron interrogados por integrantes del grupo criminal para determinar quiénes eran y las razones de su llegada a Iguala. Después de estas imágenes veremos las imágenes de esta declaración.

Testigo 2-

-¿Había algunos muertos en la camioneta antes de bajarlos?

-Sí, al momento que yo iba pasándole a los chavos, ya habían muertos, ya había como unos aproximadamente 15 muertos.

-¿Muertos de bala o de qué?

-De que se ahogaron, se asfixiaron.

Testigo 1, Agustín García Reyes, el *Chereje*

-Les preguntaron qué eran, y todos respondieron que eran estudiantes. Somos estudiantes, y entonces los bajaron y les preguntaron que a qué habían venido a Iguala, y dijeron que venían por la esposa de Abarca, nomás así dijeron.

-¿Pero pertenecían a algún grupo?

-Es lo que les preguntaron ellos, ¿pertenecen a un grupo? y decían que no.

Murillo Karam: los detenidos señalan que en ese lugar privaron de la vida a los sobrevivientes y posteriormente los arrojaron a la parte baja del basurero, donde quemaron los cuerpos. Hicieron guardias y relevos para asegurar que el fuego durase horas, arrojándoles diesel, gasolina, llantas, leña, plástico, entre otros elementos que se encontraron en el paraje. El fuego, según declaraciones, duró desde la media noche hasta aproximadamente las 14:00 horas del día siguiente. Según declaraciones de uno de los detenidos, y otro, dijeron que el fuego duró hasta las 15:00 del día 27 de septiembre, pero por el calor que desprendía el área, los delincuentes no pudieron manipular los restos de los cuerpos sino hasta cerca de las 17:30, según sus declaraciones. Cuando los peritos analizaron el lugar, encontraron cenizas y restos óseos, que por las características que tienen corresponden a fragmentos de restos humanos. También aquí están las imágenes.

Testigo 3- (recrea la forma en la que bajaban las bolsas con restos humanos)

Ya los dejaban caer así, y entonces cayéndose así, ya le dice al *Terco*, la *Rana* o el *Pato*, los agarraban para acá, para acá, y los iban acomodando así. Los que estaban vivos se levantaban, ya los agarraban y después caminaban así (recrea la forma en que los conducían con las manos en la nuca y con la vista hacia abajo), entonces ya ahí los ponían y les decían: ¿me vas a decir?... y les tiraban.

-¿Había algunos muertos en la camioneta antes de bajarlos?

-Sí, al momento que yo iba pasándole a los chavos, ya habían muertos, ya había como unos aproximadamente 15 muertos.

-¿Muertos de bala o de qué?

-De que se ahogaron, se asfixiaron. Así iban, los iban dejando y a los que los agarraban ya por aquí les tiraban. Ya entonces los demás los jalaban de las patas o de las manos y los iban acomodando hacia allá y a los demás chavos, los que quedaron vivos, quedaron de este lado.[17]

El discurso estuvo acompañado de videos, testimonios, fotografías. Los videos eran de los testigos, quienes autorizaron el uso de su imagen. Como los fotorreportajes más siniestros, lúgubres, fatídicos de la nota roja mexicana, las declaraciones fueron un montaje —poco convincente por cierto— de lo que supuestamente sucedió la noche en que fueron detenidos los 43 estudiantes. ¿Las palabras de tres criminales, con patologías grotescas relacionadas con la violencia, pesan más, están por encima de la evidencia concreta? Si estuviera vivo Vicente Leñero, las palabras de Murillo Karam serían reproducidas textualmente persiguiendo el realismo que solía imprimirle a su dramaturgia. Aun en aquellos días se hablaba de los estudiantes como desaparecidos. Y el procurador aún no perdía los estribos: “Presentar estas imágenes es una obligación ante la sociedad, verdaderamente, verdaderamente ofendida, pero

el hecho de presentarlas implica una llamada a encontrar las fórmulas, para como dije antes, esto que no se debió dar no se puede repetir. Estoy a sus órdenes [...]”.[18]

Viene el mareo: la imagen completa se formó con base en las detenciones de Sidronio Casarrubias Salgado, “líder del grupo criminal que corrompió y se apoderó de las policías municipales de Iguala y Cocula”; de Patricio Reyes Landa, alias el *Pato*; de Jonathan Osorio Gómez, alias el *Jona*, y “de la localización y detención de una tercera persona de nombre Agustín García Reyes, alias el *Chereje*”. Se dijo que “los tres capturados son miembros de la organización criminal Guerreros Unidos, y al rendir su declaración confesaron haber recibido y ejecutado al grupo de personas que les entregaron los policías municipales de Iguala y Cocula”.[19] Tras esto se inició un camino que no ha dejado de ser tortuoso y que cada día se torna más amenazante para los que disienten. Prometían detener a todos los involucrados en los hechos. Identificar los restos humanos encontrados en la barranca y en las bolsas del Río San Juan. Agotar las pesquisas y...

La antropóloga Joanna Bourke ha estudiado al miedo en el contexto de la historia de las emociones, en la historia cultural de acontecimientos contemporáneos.[20] Para ella es imposible encontrar una sola definición de miedo general y que sea punto de partida para los análisis, ya que en cada época se encuentra esta expresión pero con características diferentes. Esto hace que sea más difícil estudiar dicha emoción, que cualquier evento específico. En un artículo publicado en 2003 Bourke toma distancia de las tesis que señalan al miedo como “‘algo’ biológico, esencial, subyacente”.[21] El interés de la académica por la temática surgió al leer las fuentes (diarios, cartas, diarios, informes oficiales, periódicos, obras de teatro, novelas, películas, documentos parlamentarios, memorias y recopilaciones estadísticas) de los hombres y mujeres que estuvieron en y cerca de los frentes de guerra, durante la Segunda Guerra Mundial, en los que encontró cantidad de referencias acerca de los estados de ánimo, en particular, al miedo. En los contextos contemporáneos el miedo aparece asociado a argumentos diversos —religiosos, morales, sociales y políticos— explorados por Bourke en su libro *Fear. A Cultural History*. Su trabajo estimula no sólo la inclinación por estudiar el miedo, sino hacerlo para las sociedades contemporáneas. Las fuentes para reconstruir la historia de Ayotzinapa están vivas y desgarradas Nos referimos a los padres de los estudiantes, al estudiante que sobrevivió, al director de la Normal Rural, a la gente de Ayotzinapa y de Iguala y de Guerrero. Estos personajes representan a una sociedad que se asoma a la ventana con temor.

El México de hoy me aterra como historiadora. Encontrar el hilo de los relatos en temas como el de la Normal Rural Isidro Burgos nos lleva de las fuentes vivas a las fuentes impresas, de los rostros desencajados a los cuerpos descuartizados. Que me perdonen mis maestros, pero no puedo no regañar a muchos de los sujetos involucrados en esta historia. El tema de Ayotzinapa arroja dolor y miedo. ¿Cómo pueden desvanecerse, de la noche a la mañana, los rostros, las

voces, los gritos, las risas de 43 muchachos?, ¿dónde están? Ambos, el dolor y el miedo, son dos maquillajes de las propagandas que acerca de la seguridad nacional han utilizado los responsables de la misma, en México, desde hace ya más de cinco décadas. Esta historia reciente ha dejado heridas que polariza el análisis acerca de los hechos. El miedo ocupa un lugar primordial en los discursos elaborados por los discursos oficiales y los medios de comunicación. Ya lo dijo Zigmunt Bauman, son estos “tiempos líquidos”.[22] Sin embargo, por otro lado --y para fomentar el ánimo--, las posturas de los padres de Ayotzinapa, los estudiantes de la Normal, las de los humanistas críticos y los manifestantes desafían al miedo.

* Dirección de Estudios Históricos INAH.

[1] Entrevista telefónica de Joaquín López Dóriga a Jesús Murillo Karam, 28 de enero de 2015, <https://www.youtube.com/watch?v=h5C-WC9AdVo>

[2] *Ibidem*.

[3] Noticiero MVS Carmen Aristegui, Mesa MVS: *Lorenzo Meyer, Sergio Aguayo y Denise Dresser, sobre peritos argentinos y PGR en el caso de Ayotzinapa* en Noticias MVS, México, 9 de febrero de 2015 <https://www.youtube.com/watch?v=ePCCfMrhXb4>

[4] Luis González de Alba, “Yo también quiero ir a Ginebra”, en “De la Calle”, *Milenio*, México, D.F., 6 de febrero de 2015.

[5] *Idem*.

[6] Parafraseando a la canción infantil, “El reino del revés” (s/f) de María Elena Walsh.

[7] Mónica Ramírez, “No me pregunten de Ayotzinapa”, Murillo Karam en el Marco del Foro Iberoamericano de Ciudades en *AGN Veracruz. Periodismo puntual y con sentido*, Veracruz, 11 de marzo de 2015, <http://www.agnveracruz.com.mx/index.php/menuveracruz/item/17318-%E2%80%99...>

[8] Luis González de Alba, “De la novatada a la tragedia”, en “De la calle”, *Milenio*, México, D.F., 10 de noviembre de 2014.

[9] *Idem*.

[10] Luis González de Alba, “Ayotzinapa, ¿y el móvil de la otra versión?” en “De la calle”, *Milenio*, México, D.F., 29 de diciembre de 2014.

[11] *Idem*.

[12] Luis González de Alba, “Yo también quiero ir a Ginebra”, *op. cit.*

[13] Amado Fuentes Aguirre, “Catón”, “Presión por Ayotzinapa”, en “De política y cosas peores”, El Imparcial.com, 15 de enero de 2015.

<http://www.elimparcial.com/Columnas/DetalleColumnas/1165524-De-Politica-y-Cosas-Peores-Caton.html>. Un último artículo de Luis González de Alba, “Iguala, tragedia y buitres”, en “De la calle”, *Milenio*, México, D.F., 30 de enero de 2015.

[14] Marcos Roitman Rosenmann, “Los miedos del futuro”, en “Opinión”, *La Jornada*, México, DF, lunes 15 de diciembre de 2014, p. 24.

[15] *Idem*.

[16] Gustavo Castillo, Edición de conferencia de prensa de Jesús Murillo Karam: “PGR: aseguran detenidos haber asesinado a desaparecidos de Ayotzinapa”, *La Jornada*, México, D.F., 7 de noviembre de 2014.

[17] “Palabras del procurador Jesús Murillo Karam, durante conferencia sobre desaparecidos de Ayotzinapa”, *La Jornada*, sección Política, México, D.F., 7 de noviembre de 2014.

[18] *Idem*.

[19] *Idem*.

[20] Joanna Bourke, *Fear, A Cultural History*, Great Britain, Shoemaker & Hoard, 2005.

[21] Joanna Bourke, “Fear and Anxiety: Writing about Emotion in Modern History” en *History Workshop Journal*, Oxford University Press, Spring, núm. 55, p. 111–133. Véase la entrevista que le hace Michael O’Connor en *Three Monkeys online. La publicación gratuita sobre temas de actualidad y cultura*, 2004, <http://www.threemonkeysonline.com/es/historia-del-miedo-una-entrevista-c....>

[22] Zigmunt Bauman, *Tiempos líquidos*, Tusquets Editores, 2007.

Tags:

Del oficio

Ayotzinapa

miedo

medios de comunicación

fuentes gubernamentales

El papel de las redes sociales en el caso Ayotzinapa

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:04

Lourdes Villafuerte García*

La noche del 26 de septiembre de 2014 los estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, municipio de Iguala, en el estado de Guerrero, fueron atacados a tiros por sujetos uniformados cuya plena identidad no ha sido determinada. Los estudiantes pretendían recaudar fondos para trasladarse a la ciudad de México para asistir a la conmemoración del 36 aniversario de la matanza de Tlatelolco. Hay dos detalles paradójicos: el primero es que se trata de estudiantes que querían traer a la memoria a otros estudiantes, y lo que finalmente hermanó a los de 1968 con los de 2014 fue la tragedia y la probable participación del Estado mexicano; el segundo es que el ataque tuvo lugar el mismo día del fallecimiento de Raúl Álvarez Garín, líder estudiantil en 1968 y un luchador activo en busca de la verdad de la matanza de Tlatelolco hasta el final de su vida.

La muerte de seis personas, tres de ellos estudiantes normalistas, y la desaparición de 43 más levantó la indignación de la sociedad y la demanda de la aparición de los jóvenes. Los medios masivos de información comenzaron a difundir la noticia de que los estudiantes desaparecidos fueron entregados por los miembros de la policía municipal al grupo delictivo Guerreros Unidos. La sociedad comenzó a poner atención en los padres de los 43 desaparecidos, personas transidas por la desesperación y por el dolor de no saber nada de sus hijos, y en el gobierno federal, que no logra explicar de manera razonable lo que pasó la noche del 26 y la madrugada del 27 de septiembre de 2014. La imagen de padres y madres buscando a sus hijos ha sido clave en el surgimiento de una movilización popular, cuyos principales impulsores son los jóvenes en general y los estudiantes en particular, quienes tienen como medio de información y de expresión las redes sociales digitales.

Las redes sociales y su papel en movimientos sociales

Para el estudio histórico de las sociedades humanas es muy importante la manera en que las personas se relacionan entre sí formando redes alrededor de un interés común, como puede ser el parentesco, las relaciones de trabajo, alguna actividad económica, científica, política, lúdica, etcétera.

Las herramientas para comunicarse no han cesado de cambiar desde la carta, la tarjeta postal, el telégrafo, el teléfono, el fax, las comunicaciones vía satélite y actualmente la internet. Si el correo electrónico significó un cambio en las posibilidades de comunicación, el *chat* y las redes sociales en línea abrieron un abanico de posibilidades para compartir contenidos. Isabel Ponce define las redes sociales en línea como

[...] estructuras sociales compuestas por un grupo de personas que comparten un interés común, relación o actividad a través de internet, donde tienen lugar los encuentros sociales y se muestran las preferencias de consumo de información mediante la comunicación en tiempo real [...] No sólo nos relacionamos y compartimos con los demás, sino que, además, exponemos abiertamente y en tiempo real nuestros gustos y tendencias, expresando la propia identidad.”[1]

Las redes sociales más utilizadas a nivel global son *Facebook* y *Twitter*, a las cuales se reconoce un gran poder de comunicación, de manifestación y de convocatoria, por lo cual varios movimientos sociales y políticos han tenido en estas redes un medio de expresión. Por razones de experiencia propia, es decir de mis propias limitaciones, me referiré sólo a *Facebook*.

En una reunión de académicos y estudiantes que tuvo lugar a mediados de diciembre de 2014 en la Dirección de Estudios Históricos del INAH, acerca del ataque a los estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa y la desaparición de los 43, se enunciaron dos preguntas: ¿cuál es el papel que ha tenido el uso de las redes sociales digitales en el crecimiento y sostenimiento del movimiento social que tales hechos han suscitado?, ¿pueden considerarse las redes sociales una fuente para la historia contemporánea? Declaro abiertamente que no tengo una respuesta a estas preguntas; sin embargo, sí creo que vale la pena enunciar algunas ideas acerca de este asunto con el fin de plantear una discusión.

El uso de las redes sociales se inició en la Universidad de Harvard como una forma de comunicación entre los estudiantes, pero en poco tiempo se extendió su uso a otros estudiantes universitarios, y cualquier persona que tenga una cuenta de correo electrónico hoy puede acceder a esta red social, la cual también da acceso a otras herramientas en línea como *Messenger*, *YouTube* y otras.

Si bien cualquier persona puede tener acceso a las redes sociales, lo cierto es que son los jóvenes quienes más las usan y quienes explotan su gran potencial como un lugar para divertirse (y para mofarse), para interactuar con sus amigos, para compartir sus gustos y para emitir su opinión y crítica de una manera libre. Esta libertad que da la expresión en redes

sociales es una característica muy apreciada por los usuarios, de ahí que hubiera mucha resistencia a las restricciones en el uso de internet. Desde hace varios años se han impulsado campañas para ponerle límites al uso libre de la señal digital con el pretexto de los derechos de autor --como la Ley SOPA de 2011 en Estados Unidos--, o la seguridad, argumento que el gobierno federal de México esgrimió en la propuesta de leyes secundarias de telecomunicaciones de 2014, en las cuales se ha notado la pretensión de censurar contenidos, tener acceso a datos de los usuarios y bloquear la señal en movilizaciones masivas.

En efecto, el uso de redes sociales y su manejo a través del teléfono móvil ha convertido a *Facebook* y a *Twitter* en herramientas sumamente rápidas y que pueden convocar a grupos de personas en muy poco tiempo. Uno de los ejemplos más evidentes fue el de la *Primavera Árabe* en 2010-2012,^[2] donde el movimiento surgió y creció con rapidez gracias a la convocatoria en *Twitter* y *Facebook*, lo cual se encuentra también en las manifestaciones de *Los Indignados* en Madrid en 2011, denominado también 15 M, en el movimiento *Somos el 99%* de Nueva York, así como en el movimiento estudiantil chileno en 2011-2012, y el *#Yo soy 132* de 2012.

El poder de convocatoria a nivel local se revela como una herramienta muy eficiente para lograr que la gente salga a las calles a un punto determinado para realizar una protesta; por otro lado, la posibilidad de difundir a nivel global el contenido de un movimiento social ha provocado diversas manifestaciones de apoyo (o de rechazo), las cuales se difunden de manera inmediata y a nivel global a través de las redes sociales. La inmediatez y el alcance global son las principales características de las redes sociales digitales.

El caso de los 43 normalistas desaparecidos y *Facebook*

Cuando una persona abre una cuenta de *Facebook*, crea su perfil y comparte con sus amigos ciertos gustos e intereses en diferentes temas como la música, el cine, el arte, la religión y la política, entre otros; de tal manera que la aceptación de personas como amigos da acceso a su información y, por lo tanto, a conocer sus gustos e intereses, lo cual es recíproco. Pero no para ahí, sino que los amigos lo comparten con otros amigos. Si bien los gustos y opiniones de un usuario los comparte en un primer momento con personas afines, al circular a través de redes muy amplias de personas, el emisor del primer mensaje pierde el control de quién lo recibe.

El acceso a ciertos medios de información en línea, como los diarios y revistas de opinión de México y de otras partes del mundo, así como los *blogs* o sitios de noticias, y la radio y televisión que transmite por internet se comparten por medio de la biografía del usuario y de sus amigos. El usuario mismo puede compartir texto o imagen propios.

El caso de la desaparición de 43 estudiantes de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, la noche del 26 de septiembre, fue un hecho brutal que provocó la indignación de la sociedad mexicana. Muy pronto comenzó a circular el asunto en las redes sociales, y lo que parecía que pasaría inadvertido, resultó ser la gota que derramó el vaso después de gran cantidad de agravios. Por una parte, la lentitud para reaccionar de las autoridades federales y la imagen de unos padres de familia buscando a sus hijos, así como la fotografía del joven Julio César Mondragón con el rostro desollado, potenciaron la indignación.

Los jóvenes y, sobre todo los estudiantes de las escuelas públicas y privadas, comenzaron a organizarse hasta formar la Asamblea Interuniversitaria que ha tenido gran repercusión, cuyas resoluciones se comunican mediante *Facebook* y *Twitter*. Las marchas y movilizaciones para acciones de protesta se convocan principalmente por medio de las redes sociales, y el desarrollo de las mismas se documenta en video o en foto y se suben enseguida a la red, con una repercusión casi instantánea y a nivel mundial. Esta característica ha permitido mostrar acciones como la del joven Adán Cortés Salas --quien irrumpió en la entrega del premio Nobel de la Paz--, o las agresiones sufridas por Sandino Bucio, estudiante de filosofía, cuyo secuestro fue grabado por otro de sus compañeros y subido a *Facebook*, lo cual dio lugar a que unos minutos después se organizara una asamblea en la facultad para defender a su compañero.

No podemos decir que el uso de las redes sociales sea el elemento único para la repercusión tan grande y tan sostenida del movimiento social en favor de los 43 desaparecidos, sino que estamos también frente a un cambio de actitud de los ciudadanos. Los jóvenes que en este momento están en edad de estudiar licenciatura nacieron a mediados de la década de 1990; es decir, ellos crecieron en una época donde hubo cierta apertura de los medios a la crítica y hubo un avance en la consagración de algunos derechos: a la información, a la participación ciudadana, a la defensa de los derechos humanos, etcétera. La actitud de los ciudadanos ha ido cambiando, de tal manera que al mismo tiempo que hay quien acepta dádivas de los partidos políticos en época de elecciones, los hay que no aceptan la censura, que critican a la clase política y que elaboran otra concepción de la participación ciudadana. Al mismo tiempo es notorio el fenómeno de falta de oportunidades de estudio y empleo para los jóvenes, lo cual se describe con el epíteto de *Nini*, y una constante arremetida de las autoridades contra ellos.

Estos ciudadanos nacidos a fines del siglo XX tienen a su favor la familiaridad con la tecnología. El uso de los recursos cibernéticos es algo que forma parte de su cotidianidad, y su aplicación a un teléfono les permite grabar video, voz, obtener fotos, escribir sus opiniones en el teléfono y subirlas inmediatamente a las redes. ¿Cómo se han usado estos recursos tecnológicos y esta actitud de los jóvenes?

La falta de pericia para tratar el asunto de la desaparición de los 43 de Ayotzinapa por parte de las autoridades de los tres órdenes de gobierno, ya no se queda en las imágenes que transmite la televisión a nivel local, sin que las personas puedan expresar su opinión y transmitirla para todo el mundo de manera inmediata. Como usuarios de redes sociales, los ciudadanos exhiben las pifias que se cometen y a quiénes las cometen usando diferentes tonos, desde el ángulo informativo, compartiendo notas periodísticas, hasta el sarcasmo y la sátira a través de la elaboración de “memes”; es decir, la actividad de los ciudadanos–usuarios de redes sociales han significado cierto contrapeso al duopolio televisivo y a la versión oficial, pues constantemente la desmienten y exhiben usando los lenguajes mencionados.

Al compartir cierta información en redes ésta generalmente se acompaña de comentarios del usuario, lo cual pone en perspectiva el sentido que tiene la publicación y la posición del emisor. Por ejemplo, el video de la aparición en la televisión del procurador Murillo Karam el 7 de noviembre de 2014, proponiendo la versión de que los estudiantes desaparecidos fueron detenidos por policías municipales y entregados al grupo delictivo Guerreros Unidos, quienes los asesinaron, calcinaron y arrojaron a un río, fue inmediatamente reproducido en redes, pero con comentarios de incredulidad o de apoyo; asimismo, los memes con la frase “ya me cansé” surgieron apenas terminada esa aparición del funcionario; a la mañana siguiente, aparecieron los videos producidos por los mismos usuarios diciendo estar cansados de Murillo, así como quienes lo defendían diciendo que no había dormido. Muy pronto llegaron mensajes de todo tipo y de diferentes partes del mundo con la frase “ya me cansé”.

La amplia difusión en las redes de la imagen y de los rostros de los padres de familia que no hacen sino buscar a sus hijos ha hecho tambalear a los agentes del gobierno mexicano, pues se ve (y difunde) a padres de familia que son campesinos pobres enfrentando al presidente y a sus secretarios y con toda dignidad exigen justicia, desmienten la “verdad histórica” (concepto inexistente para los historiadores) que quiere imponer el procurador Murillo Karam, exigen la presencia de los secretarios y no de sus colaboradores, exigen la participación de personas de confianza, como el Equipo Argentino de Antropología Forense. Esta imagen nos pone ante un panorama contrastante: de un lado, padres y madres cumpliendo con su deber de buscar a sus hijos, y por la otra un gobierno que debe investigar y hacer justicia y no lo hace.

La globalización ha sido una apuesta del gobierno de México desde hace más de dos décadas, pero ésta no abarca sólo lo económico, sino lo cultural; en ese sentido la globalización se ha pretendido más como una homogenización con la cultura y los valores estadounidenses, tales como la competencia y la popularidad que poco a poco está penetrando, sobre todo entre los jóvenes. Pero la globalización tiene más de una cara, porque los derechos humanos también se pretende que sean globales, por lo que el derecho a la vida, a no ser discriminado, a no ser torturado; el derecho a la justicia, a la memoria, a la reparación del daño también son globales y están constantemente en las redes sociales a raíz de los últimos sucesos de nuestro país.

Redes sociales: ¿fuente para la historia?

Sin embargo, no hay que perder de vista que lo que yo puedo ver en las redes sociales depende mucho de mi propio perfil, y eso condiciona la información y las opiniones que recibo a través de mi cuenta en redes; en ese sentido me pregunto: ¿la información y las opiniones que se comparten en redes sociales pueden ser una fuente para la investigación histórica de un movimiento social?

Mi opinión es que sí son una fuente para la historia, ya que se trata de información que produce un sujeto social en un momento y en un contexto dados, susceptibles de ser analizados y reflexionados desde la historia; además, las opiniones pueden tener varias características, desde las más reposadas y analíticas, hasta las más viscerales o sarcásticas, tanto a favor como en contra de un movimiento social como el de los 43 desaparecidos.

Esta información, como se hace con cualquier otra fuente, requiere de hacer las labores de crítica de fuentes, de realizar una lectura atenta de la información en sus diferentes formatos (texto, foto, video, audio, cine, caricatura, meme, etcétera), así como la valoración de la intención del discurso compartido (análisis, opinión, documentación, mofa, burla). Hacer la tarea de buscar información acerca de las personas o grupos que producen ese discurso para situarlas en su debido contexto; es decir, si se trata de autoridades, de ciudadanos; cuál es su grupo de edad; si quien produce la información es local o extranjero; cuál es su tendencia política, cuál es su grupo socioeconómico, etcétera.

Los lenguajes utilizados en las redes deben ser analizados en el formato que aparezcan. Leer en su acepción de “entender o interpretar un texto de éste o del otro modo” nos lleva a un sentido amplio del fenómeno de la lectura, pues se puede leer texto u otras formas de lenguaje –como los referidos arriba–, lo cual hace necesario que el lector–investigador tenga, o busque tener, las herramientas necesarias para el tratamiento de esta gama de materiales.^[3]

Nuestro reto como historiadores consiste en aprender a tratar nuevas fuentes con características como las señaladas e inventar quizá nuevos métodos de análisis para este tipo de fuentes.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Isabel Ponce, “Monográfico: Redes sociales”, *Observatorio tecnológico*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

<http://recursostic.educacion.es/observatorio/web/es/internet/web-20/1043-redes-sociales?start=1> consultado el 20 de enero de 2015.

[2] Nombre con el cual se denomina a una serie de protestas y de movilizaciones para exigir democracia en varios países árabes como Túnez, Libia, Siria y Egipto.

[3] Martín Alonso, *Enciclopedia del idioma. Diccionario histórico y moderno de la lengua española (siglos XII al XX) etimológico, tecnológico, regional e hispanoamericano*, 3 vols., México, Aguilar, 1998, t. II, p. 2531.

Tags:

Del oficio

redes sociales

fuentes

investigación histórica

Como ramas y frondas

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:03

Rosa Casanova*

Los sucesos de la noche del 26 al 27 de septiembre de 2014 en Iguala nos atañen como ciudadanos y como seres humanos. En una sociedad donde el término “desaparecidos” forma parte de nuestra nuestro léxico cotidiano, buscamos formas de comprender. Esta es una propuesta para desentrañar algunas vetas de interpretación de las fotografías publicadas en los medios, a través de *La Jornada*, diario que ha mostrado su independencia y sensibilidad hacia los movimientos sociales, y que desde el 28 de septiembre comenzó a publicar sobre el tema.[1] De inmediato constatamos el papel de la foto como ilustración o soporte del artículo periodístico; sólo en raras ocasiones adquiere autonomía. En esta perspectiva, conviene recordar la desconfianza de Susan Sontag hacia el medio, pues en su opinión todas las fotos “esperan ser explicadas o falseadas por sus inscripciones”. [2] En otras palabras, la necesidad de un texto para comprender el sentido de la imagen, uno de los emplazamientos para la crítica de las imágenes periodísticas.

Nada fuera de lo común: la función ilustrativa fue la que se asignó al fotograbado desde su aparición en los medios escritos a fines del siglo XIX. La versión digital, ahora fundamental para la prensa, permite ampliar el número de fotografías, presentarlas en color y agregar videos, posibilidades que quedan fuera de la versión impresa (en *La Jornada*, por ejemplo, sólo la portada y contraportada presenta fotos a color). Sin embargo, para muchos fotoperiodistas y estudiosos la revolución digital ha repercutido de manera negativa en el trabajo y en el sitio asignado a la imagen en la mayoría de los diarios. Un debate fuera de los límites de este texto, pero que aunado a la saturación visual que forma parte de nuestra cotidianeidad, sin duda incide en el tipo de imágenes que circulan sobre Ayotzinapa, como coloquialmente se conocen los hechos y los eventos que de ahí han surgido.[3]

	Notas periodísticas	Fotografías	Fotógrafos	Agencias
Septiembre (27 a 30)	13 (1 sobre Tlatlaya)	25 (11 sobre Tlatlaya)	4	3
Octubre	205	224	20	7

Noviembre	203	227	31	13
Total	421	476	55 38 sin duplicaciones	23 17 sin duplicaciones

La revisión provee necesariamente una perspectiva parcial para reflexionar sobre la naturaleza de las imágenes relacionadas con Ayotzinapa en la prensa capitalina, que sirve de filtro ante las miles de fotos que han circulado en las redes sociales y ante la demanda incesante de información visual, en el asedio de imágenes que caracteriza a la sociedad contemporánea. No queda más que mirar en su contexto cultural las 421 notas y alrededor de 476 fotografías, de 55 agencias y fotógrafos, para constatar el diálogo que se pretende establecer con el encabezado y el artículo. Fabrizio de León, editor de fotografía de *La Jornada*, considera el criterio informativo como el “más relevante” en la edición de imágenes, seguido por la calidad técnica. En una foto pide que “tenga una característica, que puede ser más notoria, y que llamamos estilo”, que estaría por definirse. [4]

Enseguida confirmamos que las imágenes y el pie que las acompaña con frecuencia enfrentan un tema diferente a los señalados en las líneas del encabezado, en una suerte de hipertexto.[5] Estas discrepancias abren el camino a la ambigüedad atribuible a la carencia de fotos contundentes o de buena calidad. Surgen así dos interrogantes: la exigencia que tienen los diarios de presentar fotos de los temas sobre los que escriben y, como resultado de ello, la dificultad para obtener imágenes novedosas o provocativas sobre el caso, lo que favorece la repetición y la publicación de algunas que habían quedado en el archivo, días después de los hechos. La efectividad de las fotografías reside hoy en las potencialidades de los dispositivos móviles para el registro inmediato de los eventos y en su circulación instantánea a través de las redes sociales,[6] pero también en su despliegue, y en la convivencia con otras formas de expresión: la palabra escrita, la caricatura, el video, la música, los *flashmobs*...

En esta perspectiva, el punto de partida es que no hay *una* imagen icónica de Ayotzinapa, sino una multitud de imágenes. Aspecto fundamental desde la visualidad y la tendencia hacia las series y la multiplicidad de encuadres sobre un mismo hecho, lo cual conduce a considerar también los posicionamientos políticos y sociales desde donde se producen y se miran las fotografías.

De la violencia

Un punto a destacar es la escasez de fotografías explícitas, aunque la revisión iniciada el 27 de septiembre arranca con las recién filtradas imágenes de Tlatlaya, en el Estado de México,

donde fueron ejecutadas 22 personas el 30 de junio de 2014 (hechos sobre los que la Comisión Nacional de Derechos Humanos ahora documenta la tortura, maltrato e intimidación sufrida por algunos de los testigos). Quizá la ausencia se deba a que, a excepción de los cadáveres que permanecieron en las calles de Iguala --y del rostro desollado de Julio César Mondragón que no se publicó en la prensa--, no quedaron huellas de los 43 (o sólo fragmentos de huesos que por otra parte son cuestionados) que pudieran avasallar la primera plana. De manera perversa, la destrucción de los cuerpos (es decir, de las pruebas y las fotos posibles) ha actuado en contra del gobierno federal que, como tanto se ha dicho, se encuentra ante la imposibilidad de cumplir la demanda fundamental de los padres y de la sociedad. Ver, por ejemplo, las fotografías de la búsqueda de los cadáveres: una tomada desde la lejanía que impusieron las fuerzas del orden que resulta en una foto aparentemente inocua, de Jesús Villaseca, mientras el fotógrafo de Reuters pudo acercarse a la búsqueda realizada por los familiares. Ambas adquieren sentido al leer el pie y los títulos (publicadas el 29 de octubre y 22 de noviembre de 2014, respectivamente); <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/29/index.php?section=politica&article=003n1pol> y <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/22/politica/008n1pol>

Hay que explicar entonces que la narrativa visual del diario sobre los sucesos sangrientos es sobre todo a través de la alusión. Para comprenderlo es necesario recordar que durante el gobierno de Felipe Calderón se desató una oleada de violencia que resultó en una sobreabundancia de fotografías que registraban los detalles de la crueldad alcanzada (¡cómo olvidar el impacto de las primeras cabezas aventadas en un sitio público!). Ello propició un debate promovido por los propios medios, sobre la pertinencia de presentar este tipo de imágenes, que generó una cierta austeridad visual --si bien desembocó, desafortunadamente, en la manipulación oficial--. La ferocidad con que han sido reprimidos periodistas y fotógrafos constituye otro factor ineludible: el Comité para la Protección de los Periodistas (CPJ por sus siglas en inglés) confirma el asesinato de 16 periodistas entre 2004 y 2013, la mayoría impunes; a su vez, Reporteros sin Fronteras menciona tres secuestros para 2014, y varios más han sufrido agresiones e intimidaciones.[7] Ante esta situación, los fotorreporteros han optado por la cobertura conjunta en las zonas de alto riesgo, abandonando la gloria del *scoop*, tan redituable en términos de prestigio personal y de ventas para el medio. Una muestra de las posibilidades comerciales de noticias la constatamos en la aprehensión del matrimonio Abarca, que motivó la aparición de ediciones especiales en Iguala, como se aprecia en la foto de Rubicela Morelos (del 4 de noviembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/11/04/sesiona-cabildo-de-iguala-tras-detencion-de-abarca-8924.html>

En las fotografías de *La Jornada* podemos apreciar aristas diversas de la violencia como los enfrentamientos de jóvenes y ciudadanos con los diversos cuerpos de policía y el ejército, los bloqueos de carreteras y vías públicas, o, las tomas de instalaciones con las imágenes de los destrozos. Las más efectivas son aquellas que “explotan” las acciones en encuadres que

muestran caos y movimiento, la gestualidad inherente a estas acciones. Algunas imágenes resultan confusas, como la de Alfredo Domínguez utilizada para mostrar la agresión de la policía capitalina que resultó en la detención de más de 20 jóvenes en la marcha del 20 de noviembre de 2014 (publicada el 25 de noviembre de 2014 y de nuevo el 29) <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/25/index.php?section=capital&article=038n1cap>, que puede compararse con la más contundente de Víctor Camacho (del 25 de noviembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/25/politica/005n1pol>

Abundan las imágenes que muestran los daños a la propiedad pública, especialmente en Guerrero, resultado de los enfrentamientos y la rabia de los que se sienten agraviados por la respuesta inadecuada del Estado. Su eficacia reside a veces en la yuxtaposición de referentes al poder, sean retratos, emblemas de partidos o sedes institucionales. No obstante, la retórica resulta ambigua ante los encabezados: ¿se condenan los actos o se explican? Muestras de ello encontramos en los destrozos en el Palacio de Gobierno de Chilpancingo (de la agencia estadounidense Associated Press, publicada el 14 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/14/politica/003n1pol>, o en la sede del PRD (de Sergio Ocampo publicada el 22 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/22/politica/007n1pol>. La toma de casetas a largo del país ha sido un tema recurrente, como muestra la foto de Javier Salinas (del 15 de noviembre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/11/15/megacasetazo-en-la-carretera-a-pachuca-3709.html>, o la de Lenin Ocampo que lleva el pie “Normalistas de Ayotzinapa retuvieron algunos tráilers y camionetas en la Autopista del Sol”, (del 19 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/19/index.php?section=politica&article=004n1pol>. El bloqueo de vías en la capital queda registrado por Víctor Camacho (del 24 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/24/politica/005n1pol>

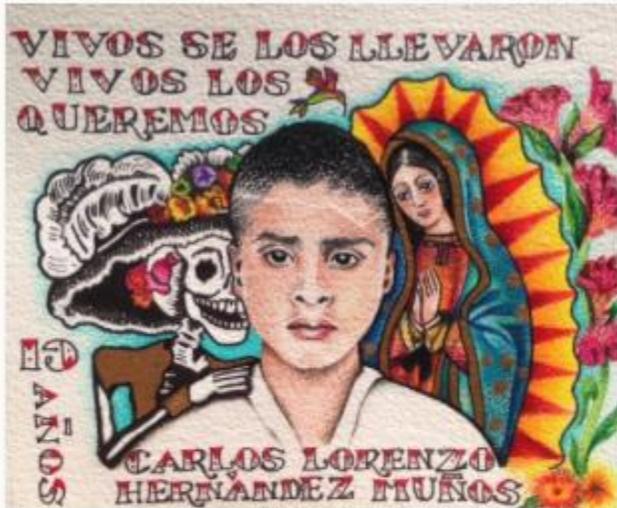
Es en las huellas del dolor, la rabia contenida y la dignidad de los padres que encontramos las imágenes más contundentes de la violencia ejercida sobre los 43 normalistas, pues activan las emociones, el *pathos*. No abundan, lo que quizá las vuelve más vigorosas. Su energía reside en los sujetos, no tanto en la toma, y facilitan la formación de vínculos de correspondencia: padre-hijo-desaparecido, similar a la relación estudiante-desaparecido. Los artículos fortalecen las fotos al narrar y dar voz a los familiares, como lo ha hecho el enviado Arturo Cano, quien cita las palabras de María Micaela Hernández: “si alguien cree que por ser pobre y humilde no tenemos sentimientos, yo les digo que este dolor me está matando lentamente” (31 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/31/politica/005n1pol>. El pie de foto de Víctor Camacho, del 30 de octubre de 2014, apela directamente a la emoción al iniciar con la palabra “Desconsuelo” (30 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/30/politica/004o1pol>.

Así podemos comprender cómo la resistencia de los padres tiene sus raíces en la politización de esas comunidades, al menos desde la *guerra sucia* en Guerrero durante la década de 1970.[8]Recomiendo consultar la foto de Lenin Ocampo Torres, que maneja el color y el encuadre para manifestar el vigor de las mujeres que marchan a la capital del estado (2 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/02/index.php?section=politica&article=011n1pol>, o la de Víctor Camacho que da cuenta del activismo de los padres en el “Centro Pro” (30 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/30/politica/003n2pol>. Estas imágenes se contraponen a la de los políticos que, con sus cuidados arreglos y discursos, intentan contener los daños (ver la foto circulada por la Oficina de Prensa de la Presidencia, del 31 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/10/31/en-el-encuentro-de-los-pinos-se-alzan-voces-para-increpar-al-poder-1675.html>

Adquieren rostro

Al igual que la consigna “Vivos se los llevaron, vivos los queremos”, los retratos dan vida a los 43 estudiantes desaparecidos. Del anonimato que parece ser la constante en los centenares de cuerpos inertes y destrozados encontrados a lo largo del país, los nombres y rostros de los normalistas trastocan el mecanismo. Una estrategia que ha sido implementada por diversos grupos que demandan justicia, como lo muestra la nota sobre el relativo éxito en la resolución de casos que ha obtenido la Agrupación de Mujeres Organizadas por los Ejecutados, Secuestrados y Desaparecidos de Nuevo León, con la ayuda de Ciudadanos en Apoyo a los Derechos Humanos, A.C., que entre otras cosas, provee a las autoridades, y a la sociedad civil, de los retratos y datos de los seres queridos. [9]

En los retratos burdos, arrancados a credenciales y documentos de identificación oficial, o en las versiones de #ilustradoresConAyotzinapa, los desaparecidos se *convierten* en los jóvenes y en los ciudadanos que recorren las calles de las ciudades mexicanas y del mundo. Esta red fue iniciada por Valeria Gallo y Margarita Sada, con el objetivo de humanizar a los desaparecidos y apropiarse de sus rasgos para convertirlos “en parte de ti”; en dos semanas contaban ya con más de 70 retratos con soluciones formales y recursos iconográficos heterogéneos.[10] Las acciones no conllevan el entendimiento de la situación que se vive en Guerrero o una eficaz respuesta política, pero sí son una señal de cómo las consecuencias de estos actos violentos tocaron –casi físicamente– a todos los jóvenes, y a sus padres, que de golpe enfrentaron la realidad de una agresión semejante. No por nada la portada del 18 de enero de 2015 de *La Jornada* anuncia que, según datos oficiales, entre agosto y octubre de 2014 hubo 14 desaparecidos al día; cifra aterradora que ayuda a no olvidar Ayotzinapa.[11] La pieza *Nivel de confianza* del artista Rafael Lozano-Hemmer lleva al extremo la relación con los estudiantes: mediante “una cámara de reconocimiento facial entrenada con los rostros de los 43”, los rasgos del espectador se confrontan con ellos, evidenciando la imposibilidad de encontrar una coincidencia exacta, acción imposible ante la evidencia de los asesinatos; el objetivo es poner en evidencia y conmemorar la búsqueda incesante como estrategia de protesta.[12]



Yo, Laila Cohen, quiero saber dónde está Carlos Lorenzo.

Los rostros y nombres empezaron a circular el 4 de octubre como volantes que difundían la recompensa de un millón de pesos (contra 30 millones ofrecidos por información sobre Ismael *El Mayo* Zambada, por ejemplo) que el gobierno del estado de Guerrero ofreció a quien proveyera información. Días después trascendieron el carácter policial para convertirse en agentes fundamentales en las protestas y marchas. Son los 43 que se enumeran demandando justicia. En su singularidad conforman una comunidad a la que se suman los que se solidarizan y se reconocen en ellos.[13] Así, una foto de la agencia británica Reuters muestra disociación entre el título y la acción de colocar los retratos por las calles como se hace con los criminales buscados (4 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/04/politica/008n1pol>, la cual se contrapone a la que muestra a estudiantes colocando retratos en la Procuraduría de Guerrero (foto de Sergio Ocampo, del 7 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/10/07/federacion-de-estudiantes-campesinos-socialistas-de-mexico-tomo-2-emisoras-de-radio-en-guerrero-3736.html>; o la sugerente contraposición de los retratos ostentados frente al monumento a Ignacio Manuel Altamirano en Tixtla, realizada por Lenin Ocampo Torres (22 de octubre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/22/politica/010n1pol>; o cómo los rostros se han ido integrado a los espacios cotidianos en la foto de Arturo Campos Cedillo (25 de noviembre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/25/index.php?section=politica&article=016a1pol>.

Imágenes de esperanza

La visibilidad de las fotografías radica en la indignación social y la solidaridad que los asesinatos han suscitado en amplios sectores de la sociedad mexicana e internacional, y en la obstinada reivindicación de los padres de los 43. Las manifestaciones y protestas en numerosas ciudades del país y del extranjero así lo expresan. Existe una larga tradición fotográfica –que se remonta a la Revolución– de grupos y personas que marchan y protestan por diversas causas, que ha marcado las prácticas políticas, así como una iconografía y un itinerario para las protestas en la capital. Así, los fotógrafos saben dónde emplazarse para lograr tomas que den cuenta de la magnitud de la manifestación; o conocen los puntos donde obtener encuadres que contraponen hitos (monumentos y edificios) con manifestantes. Sin embargo, las muestras de solidaridad llegaron de los estadios de fútbol, las salas de conciertos, las escuelas y universidades públicas y privadas, las calles y plazas de muchas ciudades de México, las sedes de organismos internacionales, etcétera. Son particularmente sugerentes aquellas realizadas al anochecer, bajo los efectos de las luces de la ciudad, de las velas y antorchas. Ver, por ejemplo, la portada sobre las marchas del 20 de noviembre de 2014 en una foto de Cristina Rodríguez (21 de noviembre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/21/>; las fotos de acciones en Guerrero por Lenin Ocampo Torres (del 30 de septiembre y 4 de octubre de 2014); respectivamente <http://www.jornada.unam.mx/2014/09/30/politica/006n1pol> y <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/04/politica/007n1pol>; o las manifestaciones y protestas en la ciudad de México, como las de Yazmín Ortega Corte o Víctor Camacho (del 4 y

7 de noviembre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/11/04/grupos-religiosos-inician-ayuno-en-el-zocalo-en-solidaridad-con-movimiento-43x43-6366.html> y <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/11/07/protestan-con-veladoras-en-el-angel-de-la-independencia-por-ayotzinapa-1810.html>. Guillermo Sologuren y Cristina Rodríguez registraron “La caravana del Sur Daniel Solís Gallardo, integrada por parte de los familiares de normalistas desaparecidos de Ayotzinapa” (ambas aparecieron el 21 de noviembre de 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/21/index.php?section=politica&article=002n1pol> y <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/21/politica/005n1pol>.

¿Imágenes para la justicia?

Señalé que no había *una* imagen de Ayotzinapa, sino una multitud. Otra característica del conjunto es que la acción o las personas capturadas por la lente –entendida en su acepción más común: como vehículo para testimoniar la realidad–, es lo que construye imágenes con mayor fuerza expresiva. En la revisión del diario quedan registros de una amplia gama de sujetos y acciones. La multiplicidad comprende la reiteración de temas, necesariamente limitados, y de encuadres que recurren a composiciones previsibles o estereotipadas, “salvadas” por la gravedad de la realidad fotografiada. Al unir estos rasgos resulta una lectura que refleja a la sociedad civil, y sus atributos y facultades democratizadoras que abren la posibilidad de que de esta masacre pueda surgir “una parcela de humanidad”, como decía Hannah Arendt.^[14] Como invitaciones a reflexionar y a estar atentos, las fotografías dejan abierta la interrogante sobre su peso en el análisis del crimen cometido en Iguala y lo que ello ha desencadenado en la sociedad mexicana.

Recurro de nuevo al poema de David Huerta:

Ahora mejor callarse

Hermanos

Y abrir las manos y la mente...

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. El título del artículo es una línea del poema “Ayotzinapa” de David Huerta, presentado el 2 de noviembre de 2014, en el Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca.

[1] Los apuntes que siguen fueron posibles por la recopilación que hicieron la asistente Berenice Páramo, y que abarca de septiembre a noviembre de 2014, así como por la política abierta del diario sobre sus archivos; todos fueron consultados por quien esto escribe en diciembre de 2015. Por razones de derechos, se invita al lector a consultar las ligas señaladas para las imágenes referenciadas.

[2] *Regarding the Pain of Others*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2003, p. 10 (traducida como *Ante el dolor de los demás* y publicada por Alfaguara).

[3] Ver, por ejemplo, el número de octubre de 2014 de la revista *Zócalo*, titulado “Fotoperiodismo, crisis y desafíos”.

[4] De León también relata que cuentan con doce fotógrafos, más las agencias de información, el archivo y los colaboradores o corresponsales. Si bien la finalidad de este texto no es analizar el trabajo de cada fotógrafo, destacan las imágenes de Víctor Camacho, especializado en temas sociales, y la perspectiva local de Lenin Ocampo en el mes de octubre. Ver Mauricio Coronel Guzmán, “El fotoperiodismo en transición: editores”, en *Zócalo*, ed. cit., p. 22.

[5] Me refiero a la capacidad de relacionar conceptos que tiene la mente humana y que se ha desarrollado en modelos para el manejo de datos y que permite acceder a otra información.

[6] Los efectos de los dispositivos móviles ha sido tema de numerosos estudios ante su protagonismo y efectividad en movilizaciones políticas recientes, basta pensar en la llamada “Primavera árabe”.

[7] Ver los sitios: <https://cpj.org>, del Committee to Protect Journalists, y <http://es.rsff.org>, de Reporteros sin Fronteras, consultados el 17 de enero de 2014.

[8] No es casual que el informe final de la Comisión de la Verdad sobre las secuelas de la guerra contrainsurgente en Guerrero se dieran a conocer en octubre del año pasado. Blanche Petrich, “La impunidad que subsiste en Guerrero viene desde la *guerra sucia*: Comverdad”, 14 de octubre de 2014, en <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/14/index.php?section=politica&article...>

[9] Página en la sección local de *El Norte*, del 16 de enero de 2015. Agradezco la referencia a Juan José Cerón, jefe de fotógrafos del diario.

[10] <http://www.animalpolitico.com/2014/10/nosotros-los-ilustradores-mexicanos-queremos-saber-donde-están-los-43-normalistas-desaparecidos/>, consultado el 20 de enero de 2015.

[11] Argumento que desde hace tiempo esgrimían agrupaciones en diversos puntos del país tocados por la violencia de la delincuencia organizada y de las fuerzas del orden. <http://www.jornada.unam.mx/2015/01/18/politica/003n1pol>.

[12] El autor ha puesto a disposición de “cualquier universidad, centro cultural, galería o institución” el software para que pueda ser exhibido en múltiples sedes. http://www.lozano-hemmer.com/texts/manuals/nivel_de_confianza_specs.pdf, consultado el 24 de abril de 2015.

[13] Sobre estos temas vale la pena revisar el reciente estudio de Georges Didi-Huberman, *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*, Buenos Aires, Manantial, 2014 (ed. francesa 2012).

[14] Citada por Didi-Huberman, *op. cit.*, p. 25-26.

Tags:

Del oficio

fotografía

fotoperiodismo

documental

desaparecidos

En búsqueda de 27 000 y aumentando

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 - 00:02

Esther Acevedo*

¿Qué historia cuentan sobre Ayotzinapa las 132 caricaturas publicadas en *La Jornada* entre el 28 de septiembre y el 31 de noviembre de 2014?[1] Aunque ya la prensa había anunciado las desapariciones desde el día 27, uniéndolos con los de las ejecuciones de Tlatlaya, los caricaturistas empezaron un día después. Se ve en esas imágenes un desarrollo de la temática según los hechos, los cuales son reflexionados por la prensa escrita, noticieros, analistas y ensayistas de diferentes maneras al acercarse a lo inenarrable. Sus comentarios son más incisivos en torno a la ejecutoria sumaria (publicada el Miércoles 29 de octubre 2014) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/29/cartones/0>.

En septiembre sólo hay una caricatura que habla del ejército y esta Institución no se vuelve a tocar más. La caricatura pertenece a Jorge Hernández, quien junto con Antonio Helguera se ubica a la vanguardia, tanto en las formas de presentar las caricaturas como las atrevidas lecturas que ofrecen sobre los eventos (publicada el Lunes 29 de Septiembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/09/29/cartones/3>

El contraste entre el general de división Salvador Cienfuegos Zepeda y los indígenas asesinados son los hitos que van a manejarse en el tratamiento del problema: la clase alta dirigente corrupta que aspira a ser “Ministro del Año” ofreciendo al poder una serie de muertos que van vestidos con calzones y camisas de manta y con huaraches. Sí llevan armas, pero una pistolita comparada con las de uso exclusivo del ejército mexicano. El general lleva en su uniforme y sus medallas el respaldo de una institución poderosa en el ámbito de la guerra, pero se supone que con el invasor, no contra sus propios compatriotas. Sin embargo su rostro, casi tomado del natural a excepción de un colmillo (¿alguien con colmillo?) Lo caricaturesco se da entre la mano alargada que dice “yo tomé parte y quiero mi premio”. De su colmillo se siente ufano al presentar a sus compatriotas desvalidos, de quienes no explican porque merecen la muerte y por qué ello ha de dotarle del premio del año. ¿El poder premia a los vampiros colmilludos?

Siete caricaturas de septiembre involucran a Miguel Ángel Osorio Chong, secretario de Gobernación, quien quiere hacer pasar el caos, el tormento, por un “hecho aislado”; o al gobernador Ángel Aguirre, quien califica el suceso como una “calamidad natural”, junto con los meteoros Ingrid y Manuel que ya habían azotado al estado. Enrique Peña Nieto, presidente

de la República, no da la cara, sentado, viendo cómodamente la televisión donde pasan un episodio, a juzgar por las siluetas, de las diferentes policías armadas.

En el mes de octubre, 73 caricaturas cuentan una historia más amplia y con algunos personajes fuera del primer círculo. El gobernador Aguirre, con trece, lleva la delantera; le sigue Jesús Murillo Karam, con 11 representaciones y siempre empequeñecido por cualquiera de los caricaturistas (publicada el miércoles 8 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/08/cartones/3>

Además de la desfachatez del ex gobernador de Guerrero, lo cierto es que no sabe a qué partido pertenece, los que lo pusieron o los que le permiten la impunidad. Para él, en un momento dado lo bueno es que no han desaparecido los poderes de Guerrero. Sí busca a los responsables de los desaparecidos pero “para encargarles otros trabajitos”.

Le sigue Peña Nieto con diez imágenes: primero lo vemos parapetado detrás de Palacio Nacional, eludiendo al movimiento que ya se ha formado en torno a Ayotzinapa; su lejanía la marca viendo las mantas del movimiento exigiendo las cuentas claras sobre los 43 desaparecidos de Ayotzinapa desde la azotea (jueves 9 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/09/cartones/0>

Por si esa altura no fuera suficiente, se va a China volando sin prestar atención a lo que sucede en la tierra cuando despegar en el 787 (publicada el sábado 11 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/11/cartones/1>

El narcotráfico le preocupa al presidente, pero sólo en tanto se sepa que éste ya se ha infiltrado en las Instituciones. Finalmente lo muestran enarbolando la bandera de Ayotzinapa, o bien dándole la espalda con una pala al hombro. ¡Lo dio por terminado! (publicada el domingo 26 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/26/cartones/0>

El tema de las elecciones del 2015 sigue presentándose como un foro abierto para los caricaturistas. El PRI, llegando en forma de zopilote (animal carroñero) con alas abiertas, quiere aterrizar en el poste donde unos compañeros ya lo esperan dándole la bienvenida a Guerrero; y no es que los zopilotes lleven buenas intenciones para el rescate del Estado, quieren llegar al triángulo de la putrefacción donde se encuentra el mayor terreno sembrado con amapola y coincide con el desarrollo de minas que explotan no sólo inclementemente a la naturaleza sino a los trabajadores (publicada el jueves 23 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/23/cartones/2>

Guerrero se ha vuelto el tercer productor de heroína del mundo, después de Afganistán y Myanmar, y el corredor de salida pasa por Iguala. Así se entiende el ansia de los gobernantes por recuperar el estado para el PRI, con Peña Nieto como figura tutelar, quien en su ignorancia pregunta ¿Cómo se llama Guerrero? Las elecciones de 2015 fueron un tema fuerte en ese mes de octubre

Una gran caricatura de Hernández culpa al PRD de una manera muy sutil, cuando las perforaciones que dejan las balas en el muro de ejecución son pequeños símbolos del PRD (del martes 7 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/07/cartones/3>

Desde la perspectiva de los caricaturistas, la vinculación del PRD con el gobernador Aguirre y el presidente municipal José Luis Abarca no queda en duda. Un PRD ambiguo, con alianzas extrañas que ya no representa a la oposición. Esa ambigüedad se muestra con el ex Gobernador de Guerrero, Aguirre, quien trae colgado el símbolo del PRD pero también las siglas del PRI. Y por si hubiera duda, Carlos Navarrete alza su dedo acusador y nos dice, en palabras de Hernández: “En el PRD hemos mejorado mucho: Antes poníamos a los muertos, ahora ponemos a los asesinos” (publicada el jueves 9 de octubre de 2014.) <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/09/cartones/3>

En esta lucha entre partidos, y en un intento de saber quiénes son los que están con la delincuencia y quiénes no, Helguera definitivamente entrelaza a Carlos Navarrete, Jesús Ortega y Jesús Aguirre como los políticos llenos de lombrices, moscas, manchas verdes de putrefacción que llegan hasta sus rostros. Esta caricatura (publicada el 13 de octubre de 2014), unos días antes de que Cuauhtémoc Cárdenas (16 de octubre) solicitara la renuncia como miembro fundador del PRD. <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/13/cartones/1>

La renuncia de Cárdenas llegó hasta el martes 25 de noviembre, cuando manifestó “Mantenemos profundas diferencias en nuestras visiones de cómo enfrentar los problemas internos del partido, en particular de las medidas que deben adoptarse para recuperar la credibilidad de la organización y de manera especial de sus dirigentes ante la opinión pública, indispensables para lograr su reposicionamiento como una verdadera opción política de carácter y alcances nacionales, única forma en que le sea útil al país”. Se quedó corto.

Para noviembre el número de caricaturas desciende hasta 55 y la temática se desliza a las protestas, marchas y al escándalo de la “casa blanca”. Se conoce por los medios y las caricaturas cómo aumenta el número de desaparecidos y se incorporan casos como los de

Chilapa, a quienes se les pide que se “formen después de Ayotzinapa”. Los niños en la escuela discuten si quieren ser presos políticos o desaparecidos, el tema parece fluir a diferentes generaciones y clases sociales; literalmente, la República Mexicana aparece fracturada y apenas sostenida por toletes, cascos y escudos. El presidente aparece ostentando la facultad para utilizar la fuerza, y el secretario de Gobernación manifiesta que están identificados los responsables de los destrozos durante las manifestaciones, “hasta ellos pueden estar en nómina” (publicada el lunes 10 de noviembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/10/cartones/5>

Quisiera hacer una reconstrucción visual de los policías que usan los caricaturistas en esa variedad de cuerpos que fueron brotando. ¿Se les puede reconocer fácilmente a lo largo de estos meses atrapados por el escándalo de los 43 desaparecidos?

Juguemos a tratar de identificarlos en sus representaciones realizadas por los caricaturistas: locales, municipales estatales, federales, paramilitares. Hay quienes persiguen a la delincuencia, o persiguen a los ciudadanos en su derecho de disentir. ¡Cómo, cuál es la función del policía!

Septiembre

(Publicada el martes 30 de septiembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/09/30/cartones/1>

Octubre

(Publicada el lunes 6 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/06/cartones/1>

(Publicada el miércoles 1 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/01/cartones/3>

(Publicada el martes 7 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/07/cartones/1>

(Publicada el sábado 18 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/18/cartones/0>

(Publicada el jueves 30 de octubre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/10/30/cartones/0>

Noviembre

(Publicada el miércoles 26 de noviembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/26/cartones/2>

(Publicada el sábado 22 de noviembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/22/cartones/0>

(Publicada el lunes 17 de noviembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/17/cartones/1>

(Publicada el sábado 15 de noviembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/15/cartones/0>

En las imágenes recreadas por los caricaturistas no hay un acercamiento a qué fuerza pública fue responsable de los diferentes momentos, desde la aprehensión hasta la desaparición. Hay una imagen icónica que se repite, una metáfora abierta donde la violencia legal se relaciona con la ilegalidad de un país sin derechos básicos. Predomina entonces una imagen homogénea, son los modelos *robocop* que transmiten una violencia brutal.

Epílogo

Los caricaturistas usan símbolos que tienen una tradición en su significado como el zopilote, que nunca será como la paloma de la paz, los vampiros colmilludos no traerán buenas noticias, la desigualdad de tamaños nos dirá algo de la jerarquía de los sujetos, el espacio entre un cielo límpido donde vuela sin problemas un super avión, y la tierra está llena de manchas de sangre, hueso y calacas. Pero a veces no son tan explícitas. Si ves una imagen que te voltea la espalda y lleva una pala al hombro, te hace preguntar de dónde viene, de hacer una buena o una mala acción; el contexto te ayudará a descifrar la caricatura, los propios caricaturas van formando su vocabulario y el seguirlos constantemente, así como el contexto te hace entender y gozar las líneas de los caricaturistas a quien descifrarás por el estilo que van tomando sus monitos.

Para terminar, el problema abarca más que Ayotzinapa. No son sólo 43 los desaparecidos, a ellos se suman más de 23 000 de 2006 a la fecha. Ayotzinapa es y será un punto de inflexión

en los problemas de este país. Que la memoria permanezca y las acciones se desarrollen en contra de la injusticia y la impunidad (publicada el miércoles 26 de noviembre de 2014). <http://www.jornada.unam.mx/2014/11/26/cartones/1>

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Los apuntes que siguen fueron posibles por la recopilación que hizo la asistente de la revista *Con-temporánea*, Berenice Páramo, y abarca de septiembre a noviembre de 2014.

Tags:

Del oficio

caricatura

caricaturistas

lenguaje gráfico

pensamiento de izquierda

Niños y migración en Putumayo durante el auge cocalero (1967-1997)

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:01

Lina Marcela Ospina Uribe*

Shiduet Mariana Castro Hernández**

Para comprender el proceso de migración de los niños a Putumayo, es necesario explicar el contexto de disputa por el control del mercado de la cocaína y la guerra que van transformando la zona. La presencia de los diferentes grupos armados en la región tuvo profundas implicaciones en la vida cotidiana de los habitantes, y la disputa por la renta del narcotráfico ha dejado marcada la memoria de todos aquellos que han presenciado la cruenta guerra. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia–Ejército del Pueblo (FARC–EP), cuya presencia en la zona es ubicada desde la década de 1980 y su consolidación se vincula al negocio del narcotráfico, y por muchos años han controlado a la población y el mercado de drogas ilícitas. El segundo grupo que tiene presencia en el Putumayo fueron los paramilitares o Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), cuyo surgimiento se relaciona con el ejército privado al servicio del narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha, alias el *Mexicano*, con los grupos denominados Masetos y Combos[1] referidos como *la primera generación de paramilitares*,[2] mientras la *segunda generación de paramilitares* se sitúa a partir de 1997, y la presencia del Bloque Sur Putumayo[3] en el año 1999, con la realización de masacres en la zona del Bajo Putumayo: la primera de ellas el 9 de enero en la inspección del Tigre y la segunda el 7 de noviembre en la inspección del Placer, siguiendo con la ola de violencia por el resto del departamento. Por último, las fuerzas armadas del Estado, con la presencia del ejército, se observa desde 1992, cuando se da inicio a un gran despliegue militar en la zona y se declara la *lucha contrainsurgente*, lo cual agudiza la guerra --que pasó a una declarada confrontación directa y una ofensiva contra los subversivos--, a raíz de los ataques perpetrados por las FARC–EP a la base militar en Churuyaco.[4] Ello trajo como resultado la intensificación de la guerra en el Putumayo y puso en el escenario la disputa por el control del negocio del narcotráfico a los tres contendientes FARC, AUC y Ejército colombiano, y con ello la presentación de continuas demandas de los pobladores del Putumayo por las frecuentes violaciones al derecho internacional humanitario.

Niños y migración

Explicaremos el papel de los niños migrantes en esta zona bajo un contexto de guerra, a través de la memoria de los adultos de entre 28 y 52 años de edad y su experiencia de migración a Putumayo siendo niños. Son diversos los motivos por los que familias con niños y niños no

acompañados migraron a Putumayo, para establecerse con el anhelo de mejores condiciones de vida.

En la primera mitad de la década de 1960 los centros urbanos en el Putumayo no eran perceptibles aún. El paisaje se cubría de grandes extensiones de tierra, huertos y el afluente del río La Hormiga, navegable para ese entonces, adornaba con sus aguas cristalinas aquel suelo fértil que brindó variedad de cultivos para el sostenimiento alimentario a las familias que llegaban. A partir de los recuerdos de aquellos habitantes, el despegue del centro urbano La Hormiga se da después de la segunda mitad de la década de 1960, con la instalación de la primera petrolera que ofreció la compra de algunos predios y llevó a la desaparición de las primeras fincas, dando paso a la aparición de calles, la edificación de algunos barrios, con la idea de asegurar vivienda para las personas que llegaban a trabajar a la compañía.

Martha Alomía tenía seis años de edad cuando llegó a Putumayo en 1965, únicamente con su madre, en busca de trabajo. Ambas comienzan a trabajar en los cultivos tradicionales de la zona: chonta, plátano, arroz, maíz y chiro,[5] y más tarde, en la década de 1980, pasan al cultivo de la coca. Martha Alomía cuenta que la primera compañía petrolera que llega a La Hormiga fue Casablanca y luego GCI,[6] estas compañías fueron las que construyeron carreteras y una pista de aterrizaje para transportar personal y herramientas. Se dio mayor importancia y relevancia a la labor de estas compañías petroleras porque “se tuvo que trasladar la escuela para dar paso a los campamentos donde en principio se quedaban los trabajadores, vinieron gentes de todas partes. A partir de ahí empezó a crecer el pueblo, porque antes éramos seis o siete familias, pero se fueron construyendo barrios y las personas se fueron quedando.” [7]

Martha tenía siete años de edad cuando estudiaba en la escuela que reubicaron en otro lugar, dando mayor importancia a los trabajadores de la compañía de petróleo que a la educación de los niños. Ella cuenta que para llegar al nuevo lugar donde tomaba clases tenía que pasar sola frente a la que antes fuera escuela y ahora albergaba a los trabajadores, a quienes ella temía porque le parecían “unos negros muy grandes” que le daban miedo; esto fue motivo suficiente para que ella decidiera dejar trunca su educación en el segundo año de primaria. De esta manera, las compañías petroleras y el mercado de la cocaína modificaron la estructura de las viviendas, la escuela, la cotidianidad y las actividades sociales que giraban en torno al campo, anclando la transformación del espacio a un contexto global de mercados.

Los raspachines

El testimonio de Andrés Jiménez evidencia las motivaciones y las condiciones en que llegó al Putumayo. Nació en 1986 y es originario de la ciudad de Popayán, en el departamento del Cauca. Sus padres se separaron antes de su nacimiento, los primeros cinco años los vivió con

su madre, quien luego decidió enviarlo a vivir con el padre, y Andrés abandona la escuela para ponerse a trabajar. Pasado un tiempo, Andrés se da cuenta que mantenía con su trabajo como vendedor de lotería a la familia de su papá, ya que él no trabajaba, así que decide abandonar la casa a la edad de diez años y recorrer solo un nuevo rumbo para llegar al Putumayo, ya que le llega el rumor de que allá había “trabajo para todo el mundo”. Al ser un niño que no contaba con nadie, tuvo que trabajar para poder sostenerse en todos los sentidos:

Cuando llegué al Putumayo busqué trabajo en las fincas, empecé como raspador de la mata coca.[8] Las manos se volvían nada y además no me rendía y también pude darme cuenta de que había cosecheros que cosechaban 12, 15, 20 arrobas.[9] Como yo cosechaba tan poquito, una vez recibí una crítica de un señor que decía, “uno con usted no paga ni la comida”, puesto que cuando terminé el día, escasamente coseché tres arrobas y media. Y yo me sentía mal, entonces me empecé a dar cuenta de que el negocio no era tanto ser un *raspachin*, a pesar de que yo no había venido aquí para quedarme, empecé como a visualizar mi vida acá, decía bueno, que tal yo aquí con una finca, entonces eso me serviría para hacerme un plante y ya irme de aquí y hacer vida ya afuera, como un plante[10] trabajando en otra cosa, ese era mi pensado inicialmente, igualmente en los cultivos había gente de toda clase.

Debido a la pobreza y la necesidad de solventar los gastos económicos, los niños desde muy pequeños también tenían que trabajar para apoyar a su familia, ya sea que recibieran un salario o simplemente apoyando a los padres en su trabajo. En Putumayo había mucho trabajo remunerado en la siembra y cosecha de la coca, así como para el procesamiento industrial de la planta, al punto de que los empleadores se peleaban por la mano de obra, esto es que ofertaban más dinero para obtener la mayor cantidad de los hombres, mujeres y niños que llegaban en busca de empleo. Con el rumor de que Putumayo ofertaba trabajo, la gente se imaginaba que era un lugar desarrollado con vías de acceso pavimentadas y suficientes medios de transporte, lo cual no era cierto, pues lo único que prosperaba era el negocio del narcotráfico.

En pleno auge cocalero, los niños y los jóvenes obtenían mayor ganancia monetaria de manera inmediata trabajando como *raspachines*, por lo que estudiar ya no era prioridad ni tampoco una opción para salir de la pobreza.

Los guerros

A los niños y jóvenes que pertenecían a las FARC se les llamaba “guerros”, quienes se sentían atraídos por la adrenalina, el poder y el dinero que dejaba pertenecer a un grupo armado. Sin embargo, tal estilo de vida representaba riesgos:

Recuerdo que una niña, Raquel, ella fue estudiante de nuestro colegio, y de pronto empiezan como a decir, es que en ese grado hay muchachos infiltrados, en ese tiempo se hablaba de los 'guerros' o sea gente de la guerrilla. Esa niña, ella era muy pila,[11] era una niña muy inteligente y yo la tenía en cuenta porque cada clase que yo daba ella la escuchaba con mucha atención, mantenía muy pendiente, los trabajos los llevaba, en fin, unos estudiantes me dijeron que ella en las clases los intimidaba, que les decía que si no hacían esto o lo otro ella les mandaba la ley y pues a mí me sorprendió mucho, o sea yo no lo podía creer que esa niña fuera así, después me di cuenta, de que el rector del colegio la estaba ayudando para que se fuera porque habían amenazas contra ella, pero ella no se quiso ir. Después resulta que un día de pronto llegó una señora muy humilde que yo jamás la hubiera relacionado como la madre de esa niña porque tú la mirabas a ella y ella andaba en su súper moto y yo pensaba que ella era de familia que de pronto tuviera mucho dinero y entonces llegó la señora muy humilde y se paró ahí enfrente de todos y preguntó si alguien había visto a su niña que hace dos días no llegaba a la casa y que la estaba buscando; pero no, nadie, nadie la había visto. A los dos o tres días fue llamado el coordinador, él fue llamado para hacer un reconocimiento y él fue y claro era ella, fue una niña que fue, se llama empalada, fue torturada, violada e incinerada, el profe la reconoció porque ella tenía una cabellera hermosísima y larga, y la reconoció por el cabello, sólo habían quedado como el cráneo y unas cuantas partes de ella nada más, esa vez me recuerdo que fue la única vez que el colegio hizo una protesta, salió todo el colegio en una marcha de luto por todo La Hormiga y como en una protesta por el derecho a la vida sobre todo de niños, de jóvenes estudiantes.[12]

La indignación y la impotencia de la población se hacían presentes cada vez que ocurrían asesinatos de tal magnitud. Añade Ligia: "Sí, de este grado que te estoy contando, porque he hablado con algunos estudiantes, si ahora me pusiera a ver la lista de esa época, si acaso de los 35 estudiantes, estarán vivos unos cinco o seis, los demás todos fueron asesinados."

Cultura narco

El negocio del narcotráfico siempre va acompañado del conflicto armado y la prostitución, y va transformando la zona y las relaciones humanas. Nos encontramos a *Paola*:

una trabajadora sexual o una puta, como nos llaman normalmente, soy de Cali y llegué a los 13 años a prostituirme a La Hormiga, ahora tengo 40 años, y llegué porque mi mamá me abandonó en un prostíbulo en Cali y luego me escapé porque me maltrataban mucho y andé (caminar) la calle hasta llegar a otro prostíbulo y me

mandaron acá y me quedé viviendo. Cuando llegué a La Hormiga tenía mucho miedo por los cuentos que me habían dicho en Cali sobre el Putumayo, de que había mucha guerrilla y que a nosotras nos hacían lo que ellos quisieran, hasta nos podían matar, menos mal no me mandaron sola, sino que me vine con dos peladas más, ellas eran mayores que yo. Pero apenas mis amigas, las que se quedaron se dieron cuenta de que me venía para acá, me decían que tuviera mucho cuidado con la guerrilla [...] cuando llegué me recibió la señora Gladys, ella era la dueña del chongo,[13] bueno, y de nosotras también, era el primer bar en toda la entrada de La Hormiga, en ese momento habían sólo tres chongos, y trabajábamos desde las 11 am hasta las 3 am, había mucho dinero, por la coca, nos pagaban bien. En La Hormiga nunca vi a un guerrillero, así, armado como uno lo ve en las noticias, pero uno sabía que estaban, pero no uniformados, a veces nos mandaban algunas a los campamentos a trabajar, a mí nunca me pasó nada pero algunas no volvían o fue porque las mataban o los guerrilleros se enamoraban de ellas, pero en sí el trabajo fue aumentando porque había mucha gente que llegaba a trabajar con la coca, así como también mantenían llegando peladas a trabajar [...]”[14]

El narcotráfico, la prostitución y la violencia se traducen en una dinámica social particular que lleva a transformar la percepción del tiempo en la población: esto es, el presente es lo único que importa para vivir y disfrutar, porque son conscientes de que el futuro es incierto debido al estilo de vida que decidieron emprender. De esta manera se implementa en la zona la “cultura narco”: una fugaz prosperidad económica, violencia, prostitución, pedir cuotas a los comerciantes, organizar a la población para determinado grupo armado, ajustes de cuenta, acoso a la población, intimidaciones, pobreza. Algunas de las personas que llegaron al Putumayo a trabajar se gastaban todo el dinero que ganaban en los prostíbulos, o en la compra de motos, ropa, zapatos, accesorios: pocos pudieron cumplir la promesa de hacerle una casa a sus padres.

A raíz de la disputa por el control del mercado de la droga, la intensificación y el recrudecimiento de la violencia se tradujo en el asesinato de miles de personas, lo que provocó el resquebrajamiento del núcleo familiar, esto es que los grupos armados asesinaban a familias enteras o dejaban vivos solamente a los niños más pequeños. En consecuencia, el Estado comenzó a construir hogares sustitutos, orfanatos o internados donde se reubicaron a los niños sobrevivientes de la violencia y las masacres.

Reflexiones finales

En el mundo hay tres principales negocios ilícitos que van de la mano y generan ganancias multimillonarias: el tráfico de armas, el tráfico de drogas y el tráfico de personas. En este contexto global de los mercados ilícitos participan los países consumidores –Estados Unidos y naciones de Europa– y los países productores, como Colombia, específicamente el

departamento de Putumayo, que a partir de la década de 1980 ha sido el principal productor de hoja y base de coca. Estos negocios han impulsado, una nueva economía, nuevos empleos, y por tanto nuevas maneras de comercio. La relación del mercado local y el mercado mundial, se comprende mejor a partir del proceso de globalización “que está transformando las relaciones mundiales en nuevas maneras de convivencia entre los pueblos y países del mundo”.^[15]

En este proceso globalizador los habitantes de Putumayo pasan de los cultivos tradicionales de consumo regional al cultivo de coca para consumo mundial, lo cual hace ofertar mayor cantidad de empleos con una paga segura pero a destajo. La oferta de esta nueva forma de trabajo, en conjunción con la pobreza del resto de la población de Colombia, implicó procesos migratorios de otros departamentos a Putumayo y la vinculación de niños y jóvenes a la dinámica global de mercados de la droga con todo lo que esto implica.

No hay un solo tipo de niñez, ni mucho menos en los términos en que estamos acostumbrados a ver a los niños de manera idílica. En términos epistemológicos por lo general domina un concepto de niño idealizado, cuya noción va asociada con “inocencia”, el angelito que juega y va a la escuela que debe ser querido y protegido. En este trabajo quisimos mostrar otros matices de la niñez caracterizados por un contexto de pobreza, narcotráfico y explotación petrolera, lo cual desata un proceso de globalización de mercados acompañado por la violencia. Las personas entrevistadas nos hablan de su niñez y de cómo se enfrentaron a tales circunstancias trastocando su proceso de construcción como sujetos siendo niños.

El estilo de vida implantado por el narcotráfico deshumanizó y desintegró las relaciones sociales, y esto se refleja en una falta de identidad al quedar derruidas las costumbres y tradiciones de la comunidad.

Las opciones para los niños y los jóvenes se limitan a trabajar como *raspachines*, en los laboratorios de procesamiento de la cocaína, en la prostitución, en el sicariato, o como colaboradores o informantes de los diferentes grupos armados, distribuidores y comercializadores de la droga. Por tanto, la vida de la población en general fue alcanzada en un momento dado por la violencia y la muerte, dentro del contexto global de ese negocio rentable denominado narcotráfico.

* Universidad del Valle–Cali–Colombia.

** Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

[1] En 1987 se estableció una base paramilitar en el Azul, jurisdicción de Puerto Asís, la acción se limitó a reprimir a medianos narcotraficantes que no estaban ligados con el cartel de Medellín, controlar las zonas de laboratorios de cocaína y ejecutar campañas de limpieza social. En 1991 las FARC logran expulsar al grupo con un ataque en la base el Azul, y logrando con ello consolidar su dominio en la región.

[2] Comisión Andina de Juristas, “Informes regionales de Derechos Humanos”, *Derechos Humanos–Putumayo*, Bogotá, 1993, pp. 67–68.

[3] El Bloque Sur Putumayo, unidad adscrita al Bloque Central Bolívar (BCB) de las AUC. Esta presencia obedeció a un proceso nacional de expansión paramilitar que se planificó en la Tercera Cumbre Nacional de Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), llevada a cabo en noviembre 1996, y en la cual se declaró al sur del país como objetivo militar.

[4] “Ataque de las FARC a base militar en Churuyaco”, *El País*, Cali, 8 de noviembre, 1992, p. A2.

[5] El chonta es una palma que da como fruto el chontaduro, fruto típico de la zona de Putumayo, de textura seca y carnosa; además es rico en vitaminas, minerales, aceite y proteína. El chiro es un banano pequeño y dulce. El chonta, el plátano, el arroz, el maíz y el chiro eran cultivados para consumo local.

[6] Empresa estadounidense que se encargó de la exploración y explotación del petróleo en el Putumayo. La referencia la hacen algunos de los entrevistados.

[7] Entrevista a Martha Alomía, realizada por Lina Ospina, Archivo de Historia Oral–La Hormiga, Valle del Guamez, Putumayo.

[8] Raspador de la mata de coca o *raspachin*, se le denomina así a los niños y jóvenes que se dedicaban a jalar desde el inicio del tallo las hojas de la coca.

[9] La arroba es una unidad de medida empleada en Colombia y equivale a 12.5 kg.

[10] Se refiere a un trabajo de planta.

[11] Del lenguaje común y se refiere a cuando una persona es muy inteligente.

[12] Entrevista a Ligia Díaz realizada por Lina Ospina, 2014, Archivo de Historia Oral–La Hormiga, Valle del Guamez, Putumayo.

[13] Prostíbulo.

[14] Entrevista a Paola, realizada por Lina Ospina, 2012, Archivo de Historia Oral– La Hormiga–Valle del Guamez–Putumayo

[15] Sergio López Ramos, *Una mirada incluyente de los psicólogos de Iztacala. Hacia una nueva construcción de la psicología*, México, UNAM, 2007, p. 15.

Tags:

Del oficio
narcotráfico
migración
niños y jóvenes
memoria

Reconstruir historias demolidas: el peligro de ser sindicalizado en el Valle del Cauca y Colombia

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:51

Germán Feijoo Martínez*

En Colombia se está regresando permanentemente al proyecto de abolir el pasado lleno de luchas, protestas sociales y resistencias que han generado los inconformes^[1] para oponerse al proyecto de opresión y dominación impuesto por los que han matado, encarcelado, desaparecido, desterrado y descompuesto la vida de quienes por ser rebeldes en amor, se negaron a seguir mandando para la eternidad el crimen, la tortura, la intimidación y la violencia ciega. Estos últimos, objetivos cruciales de los dueños de todos los medios para producir miedo en sociedad, siempre acompañados de los señores de la guerra: el ejército nacional, los paramilitares, los narcotraficantes, las guerrillas y la delincuencia común.

Todos ellos enriquecidos, llenos de privilegios y patrocinados por la oligarquía y el muy fuerte Estado colombiano que ha cedido desde su conformación el monopolio de las armas a los múltiples actores armados que han mantenido al país en guerra durante el siglo XX, a la vez que han edificado sobre el pilar de la corrupción los dos soportes que desterraron desde el siglo XIX, cualquier posibilidad de gobernar para las mayorías, para la gente que hace con su trabajo posible la vida, la cultura, la sociedad y la libertad: *los sindicatos acaban con las empresas o las empresas acaban con los sindicatos.*

La enunciación anterior es el escenario en el que sectores sociales como los trabajadores sindicalizados han visto derrumbarse la movilización social sindical y popular desde los finales de los años ochenta, debido a la fuerte satanización de la protesta social e invisibilización de su historia, o como precisan investigadores del Cinep, Archila y otros: “La violencia contra los trabajadores sindicalizados –independientemente de sus generadores y de sus móviles–, además de ser una constatación dramática de la crisis humanitaria que vive el país en los tres últimos decenios, termina produciendo el debilitamiento del sindicalismo”.^[2]

En Colombia, desde la década de 1990 tanto el asesinato como diversas formas de muerte social de los trabajadores y de sus organizaciones sindicales han provocado un dramático decrecimiento general de la acción sindical. Según un estudio del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) Colombia es uno de los países del mundo con peores índices de

libertad sindical y de derechos laborales, con un registro de más de 2 800 homicidios de dirigentes y trabajadores sindicalizados entre 1984 y 2011.

Al actualizar las cifras el dirigente Domingo Tovar, presidente de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), denunciaba el asesinato de trece sindicalistas entre 2011 y agosto de 2012.[3] Según Renán Vega Cantor,[4] en los últimos 20 años han sido asesinados en Colombia 3000 dirigentes sindicales. El Ministerio de Defensa, en una página web, respondió a una pregunta expresa que el número de sindicatos y activistas sindicales beneficiados por el Programa de Protección asciende a 4 492 personas, desde su concepción en 2001.[5] Con los datos anteriores se ratifican las denuncias de los sindicalizados y sindicalizadas de que todos los sindicalizados están en peligro permanente de muerte en Colombia. En la misma página, a la pregunta ¿cuántos colombianos están sindicalizados?, se responde de la siguiente manera:

De una población económicamente activa de 19 950 000 trabajadores, Colombia cuenta con 856 099 miembros de sindicatos, lo que equivale a un 4.28%, según el último censo realizado por la Escuela Nacional de Sindicatos (ENS). Los empleados sindicalizados se agrupan en 2 357 sindicatos, de los cuales 380 son de empleados gubernamentales con privilegios de pactos colectivos, 73 de otro tipo de empleados gubernamentales, 53 de carácter mixto, y 1 845 de empleados del sector privado.[6]

Estos datos los confirma la Escuela Nacional Sindical (ENS). La tasa de sindicalización en Colombia es de 4.2% a diciembre de 2009. Hay 53 000 sindicalizados menos desde 2002.[7] En contradicción con las cifras de la ENS, en un reporte de la Asociación Nacional de Empresarios de Colombia (ANDI), en la revista virtual *Portafolio.co*, señalaba en marzo de 2013: “Entre 2002 y 2009 se ha registrado un aumento del 76% en el número de afiliados a los sindicatos, pasando de 583 934 a 1 503 629, lo que representa un 8.2% de la población ocupada del país. A enero pasado, según el Dane, en Colombia había 18 276 000 personas con trabajo”. [8]

El sindicalismo ha consolidado en nuestro país espacios serios y consecuentes de lucha social, política y económica, que se han materializado en una multitud de acciones colectivas que han beneficiado a las organizaciones sociales en su lucha por obtener beneficios concretos. [9]

A pesar de la extrema persecución, el asesinato y el destierro, miles de hombres y mujeres se han emancipado mediante la acción sindical y la emergencia de formas culturales de identidad que se corresponden a la materializada en la acción colectiva. De ahí surgen un tipo de valores éticos y morales para enfrentar la subalternización que impone el capitalismo, ante el cual los sindicalizados han conquistado espacios de poder expresados en formas de cultura política

que nutren numerosas organizaciones barriales autónomas de los proyectos políticos de los gobernantes.

El taller de historia oral sindical

De igual manera, es complicado hacer la historia de un grupo social específico como los trabajadores sindicalizados, cuando las fuentes se encuentran tan dispersas o en la mayoría de los casos han desaparecido por la brutal represión e estigmatización a la que los sometieron las elites en el poder. Aunque en Colombia se han realizado importantes trabajos sobre los obreros y sus realidades,[10] en la historiografía colombiana faltan trabajos específicos sobre el sindicalismo en las regiones, o en muchos casos no existe información suficiente sobre los sindicalizados y la protesta social.

Investigar sobre la historia del sindicalismo en el Valle del Cauca y en Colombia[11] es cada vez más difícil, debido a que se están perdiendo las fuentes básicas: la memoria, las fuentes escritas y los archivos sindicales. No existen archivos en los que se resguarden las actas, cartas, informes, resoluciones y otros documentos. Sólo hasta ahora algunos sindicatos han comenzado a rescatar la documentación.[12] La memoria oral está desapareciendo, los hombres y mujeres que fueron activistas entre las décadas de 1960 y 1980 han muerto, están en muy difíciles condiciones de vida, o han visto desaparecer las empresas donde laboraban,[13] lo que entorpece el trabajo de rescatar sus memorias.

Para rescatar los testimonios de los trabajadores sindicalizados se ha acudido a la historia oral como método de investigación, al uso de fuentes primarias, orales y escritas, consideradas como elementos primordiales para establecer el reconocimiento de las prácticas culturales, y la memoria de quienes se sindicalizaron. Al hacerlo se ha conseguido entender los espacios de redes de significados y sentidos de manera directa, lo que hace mucho más perceptibles las narraciones sobre la actividad sindical. La interacción con los líderes sindicales, sus registros orales y escritos ha permitido la recuperación de la memoria, la accesibilidad y visibilidad de procesos históricos que no se habían estudiado en torno al sindicalismo.

La pertinencia para realizar una historia sindical en el Valle del Cauca se ubica en la necesidad de reconocer formas de organización popular, de la cotidianidad y de los aportes generados a las diferentes formas de identidad transformadas por los trabajadores sindicalizados y los líderes populares, lo que les ha permitido mantenerse unas veces en resistencia u otras en congruencia con las formas de poder social, político o económico del Departamento del Valle del Cauca.

Al realizar la investigación nos encontramos que el proceso de invisibilización de la acción sindical, la brutal represión y la pauperización económica han provocado el descuido en las fuentes documentales. Con frecuencia los propios sindicalizados han desaparecido los documentos, por seguridad de los miembros de los sindicatos, lo que ha dificultado la reconstrucción de la historia de la protesta social en el Valle del Cauca.^[14] Por ello ha sido muy oportuno usar las entrevistas de historia oral para salvar los testimonios de los sindicalistas.

El derrumbe del movimiento sindical y popular en Colombia, específicamente en el Valle del Cauca a finales de los años ochenta, ha provocado una fuerte estigmatización, que incluso ha hecho creer a las grandes mayorías que los problemas colombianos se han debido a los sindicatos y a la guerrilla. Los medios de comunicación y los sucesivos gobiernos han señalado a las organizaciones sindicales como culpables del cierre definitivo de muchas empresas. Lo paradójico es que gran parte de la población lo ha creído, cuando en realidad del total de sindicalizados, la mitad pertenecen al mayor sindicato del país, la Federación Colombiana de Educadores (Fecode), organización de los maestros y maestras del sector público.

El Estado, los sectores empresariales y los diversos actores armados han mantenido desde los años ochenta una feroz represión que ha causado la muerte violenta de cientos de sindicalistas en Colombia.

Ha sido evidente que el proyecto de aniquilamiento del sindicalismo ha contado con un fuerte aliado en los medios de comunicación, cuyos propietarios han sido las elites empresariales y del sector financiero, quienes han procurado la muerte social y física de los líderes sindicales a través del despido y la represión.

Resistir la embestida

Sin embargo, una de las respuestas ante el embate estatal y de los sectores dominantes ha sido pasar del asesoramiento de los pocos sindicatos que sobreviven y al intento de formar nuevos, que han debido enfrentar la oposición de los gobiernos y los empresarios. Otra de las respuestas ha sido realizar el tránsito de dirigentes sindicales a líderes populares; muchos de los miembros de los sindicatos perseguidos o desempleados han terminado por promover acciones colectivas impulsadas desde los barrios donde han forjado formas de organización que busca bienestar inmediato como respuesta a las demandas cotidianas de los habitantes.

El tránsito de dirigentes sindicales u obreros sindicalizados a líderes populares y barriales es algo que nunca se pudo imaginar en el pasado, porque la represión oficial --aunada a una prohibición legal-- nunca lo permitió. El derrumbe del sindicalismo ha inducido el agotamiento

de espacios laborales –puesto que a todos los dirigentes sindicales se les ha prohibido laborar en otras empresas luego de su despido– y ante la solicitud de los problemas de sus barrios a participar aportando su experiencia en las organizaciones barriales y comunales, a pesar de la continua persecución estatal y empresarial.

Algunos dirigentes sindicales se han vinculado a la esfera pública, otros han asumido el liderazgo popular. Es el caso del ex gobernador del Departamento del Valle del Cauca, ex ministro del Trabajo y ex presidente de la República Angelino Garzón, y el ex alcalde de Bogotá y ministro Luis Eduardo Garzón. Al ser interrogado por su papel en el sindicalismo colombiano, el expresidente Angelino Garzón advirtió:

No somos candidatos surgidos por decisión de los sindicatos, pero somos candidatos con fuerte soporte de los trabajadores, pero yo quisiera que la historia del sindicalismo fuera un capítulo [...] Mire, en Colombia hace muchos años no se daba que de los candidatos a la presidencia haya salido uno prácticamente de la presidencia de la Central Unida de trabajadores CUT a ser candidato. La historia mía es un poco diferente porque yo dejo la Secretaría (de la CUT) y me voy a la Constituyente con la Alianza Democrática Movimiento 19 de Abril AD-M19, antiguo grupo guerrillero que hizo un proceso de paz con el gobierno) y no tengo una vinculación orgánica con los sindicatos, pero sí una relación política muy tranquila, además muy independiente y esa relación se fortalece cuando soy Ministro, pero hay una historia ahí ligada. Entonces yo lo que quiero decir, y lo digo porque uno de los temas que a mí me preocupa enormemente en el Valle del Cauca, es un sindicalismo muy contestatario en la lucha reivindicativa y no un sindicalismo que se plantea escenarios de poder globalizándolo, creo y tiene importancia porque Alexander López –líder sindical y hoy senador de la república– de presidente de sindicato irrumpe como candidato a la Cámara y es elegido, pero uno no observa que eso tenga continuidad.[15]

El fenómeno de la llegada de los dirigentes sindicales a las esferas del poder gubernamental se sigue presentando, aunque no tienen gran apoyo en los sindicatos debido a que muchos de ellos, como es el caso del entrevistado, han terminado apoyando proyectos de la extrema derecha.

Desde el proyecto de la derecha se ha corrompido tanto la imagen de los sindicalizados y de los líderes populares que hoy, en 2014, el Ministerio del Trabajo ha lanzado una campaña publicitaria impulsando la creación de sindicatos y mencionando algunos logros laborales del sindicalismo en Colombia: “Dio a conocer a los miembros de la Comisión Permanente de Concertación la campaña publicitaria, en favor del derecho a la libertad sindical que realizó el

Ministerio del Trabajo y la Unidad Nacional de Víctimas como una medida de reparación del movimiento sindical. Dicha campaña está conformada por tres cuñas radiales, cuatro afiches publicitarios y una campaña para ser presentada en televisión”.[16]

Los dueños de empresas amparados en los gobiernos y los actores armados, e incluso la guerrilla, han provocado el derrumbe de la actividad sindical en toda Colombia. Cuando el discurso antisindical no ha sido efectivo y los trabajadores no han cesado en su lucha por sus derechos, la violencia ha sido la fórmula que ha permitido asesinar a más o menos 3 500 sindicalizados, cuya muerte en su gran mayoría permanece en la impunidad, o como lo testimonia el dirigente sindical Jairo Quintero:

Sindicato de los Trabajadores de la Caña de Azúcar de Colombia (Sintracañazucol) es una organización que en lo que va corrido de su historia, le han asesinado, si mis cuentas no me están fallando en este momento, ocho dirigentes sindicales en el Valle del Cauca, uno de ellos era directivo sindical de ingenio Risaralda, pero residía en Cartago donde lo asesinaron; los otros compañeros, en Tuluá, en Rio Frío donde con motivo del surgimiento de la organización sindical, en una lucha en condiciones supremamente ventajosas en el ingenio San Carlos, por sacar adelante la organización sindical fue asesinado el más destacado e importante líder joven dirigente sindical de Sintracañazucol, el compañero Arredondo. Era muy inteligente, lo asesinaron delante de los compañeros. Otro fue el líder sindical trabajador de ingenio Manuelita José Domingo Tarajues, un indígena dirigente sindical trabajador del ingenio del Cauca lo asesinaron en Florida de manera infame. Estos casos, sólo por mencionar algunos, ha sido una expresión clara de esa política de la violación de los derechos humanos contra la organización sindical en el Valle del Cauca que yo podía mencionar ahora.[17]

El sindicalismo ha sido la mejor defensa planteada por los trabajadores y es su respuesta al capitalismo, que se ha negado tozudamente a reconocer sus derechos y de las organizaciones que los reúnen. A través de la Constitución se ha logrado que el aspecto jurídico formal sea lo único que se les reconoce, porque en la práctica los gobiernos han usado al Estado para perseguir a los trabajadores que intentan la organización sindical. La confrontación entre el capital y el trabajo es la expresión del conflicto creador de formas culturales que han propiciado identidades llenas de solidaridad y valores que han permitido alternativas de poder sindical para enfrentar la permanente arremetida de los dueños de los medios de producción, el gobierno y los señores de la guerra.

Una consecuencia de la lucha directa de los trabajadores, y en especial de los sindicalizados, en confrontación con el capital, es el que haya surgido una cultura política que muestra el

aporte de la clase trabajadora en la transformación de la concepción de los derechos humanos, económicos y de justicia laboral que han terminado ayudando a otros grupos sociales en la conquista de sus derechos y confrontando el discurso hegemónico con un contradiscurso que visibiliza la lucha sindical y popular.

Los frecuentes casos de violación de los derechos humanos de los trabajadores, dirigentes sindicales y líderes populares demuestran la injusticia que impera en el país, y para demostrarlo de manera contundente está el testimonio de dos de los asistentes al taller de historia oral sindical, del cual participaron como investigadores cuatro obreros y dirigentes sindicales: Jaime Montoya, Jorge Gamboa, Héctor Castro y Gustavo González, quienes se convirtieron en líderes populares luego de sus muchos despidos, y cuando no los aceptaron más como obreros en ninguna empresa del país por figurar en las listas que manejaban los gerentes de las fábricas, y en virtud de las cuales no les daban empleo debido a sus ideas políticas y su labor militante en el sindicalismo. Gustavo González y Héctor Castro optaron en su madurez por estudiar en universidades públicas y permanecer en la defensa a ultranza de los derechos humanos. Al respecto, Héctor Castro, ya graduado en ciencias políticas, nos cuenta de su labor:

El Comité de Solidaridad con los Presos Políticos surge después de una agitación revolucionaria contra la represión, el Estado de sitio, la justicia penal militar, los consejos de guerra verbales, la existencia de innumerables presos políticos, la aplicación de la tortura y la violación de los derechos humanos, dados a conocer públicamente. Su labor se ha desarrollado en torno a la denuncia de esta violencia estatal, en la asistencia carcelaria y en el aspecto jurídico. En el Valle del Cauca se conforma la oficina en la década del ochenta, dado el alto índice de detenidos políticos en Cauca y Valle. Esta oficina tiene una particularidad y es que su conformación giraba en torno a los sindicatos, destacándose Sintrasidelpa, Sintranchicaya, Sintelecom, Sintrapopular, Adebic, Sinragoodyear, Sintra Vajillas Diamante y Sintranestlé. Funcionaba a través de reuniones mensuales; se planificaba la asistencia a los centros de reclusión y a cada sindicato le correspondía recolectar en especie con la participación de sus bases. Cada trabajador llevaba un artículo de alimentación y la remesa era llevada el día de las visitas.[18]

El otro testimonio es de uno de los líderes sindicales que actúo en el doble papel de entrevistador y entrevistado, pues Gustavo González llegó a trabajar en la Oficina de Derechos Humanos del Estado:

En el año de 1989 propuse que se creara un grupo interinstitucional encargado sólo de los sindicatos. ¿Cuál era la idea? Era comprometer al gobierno y a las autoridades

del Estado en la protección y en la defensa de los derechos humanos por primera vez en este país. Eso no es fácil, había muchas denuncias del lado del movimiento sindical, había desapariciones, habían atropellos. En relación con esas numerosas denuncias se conformó un grupo interinstitucional con la participación directa de las centrales sindicales del país para que se ocuparan de la situación de los derechos humanos en el sector sindical. En ese grupo interinstitucional estaban las confederaciones de trabajadores, estaba por ejemplo Aníbal Palacio, un maestro y Héctor Fajardo Abril, por la CUT; Ramón Iguarán, Alfonso Vargas y Yesid García Bello por la CTC y Sérbulo Bautista Matoma por la CGT. Esta es la representación sindical.[19]

Es la impunidad del Estado la forma frecuente de enfrentar los conflictos que presenta la lucha social entre trabajadores y empresarios. Lo que hace impostergable y convierte en un deber moral recuperar la memoria de las personas sindicalizadas, recogiendo sus historias de vida para reparar en algo sus pérdidas, para ayudar a realizar el duelo a quienes nunca tuvieron tiempo para hacerlo porque sanan un dolor con otro dolor. Es fundamental recuperar la palabra que la impunidad ha robado a quienes tienen las manos llenas de arduo trabajo para generar bienestar común.

Por último, se debe hacer justicia con un grupo que ha soportado estoicamente los embates de la sobreexplotación capitalista y machista, incluso en el interior de los mismos sindicatos --las sindicalizadas y líderes populares--, sobre quienes ha recaído gran parte del peso de las luchas por la conquista de espacios dignos para la vida. Ellas no han encontrado muchos espacios en la dirigencia sindical --por el machismo imperante en las organizaciones--. Sólo en la Fecode, el sindicato de profesores, se han visto algunas mujeres a la cabeza de las luchas. Es de resaltar que las sindicalizadas han logrado una fuerte presencia y liderazgo en las luchas populares; además, su aporte ha sido insuperable y descomunal en la fundación y sostenimiento de los barrios y la ciudad.

* Universidad del Valle, Cali, Colombia.

[1] Ignacio Torres Giraldo, *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, 5 vols., Bogotá, Latina, 1965. Torres fue un dirigente sindical y líder popular histórico colombiano, cofundador de muchas organizaciones sociales y excelente escritor de la causa obrera y popular.

[2] Mauricio Archila, *et.al.*, *Violencia contra el sindicalismo. 1984- 2010*, Bogotá CINEP/ Colciencias, 2012, pp. 15-16.

- [3] http://www.elespectador.com/noticias/nacional/articulo-368346-denuncian-asesinato-de-13-sindicalistas-colombia-ano_, revisado en mayo de 2014.
- [4] <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-39/colombia-el-pensamiento-critico-en-un-mundo-incierto> , revisado en mayo de 2014.
- [5] http://www.mindefensa.gov.co/irj/go/km/docs/Mindefensa/Documentos/descargas/Documentos_Descargables/espanol/Lideres%20sindicales.pdf, revisado en mayo 2014.
- [6] http://www.mindefensa.gov.co/irj/go/km/docs/Mindefensa/Documentos/descargas/Documentos_Descargables/espanol/Lideres%20sindicales.pdf , Revisado en mayo 2014.
- [7] <http://es.slideshare.net/escuelanalsindical/coyuntura-econmica-laboral-y-sindical-colomniaba-en-2008>, revisado en mayo de 2014.
- [8] <http://www.portafolio.co/archivo/documento/CMS-740102>, revisado en mayo de 2014.
- [9] Revilla Blanco Marisa, “El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido”, en *Políticas*, vol. 1, 2005, pp. 20–30.
- [10] Mauricio Archila Neira, *Cultura e identidad obrera, Colombia 1919–1945*, Bogotá, CINEP, 1995.
- [11] Nelly Rodas y Luz Álvarez, “Historia del movimiento sindical en Colombia y en el Valle del Cauca, 1953–1962”, tesis, Universidad del Valle, Cali, 1988.
- [12] Héctor Fabio López Hoyos, “Fuentes para la historia sindical en el Valle del Cauca, 1960–1970”, tesis Universidad del Valle, Cali, 2001.
- [13] Herrera Salcedo Laura Andrea, Catalogación del archivo de la central unitaria de trabajadores seccional Valle, CUT–Valle, tesis, Universidad del Valle, Cali, 2001.
- [14] Silva Geovanny, “Aportes al análisis de la organización y política del movimiento sindical colombiano”, tesis, Universidad del Valle, Cali, 1999.
- [15] Entrevista realizada por el equipo del Taller de la Historia Sindical del Valle del Cauca y el Colectivo de Historia Oral Tachinave, quienes realizamos 40 entrevistas de historia oral a dirigentes sindicales del Valle del Cauca, algunos de los cuales se transformaron luego en dirigentes populares. El taller ha estado integrado por cuatro dirigentes sindicales: Gustavo González (discípulo de Ignacio Torres) defensor de derechos humanos y librepensador; Héctor Castro, troskista y fundador de A Luchar (organización popular), defensor derechos humanos; Jaime Montoya del Partido Comunista, asesor permanente de los sindicatos cañeros, y Jorge Gamboa del Movimiento Obrero Revolucionario (MOIR), concejal y asesor de concejales de izquierda y de sindicatos, líder popular. Igualmente, estudiantes y egresadas del departamento de historia han colaborado con mucha tenacidad en el taller y el equipo fue dirigido por quien escribe. Todas las entrevistas se encuentran en el Archivo de Historia Oral de la Universidad del Valle (AHOUV).

[16] www.mintrabajo.gov.co/component/.../2325-acta-cpcpsl-5-03-14.html, revisado en mayo de 2014.

[17] Jairo Quintero, presidente del Sintraicañazucol. Entrevista realizada en Palmira, Valle del Cauca, 2008, por el equipo del Taller de Historia Sindical y el Colectivo de Historia Oral Tachinave.

[18] Héctor Castro, líder sindical, cofundador de la Oficina de Derechos Humanos y miembro de A Luchar; prisionero y asilado en España durante varios años. La entrevista fue realizada en Cali, en el año 2008, y está ubicada en el AHOUV.

[19] Gustavo González, dirigente sindical y cofundador de la Oficina de Derechos Humanos para la Defensa de las Personas Sindicalizadas en Cali, Colombia.

Tags:

[Expediente H](#)

[organizaciones sindicales](#)

[lucha social](#)

[homicidios de dirigentes](#)

Procesos de radicalización política en jóvenes militantes de izquierda en su tránsito a organizaciones armadas insurgentes de los años sesenta y setenta del siglo XX en México y Colombia

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:50

Jorge Albeiro Holguín Pedroza*

Yair Balam Vázquez Camacho*

Introducción

En este artículo analizamos dos entrevistas de historia oral, en su modalidad de historias de vida, para reflexionar comparativamente en torno a los procesos de politización y radicalización de dos sujetos histórico–sociales: Adalberto Loperena, militante del Partido de los Pobres (PDLP),^[1] en la ciudad de México, D.F., y *Luis* del Movimiento 19 de Abril (M–19),^[2] en Cali, Colombia. Nos interesa la forma en que los sujetos recuerdan y resignifican su participación en el movimiento social y armado; y también cómo dan cuenta, desde su subjetividad, de los conflictos y procesos sociales amplios que atravesaron México y Colombia entre las décadas de 1960 y 1970. Así, la pregunta de investigación es: ¿cómo influyeron las experiencias familiar, escolar y laboral en los procesos de politización y radicalización de dos jóvenes de izquierda de las décadas de 1960 Y 1970 en México y Colombia?

El abordaje de las historias de vida, y los elementos que éstas arrojan, brindan la posibilidad de avanzar en la búsqueda de una alternativa metodológica que permita comprender cabalmente el fenómeno insurgente de la nueva izquierda latinoamericana, integrando, desde el estudio de la memoria, las distintas formas de movilización política, la toma de decisiones y observar los flujos y reflujos de la militancia en el interior de las organizaciones.

Se analizan los ámbitos familiar, escolar y laboral de los sujetos como elementos que permiten comprender sus motivaciones individuales para articularse a los procesos colectivos, y observar su tránsito, desde sectores de movimientos sociales, a organizaciones armadas insurgentes. Por último se presentan las conclusiones, donde se procede a plantear los contrapuntos comparativos de ambos procesos de radicalización política.

La familia: experiencias de socialización primaria

Adalberto Loperena Martínez es el segundo de seis hijos de una familia de origen campesino que migró a la ciudad. Nació y creció en uno de los barrios emergentes de la ciudad de México, en Santa María La Ribera: “[...] en una parte que colinda con Atlampa y con Tlatilco [...] por Santo Tomás, por donde está el Politécnico”.^[3] Adalberto definirá de una manera recurrente su identidad familiar como “humilde”, “sencilla” y el “ser pobres”, pero también expresó en su testimonio que “nunca les faltó la comida” gracias a los múltiples empleos de su padre. Este militante recordará como significativo el haber vivido cerca del Instituto Politécnico Nacional (IPN), y presenciar a la edad de diez u once años la entrada del Ejército al casco de Santo Tomas, para ocupar y cerrar el internado estudiantil en 1956.

Ese acontecimiento rompió con la normalidad y cotidianeidad de su tránsito por aquel sitio. Argumenta que en el momento de la ocupación no logró dimensionar la importancia de aquellas luchas estudiantiles, ya que antes “no tenía muy claro todo eso”. Así, este militante tenía sus primeros vínculos con la política en medio de la incomprensión del contenido de las movilizaciones estudiantiles y la represión del Ejército. En su testimonio no se evidencia influencia política directa desde el seno familiar. Hasta ese momento Adalberto no lograba comprender “la política” como algo que le afectase a él o a su familia, y de lo cual debía apropiarse.

Por su parte, *Luis* nace el 2 de julio de 1957 en Cal-,Colombia, y crece en el barrio Siloé, en el seno de una familia con cinco hermanos que migró del campo a la ciudad producto de la violencia política partidista de los años cincuenta, y que se dedicaba a la panadería doméstica. El papá de *Luis*, un jornalero campesino adepto al Partido Liberal, huyó de los “chulavitas” o “pájaros”, como se les conocía a los “guerrilleros” conservadores. Según el testimonio de *Luis*:

Mi papá venía de los lados del Quindío, era liberal; mi mamá de una familia muy tradicional en Buga, era conservadora, y pues la mayoría de los hermanos se inclinaban por el partido liberal. Mi papá se ponía a hablar de la violencia y de todo lo que le tocó joderse para que no lo fueran a matar los conservadores. Mi papá les decía los godos. A mi papá se le salían las lágrimas contando las historias que tenía, yo creo que ésa fue una de las cosas que a mí me marcó [...] *uno se envenena, se llena de rabia hermano, por eso la violencia en nuestro país ha sido transmitida.*^[4]

Luis ubicó las historias familiares en su presente, las reconfiguró en su propio tiempo y espacio. El referente más cercano de *Luis* con la política recrea las imágenes de su padre abandonando su pequeña parcela en el campo antes de que lo asesinaran los conservadores. Con esas representaciones construyó significaciones de lo “justo” y lo “injusto” de su sociedad, e interiorizó desde la niñez una imagen inseparable de la violencia y el ejercicio de la política.

Experiencias escolares: primeros vínculos con las movilizaciones políticas

En 1962 Adalberto tuvo su primera experiencia vinculante con la política a través de las movilizaciones estudiantiles en rechazo a la visita del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, John. F. Kennedy, donde interpeló a uno de los activistas del Partido Comunista Mexicano (PCM) por los motivos de su protesta. Luego declinó una invitación para participar en la Tribuna de la Juventud Mexicana (TJM), muy cercana al Partido Revolucionario Institucional (PRI). Hasta ese momento, Adalberto no se convencía de formar parte de algún proyecto político orgánico.

Años más tarde, el movimiento estudiantil de 1968 fue vivido por Adalberto como “vecino” del IPN. Allí observó los enfrentamientos con la policía y las movilizaciones del Ejército, así como el flujo de información con opiniones a favor y en contra del movimiento estudiantil por parte de los vecinos de la zona del Casco de Santo Tomás. Como recuerda Adalberto:

En el 68 hay una movilización estudiantil, pero yo más que como estudiante lo vivo como vecino, porque yo viví en Anardo, muy cerca del Casco [...] vi la quema de camiones, bloqueos [...] las marchas [...] veo la movilización del Ejército, toman el Politécnico [...] entonces yo voy [...] ahí recuerdo que una vecina de ahí de la vecindad me dice ‘y tú para que vas, no te metas’, en fin, como una preocupación de la gente, o parte de la gente [...] unos para apoyar, otros para cuestionar.[5]

A diferencia de *Luis*, en Adalberto las primeras significaciones de lo “justo” y lo “injusto” de su sociedad se dan en relación con el ámbito escolar. A decir de su testimonio, el movimiento estudiantil es el primer vínculo “consciente” de Adalberto con la política contenciosa, aunque todavía en calidad de observador. A diferencia de la toma del Ejército en 1956, acá reconoce claramente la polarización social en torno a la protesta estudiantil.

En la historia de vida de *Luis* lo escolar va unido temporalmente con su práctica laboral y, por ende, al inicio de su militancia en el M-19. Pero antes, cuando la panadería familiar daba rditos, su padre se propuso ofrecerle una educación “de calidad” en uno de los colegios católicos más tradicionales de la ciudad: el Colegio San Juan Bosco. Cuando se presentó la crisis económica y el cierre del negocio familiar, su padre dejó de ofrecerle apoyo para sus estudios; esto coincidía, expone *Luis*, con su bajo nivel académico.

Luego este militante ingresó a trabajar como maquinista en Industrias Metalúrgicas Carlos Benítez (Incabe) y lo alternaba con sus estudios en el Colegio Eustaquio Palacios, recinto

académico donde tenían presencia grupos juveniles vinculados a partidos y organizaciones de izquierda, como el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (MOIR) y la Juventud Comunista (Juco).

A pesar de que *Luis* tuvo sus primeros vínculos con la política orgánica en el ámbito escolar, no se vinculó formalmente a ninguna organización o partido político, sólo hasta su llegada a Incabe, donde se articula a los núcleos de discusión política en el sindicato. El ámbito escolar de *Luis* se puede interpretar como un estado de transición en su proceso de radicalización política. La escuela la comprende como una obligación social que no logró canalizar sus sentimientos de inconformidad, y por consiguiente no dio respuesta a sus ya formadas significaciones de lo “justo” y lo “injusto” de la sociedad.

Lo laboral: experiencias en la política organizada y tránsito a la lucha armada insurgente

Adalberto no concluyó sus estudios profesionales en el IPN e ingresó a laborar, decisión que no fue difícil para él puesto que, por un lado, había heredado de su entorno familiar la “cultura del trabajo” y, por otro, con su carrera universitaria “trunca” pudo conseguir rápidamente un empleo. Esta primera experiencia laboral en la empresa Bimbo permitió a Adalberto acercarse y relacionarse con el sector obrero, participar en reuniones, convivir y entablar amistad con trabajadores preocupados por mejorar sus condiciones laborales.

Fue despedido luego de negarse a otorgarle a su líder sindical un día de su sueldo por conquistar un aumento salarial. Esta experiencia, que él percibe como “injusta”, y su crítica frente al manejo corrupto de los recursos de los trabajadores, le valió el reconocimiento de algunos militantes del PDLP que actuaban de manera clandestina en el interior del sindicato.

Luego, Adalberto entró a trabajar en Harper Wayman, una fábrica de capital estadounidense que producía equipos para estufas de gas. Cuando participó en una huelga que demandaba mejoras en las condiciones laborales, recuerda, llegaron algunos militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) a solidarizarse con los obreros y a adelantar trabajo político de reclutamiento. Frente a esto, Adalberto argumenta que se sintió alejado, con “reservas” y “recelos” a formar parte y colaborar con una organización política “partidista”, lo que se suma a su significativa distancia frente al PCM. Loperena sentía renuencia a articularse a un sector de izquierda en extremo “ideologizado”, como él lo recuerda:

[...] en Harper Wayman hicimos huelga, ahí participé de una manera significativa para el estallamiento de la huelga, y entonces yo iba a apoyar el paro [...] y entonces llegaban [...] compañeros del PRT, ellos sí a desarrollar, actividad política, ‘no que nosotros los apoyamos, que no tengan miedo, que nosotros marchamos hombro con

hombro, brazo con brazo', [...] pero bueno está bien, no, [...] pero siempre tuve reservas a las organizaciones [...].^[6]

Esta experiencia de movilización obrera (hecho que él recuerda como significativo), fue uno de los detonantes de su tránsito de las luchas sindicales a la participación en una organización armada clandestina. La invitación a colaborar con las redes urbanas del PDLP en la ciudad de México le llegaría a través un ex compañero de trabajo de Bimbo que, como recuerda Adalberto en su testimonio, también fue despedido “injustamente” de aquella empresa.^[7]

En el caso colombiano, en Incabe *Luis* se sindicaliza. Ahí tenían presencia organizaciones como el Partido Comunista de Colombia (PCC), el MOIR y el Partido Comunista de Colombia Marxista–Leninista PCC–ML; militantes de este último lo invitan a participar en grupos de discusión política, según su testimonio:

En esa organización empezaban a hablar de lucha armada, *empezaban a hablar de guerra popular, y entonces yo les decía: ¿y dónde están los fierros?* Entonces *nosotros* nos reuníamos grupos de seis, siete, ocho personas y *nos agarrábamos a leer ese loco de Marx y yo no lo entendía* [...] entonces para vos ser un militante tenaz tenías que meterte unos tomos y una carreta que no tenía nada que ver con vos, con lo que estabas viviendo [...] *entonces yo no le botaba corriente a leer esos libros*, entonces (me decían): aaah...vos siempre con tu “huevonada”, que vos siempre preguntando pendejadas.^[8]

Este militante no se sentía reconocido ni valorado en esa organización, y paulatinamente fue relegado a tareas menores; además, aquellas lógicas políticas no le decían mucho sobre su entorno inmediato. Con las teorías marxistas–leninistas en su versión más abstracta no podía comprender la situación actual de su padre (desempleado), canalizar su descontento social, ni mucho menos, lograba ver a través de ellas la relación clara entre política y violencia, que en él era tan precisa de acuerdo con su experiencia familiar. Cuando *Luis* dice: “¿y dónde están los fierros?” está interponiendo el enfrentamiento contencioso sobre los elevados discursos ideológicos de los grupos y organizaciones de corte marxista–leninista que pululaban en los sindicatos y en escuelas públicas de los años sesenta y setenta en Colombia. En el interior del sindicato *Luis* es contactado por un militante del M–19 quien lo invita a colaborar con esta organización, y acepta.^[9]

Motivaciones individuales

¿En sus procesos de radicalización política, por qué dos militantes, de países latinoamericanos distintos, eligen participar en una organización armada de izquierda?

En el caso de Adalberto, los elementos que definen esta elección pasan por la identidad (campesina, humilde, obrera), el compañerismo y la solidaridad (familia, escuela, lucha sindical) y una cierta procedencia común en sus redes de sociabilidad estudiantil y obrera. Estos elementos se articularon con la idea del propio Adalberto de que en esa circunstancia específica era necesario movilizarse en otra dimensión de compromiso político. Como él lo argumenta: “la organización sindical pues ya... ya había que pasar a otro nivel”. Este militante tomó en cuenta la naturaleza y el tipo de organización armada a la que más tarde se integraría, apelando a sus socializaciones primarias con la política (antiteoristas y antidogmáticas). Como recuerda:

[...] pero además, dentro de las pláticas, dicen, ‘no es que la organización del Partido de los Pobres es una organización honesta’ [...] es la que más sustento social tiene [...] como que no está contaminada por los rollos políticos, por los rollos de las organizaciones, llámese PC o llámese como se quiera llamar [...] porque también se habían discutido las características de la Liga, en ese momento ya estaba la Liga Comunista 23 de Septiembre [LC23-S], hasta donde yo entiendo la Liga tiene la necesidad de un acercamiento con la vanguardia revolucionaria [...] pero yo siento que un poquito pues desde arriba, no abajo, sino arriba [...] como que quieren hacer la luz [...].^[10]

La decisión de Adalberto de integrarse a la red urbana de PDLP pasó por la identificación, o reconocimiento, de pertenecer a un grupo social; por amistad, porque un compañero suyo lo invitó. Y aún más, porque consideraba al PDLP como una organización “apartidista” que rechazaba al PCM, partido que era visto por muchos jóvenes de la generación de Adalberto como “vanguardista”, “teórico” y “burocrático”.

En el caso colombiano, la conciencia política de *Luis* y su decisión de participar en una organización clandestina estuvo matizada por la curiosidad y su vocación de ir a la “práctica”. Para *Luis* “el M-19 era una moda”, en sus palabras: “[...] ya había una simpatía [...] a mí me llegaban los periódicos del M-19 y yo decía: esto es una putería [...] en las manifestaciones llegaban, la gente los tiraba, entonces uno decía: chévere ser del M-19”.^[11] Además, a diferencia de otras organizaciones de izquierda armada de la época, el M-19 no demandaba una lista de “requisitos” ideológicos elevados para la incorporación de nuevos militantes, por el contrario, apelaba a símbolos nacionales bolivarianos. Esta organización se presentó a los ojos de *Luis* como una nueva forma de hacer política, ya que hablaban de cosas que él sentía más cercanas, que entendía, y que valoraba en un mayor grado según su historia de vida y sus socializaciones primarias con la política; y que en consonancia con lo dicho por otros militantes de su generación,^[12] el M-19 se presentaba con un discurso “trasgresor” para la

época, difícilmente digerible para la cultura política de las izquierdas en Colombia. Ahora el asunto era “el socialismo a la colombiana”.

Reflexión comparativa a modo de conclusión

Si bien entre mediados de los años sesenta y principios de los setenta en México y Colombia proliferaban organizaciones armadas de izquierda fundamentadas en lineamientos ideológicos internacionalistas de corte marxista-leninista, también emergieron expresiones “nacionalistas”, “antidogmáticas” y “antiteoristas” no circunscritas a modelos del “deber ser”, que contaban con alguna presencia urbana, y que sustentaban sus marcos ético-políticos de movilización sobre mitos de origen locales: el PDLP y el M-19 son una muestra clara de ello.

En el análisis comparativo de los procesos de radicalización política de estos dos militantes observamos elementos comunes propios del contexto latinoamericano: *a)* sus familias provienen de provincias campesinas, y migran a la ciudad en búsqueda de mejorar su calidad de vida; *b)* los dos tienen sus primeros vínculos “lejanos” con la política “orgánica” observando las luchas del movimiento estudiantil, que en México tuvo su latencia más alta en 1968, y en Colombia en 1971; *c)* los dos truncan sus estudios medios y superiores para ingresar prematuramente a la vida laboral en empresas como Bimbo, Harper e Incabe, situación que colinda con un cierto auge industrializador en ambos países; *d)* ambos militantes tienen en los sindicatos de sus empresas sus primeros acercamientos concretos con organizaciones marxistas-leninistas, no obstante, ninguno se sintió cómodo en ellas. Adalberto las rechazó y no militó orgánicamente en ninguna por “recelos” y “reservas”; por su parte, *Luis* desistió rápidamente al no sentirse representado y valorado.

Sin embargo, al comparar desde la memoria permite comprender las distintas valoraciones que los militantes hacen de las etapas de su vida, y las formas como interpretan su beligerancia y reconfiguran en su propio tiempo y espacio los mitos de origen de las organizaciones a las cuales ingresaron. Adalberto argumenta que desde niño aprendió a valorar “la cultura del trabajo” transmitida por su padre, de ahí que el hecho de que un compañero de “trabajo” lo invitara a participar en el PDLP lo motivó y cobró importancia, a tal punto de convencerlo que en ese “salto cualitativo” de radicalización política estaba haciendo “lo justo”, con la “gente adecuada” y en “el momento preciso”. Además, esta elección se reforzó gracias a la imagen pública que esta organización proyectaba, pues de acuerdo con Loperena se mostraba como “campesina”, “pobre”, “humilde” y “sencilla”, quizás asociada por Adalberto a “trabajadores del campo”. Además, el PDLP se mostraba, respecto a otras organizaciones de izquierda, como “honesta” y “justa”, valores que este militante pudo asociar a un “buen trabajador”.

A diferencia del caso mexicano, *Luis* recuerda su ingreso al M-19 seducido por “el retorno a lo local” que proponía esta organización, y no por el compañerismo o la identificación de una

procedencia común con sus colegas. En un caso muy particular del contexto colombiano, en *Luis* están presentes las violencias políticas heredadas que le transmitieron sus familiares. Su ingreso a la insurgencia ratifica su concepción de la relación inseparable entre la violencia y el ejercicio de la política que éste militante hilvanó desde niño escuchando las historias de su padre, de allí que le resultase “coherente” ingresar a una organización armada que reafirmara esa concepción que formó en el ámbito familiar.

* Universidad del Valle, Departamento de Historia, Cali-Colombia.

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

[1] El Partido de los Pobres (PDLP) y su brazo armado, la Brigada Campesina de Ajusticiamiento (BCA), fue una organización político-militar fundada por el normalista Lucio Cabañas Barrientos, en la sierra de Atoyac de Álvarez, Guerrero, que tuvo actividad entre 1967 y 1974. Si bien el carácter del PDLP-BCA fue de tipo rural, la organización contó con una red urbana en la ciudad de México, que tenía por función el apoyo logístico y económico. Marco, Bellingeri. *Del agrarismo armado a la guerra de los pobres. 1940-1974*, México, Juan Pablos, 2003; Yair Balam Vázquez Camacho. “La relación de la Liga Comunista 23 de Septiembre y el Partido de los Pobres en el Estado de Guerrero. La imposibilidad de la unidad. 1970-1974”, Tesis de licenciatura en historia, ENAH-INAH, México, 2010.

[2] El Movimiento 19 de Abril M-19 fue una organización político-militar colombiana que nace entre 1973 y 1974 en Bogotá y Cali. A lo largo de todo su accionar el M-19 se nutrió de una gran cantidad de militantes provenientes de movimientos estudiantiles y sectores urbanos marginalizados, por lo cual es considerada una de las organizaciones armadas insurgentes de mayor trascendencia urbana en las décadas de 1970 y 1980. Darío Villamizar, *Aquel 19 será. Una historia del M-19, de sus hombres y sus gestas. Un relato entre la guerra, la negociación y la paz*, Bogotá, Planeta, 1995.

[3] Entrevista realizada a Adalberto Loperena Martínez, por Yair Balam Vázquez Camacho, México D.F., 11 de junio de 2013.

[4] Entrevista a *Luis*, por Jorge Albeiro Holguín y Miguel Ángel Reyes en Ciudad Universitaria Univalle-Meléndez, Santiago de Cali, 29 de noviembre de 2012.

[5] Entrevista realizada a Adalberto Loperena Martínez por Yair Balam Vázquez Camacho, México D.F., 11 de junio de 2013.

[6] Entrevista a Adalberto Loperena Martínez por Yair Balam Vázquez Camacho, México, D.F., 11 de junio de 2013.

[7] La invitación a colaborar con las redes urbanas de apoyo del PDLP llegó por parte de su compañero de trabajo José Luis Vargas Madrigal, quien por conducto de Jesús Ávila (hasta la fecha detenido-desaparecido) establecieron contacto y se integraron al PDLP.

[8] Entrevista realizada a *Luis* por Jorge Albeiro Holguín y Miguel Ángel Reyes en Ciudad Universitaria Univalle–Meléndez, Santiago de Cali, 29 de noviembre de 2012.

[9] En otros apartes de su testimonio *Luis* describe que luego de aceptar participar fue contactado por un compañero del sindicato, quien casi de inmediato le asignó tareas de inteligencia y propaganda al interior de la empresa. Poco tiempo después empezó su entrenamiento militar en los alrededores de la ciudad en compañía de otros compañeros de INCABE, a quienes también el M–19 había reclutado.

[10] Entrevista realizada a Adalberto Loperena Martínez por Yair Balam Vázquez Camacho en México, D.F., 11 de junio de 2013.

[11] Entrevista realizada a *Luis* por Jorge Albeiro Holguín y Miguel Ángel Reyes en Ciudad Universitaria Univalle–Meléndez, Santiago de Cali, 29 de noviembre de 2012.

[12] *Luis* hace parte de lo que se ha caracterizado en investigaciones antecedentes como la primera de tres generaciones de militantes del M–19: Jóvenes de edades y procedencias comunes, que en su mayoría, resistieron o desertaron de organizaciones de corte marxista, leninista y maoísta. Jorge. A. Holguín y Miguel .A. Reyes, “Militancia urbana y accionar colectivo del M–19 en Cali, 1974–1985. Un enfoque teóricamente situado”, tesis de licenciatura en historia, Universidad del Valle, Santiago de Cali, 2014, pp. 250–253.

Tags:

[Expediente H](#)

[historias de vida](#)

[México y Colombia](#)

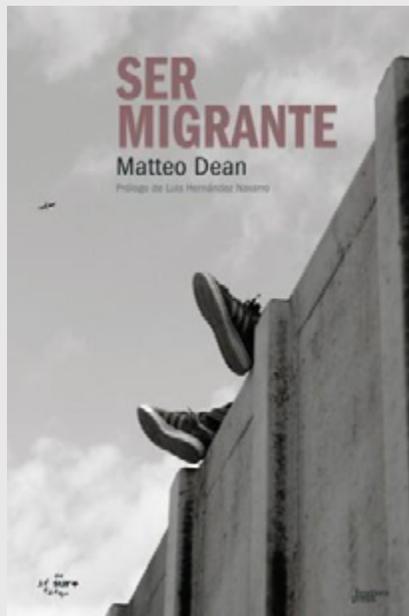
[organizaciones armadas insurgentes](#)

Añoranza y apego

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 01:08

Matteo Dean, *Ser migrante* (prólogo de Luis Hernández Navarro), Oaxaca de Juárez, Sur+Ediciones (Frontera Press), 2011.

Mónica Palma Mora*



Nacido en Gorizia, Italia, en 1975, Matteo Dean, autor del presente libro, llegó por primera vez a México en 1999 atraído por la insurrección zapatista, pero se estableció de manera definitiva en 2004, luego de haber sido expulsado del país en dos ocasiones. ¿Las causas? Es probable que por no contar con la debida documentación migratoria, o quizá, debido a su militancia política de izquierda.[1] Dean, según informa Luis Hernández Navarro en el prólogo del libro, fue un luchador social, un organizador de colectivos autogestionarios, un estudioso del mundo del trabajo especializado en precariedad laboral y un apasionado del estudio de la historia. Falleció el 11 junio de 2011, arrollado por un camión sin frenos en la carretera México-Toluca. Durante su estancia en la ciudad de México se desempeñó como profesor del Instituto Italiano de Cultura y como articulista de varios medios, entre ellos *La Jornada* y *Proceso*.

Su militancia política y su propia experiencia migratoria llevan al autor a interrogarse sobre la condición del migrante. En 43 breves artículos publicados en diversos medios periodísticos entre 2006 y 2011, y que el autor seleccionó y organizó en cinco amplios apartados que dan

forma a este libro, Dean informa, analiza o reflexiona acerca de los varios significados que encierra el ser migrante en la actualidad. De ahí su importancia.

Para Dean, uno de ellos, quizá el más importante, es que se trata de una persona en movimiento continuo, casi permanente. Un ser humano que se rebela en contra de las circunstancias económicas de pobreza, de falta de oportunidades en su país de origen o simplemente se opone a llevar una vida monótona y decide emigrar a otros destinos. En contraposición, un migrante, apunta el autor, es también un fugitivo que se rinde ante las circunstancias de vida y opta por “huir”. Y ya sea que se trate de un rebelde o de un fugitivo, en su tránsito por otras tierras entrará en contacto con otras formas de ser, de pensar, de relacionarse, que lo contagiarán, lo quiera o no. Puede ser que el migrante decida regresar a su país de origen, o bien opte por establecerse en un nuevo destino; sin embargo, cualquiera que sea su decisión, no dejará de ser una persona en movimiento en la que confluyen la añoranza por lo que dejó y el apego por lo que tiene. Por ello, un migrante es un ser humano “que es tanto de un lugar como de otro, que es de allá y de acá”. Dean enfatiza el conflicto que acarrea al migrante los contactos culturales que necesariamente se dan en los lugares de destino. En distintos artículos de esta compilación, el autor subraya con honestidad, a la vez que con preocupación, la disyuntiva que enfrenta el migrante ante el proceso de aculturación. Plantea con claridad que si el migrante opta por permanecer en su identidad de pertenencia, en un entorno lingüístico y cultural de origen, terminará por agruparse con los que comparten ese entorno en la nueva sociedad de residencia. Esta decisión impedirá su encuentro con la sociedad anfitriona, lo llevará a idealizar la tierra que abandonó y a vivir en “una burbuja construida en su imaginación”. Si, por el contrario, se adapta y disuelve en el nuevo entorno cultural que le da fuerza para enfrentar la nueva realidad, correrá el riesgo, al pasar el tiempo, de reencontrarse con la identidad natal que vive en la memoria.

Es probable que, como inmigrante en México, Dean haya experimentado el choque cultural, ya que constituye uno de los aspectos más importantes de su reflexión. Para resolver ese conflicto el autor propone una tercera vía: la convivencia entre las dos identidades, que la de origen enfrente y se acomode a la de la sociedad anfitriona, y que ésta confronte y acoja a la de llegada. Camino complicado y difícil de lograr, pero que puede contribuir a resolver la problemática del desencuentro cultural y ayudar a enfrentar políticas y prácticas antimigratorias, xenófobas, racistas, otra situación que afecta al migrante y que también es materia de análisis del autor.

En varios artículos compilados entre el segundo y cuarto apartados[2] el autor informa sobre las diversas condiciones y obstáculos que enfrentan los migrantes en varias regiones del mundo —Estados Unidos, Canadá, África, pero en particular en la Unión Europea y en México—, y entre los que destacan barreras migratorias, atropellos de las autoridades administrativas y policíacas, abuso laboral, sexual en el caso de la mujer migrante, violencia e incluso la muerte,

como sucede en el caso mexicano. Dean describe y denuncia con firmeza la política europea de control, detención y expulsión de migrantes en busca de empleo, aunque éste sea precario, de mejores condiciones materiales de vida, pero también en busca de asilo o refugio.

El autor destaca que el ingreso del capitalismo en los países de Europa del este una vez caído el Muro de Berlín, produjo un “ejército” de emigrantes pobres hacia el occidente y norte europeo, a los que se sumaron miles de africanos sin perspectivas económicas y de refugiados a causa de las guerras civiles que han ensangrentado a ese continente. Estos flujos repercutieron en el aumento de la población migrante en la Unión Europea, la cual alcanzó una gran dimensión desde la última década del siglo XX. Las reacciones ante este proceso en el continente europeo han sido distintas, algunas más moderadas que otras, sin embargo, han prevalecido las políticas de control y cierre de fronteras, de repatriación y expulsión para los que no cumplan —la inmensa mayoría— con la normatividad migratoria;^[3] y ante la falta de documentos los migrantes suelen ser criminalizados. Estas políticas destaca el autor, evidencian la fatal distinción, la injusta separación entre “el nosotros y el ellos”, fomentan sentimientos y manifestaciones hostiles y de rechazo hacia la diferencia, hacia la diversidad étnica y cultural, y avivan las posturas racistas de ciertos sectores. Por tanto, ser migrante es también ser víctima de la xenofobia y del racismo de ciertos sectores en las sociedades receptoras y ningún país, ninguno, ha quedado exento de estos sentimientos.

Las políticas restrictivas y selectivas, sin embargo, no han logrado impedir las migraciones, porque es imposible frenar el anhelo de las personas por encontrar un trabajo, un empleo, mejores oportunidades materiales de vida, por sobrevivir. Las migraciones sólo cambian de rumbo, de rutas, de destinos, porque sin los migrantes, enfatiza Dean, “la máquina capitalista posneoliberal no funciona”; los migrantes constituyen un ejército de reserva de fuerza de trabajo, necesaria al engranaje del mismo sistema.

El autor destaca la alianza, registrada en ciertos países de la Unión Europea y en Estados Unidos, entre el movimiento defensor de la libertad de tránsito y de los derechos humanos con la clase trabajadora, en especial con los trabajadores precarios del mercado secundario. Esta alianza le ha dado otra dimensión al movimiento defensor de los migrantes al identificar su lucha con la lucha de una clase en particular y de ese modo evitar ser criminalizados. El movimiento en pro de la libertad de tránsito ha adquirido un papel más protagónico como lo han revelado las manifestaciones por el derecho a migrar y a permanecer, antixenofobas y antiracistas realizadas tanto en Estados Unidos (2006) como en varios países europeos (2010). Y aunque todavía se perciba muy lejano el día que terminen las políticas de contención a la migración, la xenofobia institucional y las manifestaciones de hostilidad hacia los diversos, los diferentes, los migrantes, es indispensable, argumenta el autor, aspirar y luchar por construir nuevos dispositivos de convivencia, de ciudadanía, que constituyan una base más sólida para

realizar una vida en común “libre de racismo”, porque de lo contrario, para este migrante italiano en México, nuestra indiferencia será cómplice de la arbitrariedad y el abuso.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] La autora infiere estos motivos, pues desconoce las causas reales de la expulsión de M. Dean.

[2] Titulados respectivamente “Fronteras”, “La otra frontera: el racismo y la represión” y “¿Normando la migración?”

[3] En varios países europeos se han inaugurado centros de identificación, control y expulsión de migrantes encargados de regular la migración y con el poder de decidir quién entra y quién no.

Tags:

[Mirar libros](#)

Notas y apuntes sobre las literaturas bolivianas

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 01:07

Begoña Pulido Herráez y Carlos Huaman (coords.), *Mito, utopía y memoria en las literaturas bolivianas*, México, CIALC-UNAM, 2013.

Clementina Battcock*



El libro que coordinan Begoña Pulido Herráez y Carlos Huaman reúne varios trabajos originales, fruto de las investigaciones llevadas a cabo en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, en la Universidad Nacional Autónoma de México, sobre el estudio de la literatura andina boliviana durante el transcurso del siglo XX. La problemática que los congregó y dio inicio a las indagaciones fue la presencia de los mitos de las culturas prehispánicas en esa área andina, por ejemplo los provenientes de la tradición quechua y aymará, en la literatura boliviana contemporánea. Por tanto, el objetivo central de ese libro de carácter colectivo, tal como se indica en el prólogo a cargo de Begoña Pulido Herráez, fue observar las formas míticas presentes, los modos de inserción en el texto artístico y, a su vez, examinar si esta presencia estaba al servicio de una intención utópica. Es decir, el libro propone la posibilidad de pensar el rescate de los viejos mitos como forma de imaginar movimientos de liberación indígena. Estas nuevas líneas interpretativas con sus preguntas, sus cuestionamientos y sus reformulaciones permiten observar la riqueza de sus objetos de análisis, en este caso sus autores y la selección de algunas de sus obras. Es una propuesta fresca y enriquecedora que invita al lector —especializado o no— a conocer o explorar otra experiencia literaria en el

continente latinoamericano. Un elemento evidente se señala explícitamente en el libro: el paradójico desconocimiento y, por ende, reconocimiento en América Latina de la literatura andina boliviana. ¿A qué se debe este fenómeno? Posiblemente responda a varias razones: en primer lugar, se sospecha que se deba a una intención manifiesta por parte de sus protagonistas literarios y políticos, y quizá, en segundo lugar, a las propias características de su geografía. Estas posibilidades no sólo son pertinentes, sino que plasman una peculiaridad y una variable a considerar tanto en los trabajos de este libro como en futuras investigaciones.

El libro está organizado en tres apartados. El primero de ellos titulado Mito y utopía; el segundo Mito y memoria y el tercero Poesía y utopía. En cada una de estas secciones se hace presente y evidente los distintos abordajes e interpretaciones sobre los tres tópicos que organizan la obra: el mito, la utopía y la memoria.

Así, el primer texto de la primera sección está a cargo de Begoña Pulido Herráez, titulado “Tupaj Katari, de Augusto Guzmán, y el mito de la rebelión”; tal como indica su título, la autora analiza un relato biográfico de 1942 escrito por Augusto Guzmán sobre la figura del indio aymara Julián Apasa, conocido como Tupaj Katari, quien en 1781 protagonizó en Bolivia una rebelión indígena que logró poner cerco a la ciudad de La Paz; es decir, Tupaj Katari aparece en la obra como un precursor de la independencia y a su vez como una figura mítica y símbolo cultural. Comparto la propuesta señalada por Pulido, de que dicho texto puede inscribirse claramente en la corriente indigenista, ya que manifiesta una evidente preocupación por el problema indígena que en las décadas de 1920–1930 ocuparon un espacio preponderante en algunos círculos intelectuales sudamericanos. Es de destacar que Pulido proponga la influencia de Arguedas en el libro de Guzmán. Debo señalar que la autora contextualiza al autor en el complejo panorama político y social de Bolivia de esos tiempos y examina la estructura y construcción de su obra desde una argumentación que le permite comprender la construcción del mito en el texto.

Por su parte, Eduardo Huárag Álvarez presenta su trabajo titulado “Mitos cosmogónicos y el misterio del trasmundo en la tradición oral y la recreación escrita boliviana”, donde analiza los mitos de orígenes, los fundacionales, la presencia de la deidad Viracocha y la creación del universo en la literatura boliviana. Así, enfatiza en su trabajo la relevancia de la tradición oral en los pueblos originarios, la recreación que se realizan de ellos, y propone las nuevas formas o técnicas de narrar particulares de esta región andina.

Jorge Alfonso Pato Pantoja, en su texto “El mito de Pachakuti como propuesta política de los movimientos sociales contemporáneos en Bolivia”, examina la complejidad que implica acercarse a comprender las movilizaciones sociales que en los últimos años ha atravesado Bolivia, sin contemplar las dimensiones que éstas contienen desde lo mítico–simbólico y desde

las propias comunidades de base. Estos dos últimos textos de la primera sección tienen elementos y puntos de conexión, como los problemas que enfrentamos para trabajar y abordar la tradición oral en estos espacios andinos.

En la segunda sección Carlos Huaman presenta “Mito, memoria y educación: derroteros de la cuentística boliviana”, donde se detiene a examinar en particular la cuentística y su original relación con la oralidad, la escritura y la educación. De esta forma el autor soslaya que la realidad y la ficción dialogan y plasman una visión crítica de su contexto. Así, el escrito problematiza sobre el papel que desempeña la memoria y, por ende, el olvido en las narraciones seleccionadas y propone que la literatura permite la reconquista, o en algunos casos, la reinvenición de territorios extraviados por la memoria.

Por su parte, María de Carmen Díaz Vázquez aborda en su texto, “Entre el mito y la utopía: la nación boliviana y el *Aluvión de fuego* de Óscar Cerruto”, los atributos míticos y utópicos de la nación boliviana en la novela histórica de Óscar Cerruto, específicamente como aquéllos forman parte del imaginario histórico social de Bolivia en la década de 1930. Así, la autora plantea dos interrogantes que me parece relevante señalar: ¿cómo leer la historia boliviana desde la literatura? y ¿cómo se conjugan la memoria histórica y la imaginación en el relato literario?

El último texto que cierra esta sección es el de María Fernanda Sigüenza Vidal, titulado “El Tío. El castigado y el castigador en la mina boliviana”, en el que analiza la figura paradigmática de los mineros bolivianos: el tío. Específicamente se detiene a trabajar en torno al uso de tres narraciones sobre el castigo del Tío para controlar los mineros. Asimismo, explica que esta temática despertó un particular interés en la segunda mitad del siglo XX con el ascenso de los denominados barones del estaño.

La tercera sección se inicia con el trabajo de Eva Castañeda Barrera, “De la sutil irrupción a la liberación del lenguaje poético: Gustavo Medinacelli”, en el cual analiza la poesía boliviana y enfatiza como ésta no se mantuvo al margen de los innumerables y complejos problemas sociales que ha atravesado Bolivia a lo largo del siglo XX. Asimismo, es de destacar en este análisis la preocupación que manifiesta su autora por la vanguardia boliviana, ya que ésta no comparte con Europa y el resto del continente su singularidad; es más, llega de manera tardía a este país. Específicamente, Castañeda aborda la figura más destacada del surrealismo boliviano, y selecciona algunos poemas de Gustavo Medinaceli para examinar el lenguaje y su forma.

El segundo texto que presenta esta sección y cierra el libro es “Ínsula, exilio y retorno en la poesía boliviana”, de Jorge Aguilera López, quien comparte con Castañeda la línea de análisis de la poética. Así, comienza su trabajo con un cuestionamiento sobre la denominada “tradicición poética” y la reconfiguración que conlleva este concepto. De esta forma se detiene a examinar a Óscar Cerruto, Pedro Shimose y Mónica Velázquez, así como algunas de sus obras a partir de una poética intimista y de la necesidad de representarse a sí misma mediante condiciones siempre cambiantes de producción.

Es así como este libro colectivo nos lleva a recorrer un laberinto de opciones y elecciones, de encuentros y bifurcaciones, de continuidades, rupturas y de interpretaciones que los autores han podido conectar y reflexionar. Quien se acerca a esta obra dispone de una prolija exposición y análisis de diferentes relatos que explican el lugar preponderante que ocupan los mitos, la utopía y la memoria en la literatura contemporánea boliviana.

Este libro enriquecerá los estudios literarios latinoamericanos, ya que propone una lectura novedosa sobre la producción y la tradición literaria de ese país andino.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

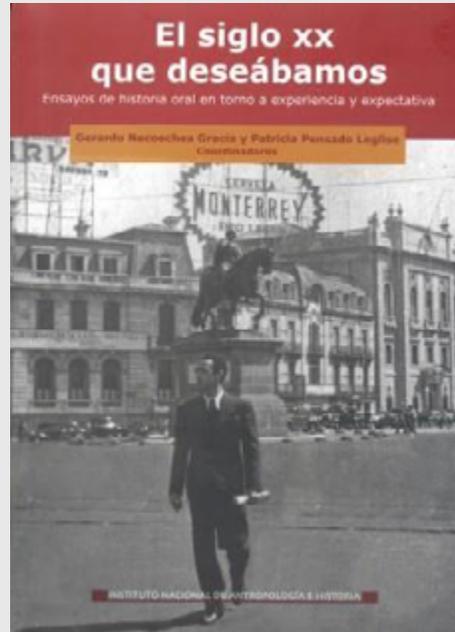
[Mirar libros](#)

El futuro desde la historia

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 01:06

Gerardo Necochea y Patricia Pensado (coords.), *El siglo XX que deseábamos. Ensayos de historia oral en torno a experiencia y expectativa*, México, INAH, 2014.

Mario Camarena Ocampo*



El libro no es un objeto cualquiera; es un objeto con múltiples y diferentes facetas. Sólo por mencionar lo más evidente, el libro es una personalidad y un objeto, al mismo tiempo. Como objeto, el libro tiene forma, olor, color, textura; y los lectores necesitamos, por alguna razón, que todos estos elementos sean agradables. Sostengo que el libro además de ser útil e interesante, debe ser agradable; tal es el caso de *El siglo XX que deseábamos. Ensayos de historia oral en torno a experiencia y expectativas*, que coordinan Gerardo Necochea y Patricia Pensado.

En lo que se refiere a la personalidad del libro, hay que recordar que una vez que el libro sale del control del autor y del editor, parece cobrar vida propia porque puede llegar a personas y partes del mundo que uno no se atreve a imaginar y, por otra parte, cada lector se apropia de diferente manera del libro como objeto y como texto; es decir, el libro sigue su camino sin que el creador, o los creadores, tengan participación en las posibles interpretaciones que se hagan de él.

El siglo XX que deseábamos estudia las expectativas desde las experiencias de las personas que vivieron en la segunda mitad del siglo XX. Este libro está formado por ocho ensayos que nos permiten adentrarnos a una problemática novedosa en los estudios sobre las expectativas. Estos trabajos nos permiten ver cómo la gente común y corriente narra las expectativas de su vida que son parte de las grandes utopías del México contemporáneo. Así, nos deja entrever que en un momento histórico hay numerosas expectativas: unas se convierten en dominantes y nos permiten caracterizar lo que fue la segunda mitad del siglo XX, y los conflictos que hay en ellas desde las esperanzas.

Hasta hace poco tiempo este tema no formaba parte de la historiografía mexicana, y hasta se habría calificado de “inadecuado” porque nadie trabajaba las expectativas desde la historia; es decir, no se trabaja el futuro desde la historia; sin embargo, los autores abordan el asunto como un fenómeno de expectativas, susceptible de ser estudiado en su devenir a través del tiempo, pero, ¿cómo estudiar los cambios en las expectativas de la vida de las personas?

Los autores sostienen que la construcción cultural de las expectativas tiene su propio proceso de acuerdo con el contexto y con los sujetos que la sostienen. La expectativa no es un concepto estático, sino que su concepción se va formando al calor de los conflictos sociales que viven los sujetos de estudio. Así, la expectativa es un proceso que se va recreando en cada etapa de la vida y en cada periodo histórico de acuerdo con la conflictividad que se viva.

Este libro también pone sobre la mesa la discusión de que la historia oral estudia el pasado desde el presente, pero también el futuro en el pasado. Nos debería llevar a reformular esa concepción de la historia oral según la cual sólo estudia el pasado, sino también los futuros de ese pasado. Esto nos incorpora un problema y es el de ver cómo incorporar la expectativa en el trascurso de la elaboración de la entrevista.

El siglo XX que deseábamos es producto de las discusiones que se dieron en el Seminario de Historia Oral en la que utilizan los conceptos de experiencia y expectativa de Reinhart Koselleck, en su libro *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona, Paidós), como categorías de análisis en la interpretación de los recuerdos de las personas elaborados con entrevistas de historia oral. Si bien los conceptos nos guían en nuestras investigaciones no se deben de convertir en unos instrumentos que limiten las explicaciones de los acontecimientos contruidos desde la memoria. La explicación de las expectativas está en el contexto y los conflictos que se generan de él y no sólo en el concepto. Este libro contribuye a una discusión de los conceptos en general y su aplicación a los sujetos sociales en particular.

La fuente principal de estos textos es la memoria construida a partir de la entrevista, que son simultáneamente descriptivos e interpretativos; nos hablan de un pasado, de un presente y de un futuro; de un cambio y de una permanencia; del individuo y del grupo, lo que el investigador se vio en la necesidad de discernir sobre cómo trabajaría los testimonios desde los conceptos que guiaban su investigación. Sus propias preguntas y concepciones teóricas y metodologías para estudiar a las expectativas de los diferentes sujetos que adoptan diferentes formas: esta fuente denota una gran riqueza para el análisis de la memoria acerca de las expectativas desde la experiencia de las personas. Así, el testimonio adquiere singularidad porque construye sus propios valores sobre las expectativas de sociedad para construir un mundo nuevo u otras en caso de conservar lo que se tiene.

Este texto nos ayuda a entender cómo la gente común y corriente construye su propia concepción de futuro y desde ahí explica lo que fue el siglo XX. Por ello, aun consideradas esas expectativas en forma aislada, están ligadas a situaciones de grupos sociales que delinear el *proceso histórico* del que forman parte pero que no han sido tomados en cuenta por la historiografía tradicional, aunque sí por la historia oral que sostiene este grupo.

El incorporar a los individuos en los procesos nos ayuda a romper con los modelos evolutivos que tradicionalmente maneja la historia y nos permite plantear las opciones que tiene la gente para optar por su esperanza. Así, hablamos de los procesos como decisiones conscientes o inconscientes de los individuos en el transcurso de su vida que van a tener un gran impacto en los grandes procesos sociales. La entrevista nos abre las puertas para aceptar el papel del individuo como parte esencial de los procesos sociales y parte central en la interpretación de la sociedad. Así, nos plantea un problema de cómo individuos contribuyen a las grandes expectativas de la sociedad.

Los ocho ensayos que se encuentran en el libro tienen como objeto entender a los hombres y mujeres en sus procesos de construcción de las expectativas. Los investigadores optaron por el estudio de un grupo social a través de los relatos de una persona, que se pueden aglutinar con base en sus expectativas: Martha Cahuich, Mariana Miranda, Patricia Pensado y Gloria Rascón se adentran a la vida de los de *izquierda*, marxista y religiosa, que buscaban transformar la sociedad desde los sectores populares y desde una opción preferencial por los pobres; Araceli Leal se adentra a la esperanza particular de un exiliado latinoamericano en México. Concepción Martínez nos habla desde la vida de un ex obrero que añora reconstruir la relación con la naturaleza perdida por los procesos de urbanización. Amelia Rivaud construye una expectativa de vida y de sociedad desde la memoria transmitida en forma escrita, que es asimilada como propia. Rodrigo Laguarda, narra cómo cada generación tiene diferentes expectativas de vida y que pueden ser conflictivas entre ellas. Estos textos nos hablan de cómo la expectativa individual se convierte en expectativa social al permitirnos hablar de la vivencia de un grupo.

Otro asunto interesante es el de la construcción generacional de las expectativas, formadas por los elementos culturales y sociales de poder de un momento histórico determinado.

Dentro del contexto político y social que se vivía en la época estudiada, una característica central es la construcción de los grandes utopías —religiosas, marxistas, liberales, etc. — construidas desde diferentes grupos sociales. En el periodo de estudio el Estado mexicano buscó que los jóvenes se preocuparan más por la diversión que por tener presencia en los espacios políticos. Desde la década de los sesenta hasta nuestros días, el interés de la sociedad y de los medios de comunicación es hacer hincapié en el individualismo, en la competencia, en buena medida inhibiendo la radicalización comunitaria que quisiera transformar el mundo en el que vivían. Así, la construcción de unas esperanzas que transformen la sociedad coincide y el fortalecimiento del discurso gubernamental de una vida para el trabajo.

Sin duda, los autores de este libro plantean la formación de una cultura política que va tener un gran impacto en los movimientos sociales. La esperanza política se convierte en icono de los movimientos; así, los obreros, los campesinos, las guerrillas, los movimientos urbanos populares, los movimientos migratorios, etcétera, tienen características específicas con cierto ingrediente de contrapoder que se convierte en un elemento alternativo para cambiar el orden social. Su discurso y su presencia representan la posibilidad del cambio.

Cada relato plantea sus propios procesos de construcción de las esperanzas. Martha Cahuich nos habla de la influencia del Concilio Vaticano Segundo en la vida de Ángel Sánchez en la construcción de una esperanza para transformar la sociedad y la vida de la iglesia católica desde la teología de la liberación. Patricia Pensado nos habla de la expectativa de “cambiar de vida” de Edmar, marcado por el contexto de los movimientos políticos y por la tradición familiar: masones, protestantes y cristianos que lo llevó a construir un sentido de indignación que abrió la esperanza de una utopía. Mariana Miranda ofrece una esperanza desde el presente del *Guaymas*. Nos habla de un pasado en el que luchó por construir un mundo mejor desde la lucha armada que fue violentamente reprimida y tiene la esperanza de que se juzgue al régimen. Araceli Leal habla de las expectativas que tuvieron los exiliados a través de Guillermo Greco, quien construye una expectativa de vida desde la represión, donde la opción de ir a la embajada se convierte en una esperanza de vida. Gloria Rascón habla de Miguel, un joven que está preocupado por el mundo estudiantil. Desde la conflictividad que generaron las nuevas normas institucionales se genera un enfrentamiento político, en el que la solidaridad y el conocimiento del pasado lo lleva a la construcción de una nueva forma de hacer política. Amelia Rivaud Morayta plantea cómo la experiencia vivida, leída y platicada a Socorro genera *expectativas de cambio en las personas*. Concepción Martínez, interesada en investigar, utiliza la entrevista de Francisco Roja para hablar de la construcción de una conciencia

ecológica en un barrio obrero. Atrapado en un mundo fabril-rural, lleva a plantear que el barrio debería de regresar a un pasado donde se conserve la relación con la naturaleza. María Serrano habla de las expectativas de diferentes generaciones de mujeres y los conflictos entre madres e hijos por lo que quieren ser. Rodrigo Laguarda incorpora en unos textos diferentes experiencias que plantea un problema interesante: la comparación de los diferentes procesos de construcción de las expectativas en un momento histórico determinado.

La forma en que los individuos representan la esperanza se relaciona de manera insistente con la experiencia y el contexto en que se vive, donde los individuos expresan sus expectativas que son aceptadas en el mundo del que forman parte. Si bien son individuales nos desprenden un problema: el de ver en qué momento las expectativas individuales influyen en los grandes proyectos nacionales, lo cual es un tema que sería interesante estudiar en futuras investigaciones. Por otra parte, esta manera de construir el mundo cambia en forma importante en el momento en que la tecnología y la internet empiezan una valoración diferente del papel social y político de los sujetos, lo cual tiene un punto de quiebre en los nuevos movimientos de jóvenes de la actualidad.

El libro aborda un tema novedoso que constituye un aporte a la historiografía mexicana, tanto por la forma de abordarlo como por la abundante información que maneja, lo que nos lleva a reflexionar acerca de la historia de las utopías.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

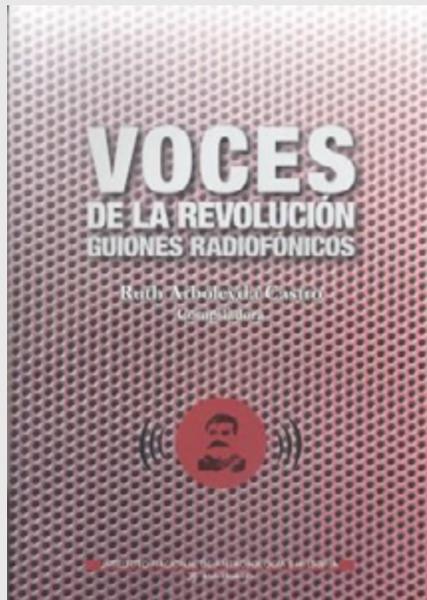
[Mirar libros](#)

Voces de la Revolución

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 01:05

Ruth Arboleyda (comp.), *Voces de la Revolución, guiones radiofónicos*, México INAH, 2014.

Gabriela Marentes*



Debo advertirles que soy comunicóloga, por ello lo primero que veo en *Voces de la Revolución* es una tarea comprometida con la divulgación de la historia y la antropología, acción que aplaudo indiscutiblemente.

Espero que esta reflexión les parezca pertinente y enriquecedora, pues se trata de ofrecer *otra mirada* —hacia el trabajo de distintos especialistas en las áreas de competencia del Instituto Nacional de Antropología e Historia— sobre un proyecto de investigación que, como más reciente fruto, ha dado a luz la publicación que nos convoca.

Puedo entender perfectamente cuál es la razón por la que estoy sentada en esta mesa, ya que —junto al equipo de Radio INAH— tuve la fortuna de tomar parte en un pedacito de la tarea que se propuso encabezar Ruth Arboleyda.

De hecho, una de las razones de ser de nuestra área —Radio INAH— es la de colaborar con los otros centros de trabajo para reforzar la difusión de su quehacer cotidiano.

Precisamente *Voces de la Revolución* es un ejemplo de la *mancuerna* entre dos áreas del mismo instituto a favor de la transmisión de los valores del patrimonio cultural hacia públicos tanto interesados y expertos como no especializados.

Los estudiosos saben mejor que nadie que los códigos para comprender o leer los bienes patrimoniales de la nación, en muchas ocasiones, se han perdido por la distancia que impone el correr del tiempo. Son ustedes quienes los desenmarañan con el fin de que ese patrimonio no permanezca inerte ni mudo ante las generaciones del presente. La sociedad tiene que percibir estos recursos patrimoniales; tiene que reconocerlos y es gracias a la labor que ustedes realizan como se logra evitar que le sean indiferentes o que pasen desapercibidos ante sus ojos.

Es decir, los recursos patrimoniales —como los llama el doctor Santos Mateos Rusillo, experto en estos temas— tienen que comunicarse y relacionarse con las sociedades que los poseen. Y solamente su estudio y difusión pueden inyectar en ellos ese hálito de vida, esa vigencia para el tiempo que los contiene y, aunque no los produjo, debe identificarlos como suyos.

De acuerdo con mi formación, debo apuntar lo siguiente: de la mano de la preservación y apropiación del patrimonio cultural por la sociedad, debe “activarse” también su permanencia en la memoria histórica del país. De ahí la importancia de la difusión cultural, que está marcada como una de las tareas sustantivas de nuestro instituto.

Si el patrimonio cultural es un universo, un recurso patrimonial es una de sus partes. Según el mismo Mateos Rusillo, un elemento de nuestro legado histórico se convierte en producto patrimonial en el momento en que se develan sus valores a la sociedad, a través del lazo que se tiende entre uno y la otra en virtud de la difusión cultural.

Esta oportunidad nos permite centrarnos en la vocación que ha cultivado el instituto sobre la investigación, rescate y conservación de la “sustancia sonora” de nuestro patrimonio cultural: me refiero a las voces, los ambientes tradicionales y la música.

La voz es el vehículo más fiel y directo de los mensajes que, gracias al lenguaje, codificamos dentro de nuestro ser para comunicar. Nos servimos de las palabras para intentar decir lo que articulan todos nuestros sentidos...

La voz es una de las cosas inestimables del ser humano. Es algo tan nuestro, tan ligado a nuestra sustancia que es una parte “tangible” de la intimidad de nuestro pensamiento y de nuestro sentir que aflora y se expresa en la realidad, como lo hace también una mirada pero con menos códigos. Dicen los que saben que la voz comparte —con las expresiones artísticas más elevadas— la esencia de la humanidad.

Me gusta pensar que la huella que va dejando nuestra voz en el universo podría ser imborrable, tal vez, como la luz de una estrella que brilla aun cuando ésta ha desaparecido. El INAH, a través de sus investigadores, tuvo la sabiduría de valorar también estas *Voces de la Revolución* para riqueza de nuestra nación.

Así, la actividad de difusión cultural es una mediadora, una facilitadora que favorece la decodificación y la identificación de los valores y los contenidos de información que atesora el recurso patrimonial, convirtiéndolo en un medio de comunicación cultural al servicio del conjunto de la sociedad.

Sin las acciones de la investigación, conservación y la difusión cultural, los bienes patrimoniales podrían permanecer ocultos para la mayor parte de la sociedad. De ahí la importancia de esta colaboración entre la Dirección de Estudios Históricos, la Biblioteca Manuel Orozco y Berra, y la Dirección de Medios de Comunicación, porque los guiones —basados en los documentos sonoros que los especialistas elaboraron con entrevistas a ex revolucionarios— también se convirtieron en materiales radiofónicos para difundir este conocimiento entre públicos amplios a través de ambientes digitales.

Como ustedes ya saben, *Voces de la Revolución* es un libro que reúne y analiza testimonios obtenidos por investigadores hace casi cuarenta años a través de *grabaciones de campo* realizadas con gente que, de una u otra forma, tomó parte del más importante movimiento armado del siglo XX en nuestro país: la Revolución mexicana.

Estos documentos sonoros se *tejieron*, contextualizándolos dentro de guiones que se produjeron para su difusión por internet a través de la página web de nuestro instituto y por Radio INAH.

Por un lado está el patrimonio cultural de la nación —dicho en mayúsculas—, que está compuesto por una infinidad de elementos y sigue creciendo con el quehacer científico, artístico y cultural de los mexicanos; y por el otro lado está la sociedad. Como ya hemos apuntado, es la difusión cultural una actividad que tiende un lazo entre uno y la otra para que

se conecten, se conozcan y se entiendan. Esta es una de las claves para garantizar la pervivencia de los bienes patrimoniales.

Con esta publicación la frescura de las *voces vivas* se enriquece a la luz de la posibilidad de una lectura paciente que se nutre de conocimientos que la contextualizan a través del tiempo, con una comprensión comprometida con los testimonios históricos y su trasfondo cultural.

El historiador Salvador Rueda participó en el registro de estos documentos, y apuntó que: “[...] Uno de los objetivos fundamentales fue rescatar la voz y la memoria no sólo de los personajes relevantes, sino de la tropa e incluso pacíficos quienes habían vivido y participado en esta gesta”.

De manera personal me vi en la necesidad de afinar la definición de lo que es una “grabación de campo”. Para ello acudí al etnomusicólogo Benjamín Muratalla quien hizo el favor de explicarme este término. Las “grabaciones de campo”:

[...] son grabaciones producto de una etnografía. Los investigadores acuden a los lugares, a las regiones o a las comunidades y realizan una etnografía que es fundamental para sustentar un proyecto de investigación: es la materia prima, por decirlo de alguna manera.

En pocas palabras, la etnografía es la descripción de todo lo que un especialista ve: de las relaciones sociales, las fiestas, la religiosidad, las actividades productivas. Así, todo lo que el investigador observa en una comunidad lo escribe, lo fotografía, hace esquemas, planos, dibujos, croquis y mapas. La grabación de audio o de video se suma a todo este compendio de herramientas etnográficas que el estudioso va recopilando para su investigación. De modo que, cuando el investigador regresa al trabajo de escritorio, se vale de todos estos datos recabados para ir articulando y dando sustento a su investigación y a su tesis.

[...] En este contexto, las *grabaciones de audio de campo* son eso: el investigador va y graba. Abre los micrófonos para realizar una entrevista, un testimonio de un campesino, de un indígena, de un músico, de un mayordomo. A diferencia de las grabaciones de estudio, en éstas también se pretende escuchar los ruidos ambientales, registrar las músicas, las lenguas, los rezos o los animales: todo el ambiente sonoro del objeto empírico es parte de una grabación de campo. Son testimonios que pretenden ser lo más fieles posible a la realidad que el investigador está observando, porque la

intención del antropólogo o del historiador en este caso es transmitir esta realidad *tal cual*. De modo que el registro de campo se convierte en una fuente documental muy importante.

Mi somero conocimiento sobre la Revolución mexicana era uno antes de conocer estos testimonios, y fue otro después, ya que se enriqueció sustancialmente. La imagen develada a la luz de estos materiales del jefe Zapata, del papel de las mujeres en el Ejército Libertador del Sur, de la pesadilla de la “leva”, de la cotidianidad de la guerra, de la manera como estos ejércitos conseguían comida y armamento, me permitió ver el lado humano de un puñado de mexicanos en tiempos extraordinarios...

El título de la publicación que ahora nos reúne, *Voces de la Revolución*, es sin duda transparente, y a la vez sugerente, ya que incluye, por lo menos, cuatro elementos muy destacables: la historia, la violencia, la voz y la memoria.

Las *grabaciones de campo* en las que se sustentó esta investigación giran alrededor de las voces de algunos protagonistas ex revolucionarios, aunque también están ahí presentes los perros, las gallinas, algún niño, un gato, voces de mujer o la lluvia, entre tantos otros elementos ambientales que suenan en el siglo XXI gracias a estos registros.

Lo importante es que la voz está conectada directamente con el ser, con su pensamiento y con su sentir. Se transcriben las palabras pero es imposible decodificar todo el contenido que contiene una voz.

Para nuestra fortuna, muchos de los pasajes de los documentos sonoros pudieron ser incluidos dentro de los productos radiofónicos finales. Algunos segmentos quedaron fuera porque, lamentablemente, se volvieron ininteligibles por el paso del tiempo y por las condiciones de grabación y técnicas que, en su momento, implicó el registro. De cualquier forma estos *testimonios de historia oral*, aunque no pudieron ser parte de los materiales radiofónicos, ya son parte de nuestro patrimonio cultural —como bien lo apunta su compiladora, la antropóloga Ruth Arboleyda— y constituyen fuentes de información rica y valiosa sobre nuestro pasado.

Aquí me gustaría traer a cuento estas palabras del arquitecto y consultor en Interpretación del Patrimonio y Museografía, Marcelo Martín Guglielmino (1993):

Difusión no es en sí ni el patrimonio ni la necesidad del ciudadano. *Difusión* es una gestión cultural mediadora entre dicho patrimonio y la sociedad. *Gestión* porque implica un proceso complejo que abarca documentar, valorar, interpretar, manipular, producir y divulgar no ya el objeto en sí, sino un modelo comprensible y asimilable de dicho objeto en su relación con su pasado histórico y su medio presente. *Cultural* porque se opera con la obra del hombre, tangible e intangible, pasada y presente, que rodea e influye en el ciudadano de hoy hasta ser parte misma de su historia y por tanto de su identidad. *Mediadora* porque requiere de una técnica y un soporte material independiente del objeto y ajena al sujeto que la recibe.

Ruth Arboleyda planeó la transcripción y el estudio minucioso de los documentos sonoros, así como su incorporación en guiones para radio, y escribió:

Escuchar estas voces permite captar no sólo el recuerdo de todas estas vicisitudes en los sobrevivientes, sino también lo que quedó indeleblemente marcado en la memoria y vivencia de los entrevistadores y les permitió nuevos enfoques sobre la rebeldía campesina, tonos de voz, silencios, recuerdos quebrados por el llanto. También, el entender cómo el recuerdo se ve modificado por las experiencias posteriores, la historia oficial, la visión construida después [...]

Me parece importante recordar que la antropóloga afirma en su reflexión introductoria:

El gran movimiento social llamado Revolución Mexicana, en la medida en que permitió reacomodos sociales de gran envergadura y alumbró al México moderno, todavía puede aportar reflexiones y enseñanzas importantes para el México de hoy. Los movimientos de rebeldía agraria, la historia de sus participantes más “modestos”, sus razones, sus motivaciones, sus visiones de mundo, todo esto todavía está ahí, en el México de hoy [...]

La cuestión es que en nuestro pasado muchas veces los especialistas encuentran los códigos que nos permitirán descifrar quiénes somos y a dónde nos dirigimos como sociedad.

Para finalizar les quiero compartir que fue casi natural para Radio INAH atesorar las voces de los especialistas en los temas de interés del Instituto. Es así como estos documentos sonoros, donde nos hablan José Luis Lorenzo, Román Piña Chan, Francisco González Rull, Santiago Genovés, Ada D'Aloja, Leonardo Manrique, Antonio Pompa y Pompa, Luis González y González, Guillermo Bonfil o Tita Braniff —que en paz descansen—, pueden aún hacer timbrar sus voces,

al igual que las de los zapatistas, para enriquecimiento de nuestro ser mexicanos y de nuestro patrimonio cultural.

Muchas felicidades a Ruth y a todos los involucrados en *Voces de la Revolución*.

* Radio INAH.

Tags:

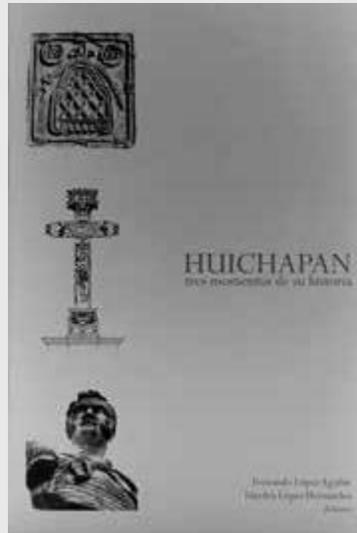
[Mirar libros](#)

Regiones extrañas son las realidades

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 - 01:04

Fernando López Aguilar y Haydeé López Hernández (comps.), *Huichapan. Tres momentos de su historia*, Pachuca, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, 2014.

Rodolfo Palma Rojo*



Se sabe que Teotlalpan tiene tres posibles significados: desde luego y antes que nada, tierra de los dioses; pero también tierra del norte o tierra fragosa. En términos geográficos, así se nombra el extenso territorio al norte de Tenochtitlan; y los historiadores han especulado que es una región surgida bajo el dominio de Tula, que posteriormente fue integrada al imperio mexica. Más que diversos significados, se trata de inciertos niveles de significación que comprenden localidades concretas, con nombre y personas, hasta ocupar incluso espacios míticos. El arqueólogo Fernando López Aguilar ha dividido el valle del Mezquital, situado en Hidalgo, en dos provincias: Jilotepec y Teotlalpan. Setenta y tantos años antes, Othón de Mendizábal, en su inconclusa *Evolución económica y social del Valle del Mezquital*, menciona que el valle del Mezquital "correspondía, en parte, a los señoríos de Jilotepec y Tula [...] y en parte a una provincia que llevó de *una manera particular*, el nombre de Teotlalpan o del Norte". Menciona que todos sus pueblos, que sumaron más de treinta, fueron sometidos "al poder de los aztecas". Y tampoco rehúye bordar sobre los sentidos amplios del término y lo hace en la página 47 de su apreciado texto: "se aplicaba al Septentrión, que los indios llamaban también Mictlampa o 'lugar de los muertos'; y es que Teotlalpan tenía la misma significación en sentido figurado [...] *teutl* no sólo quería decir dios [...] sino también difunto".

Obviamente los muertos tampoco podían recibir un solo sentido, y menos literal, como nos lo hace leer el ya mencionado López Aguilar en su artículo "Un personaje tolteca. Ocho Ojo de reptil", que es uno de los cinco artículos que comprenden el recientemente publicado *Huichapan, tres momentos de su historia*. De entrada hace mención de una serie de nombres de significados amplios, nada restringidos, como la misma Teotlalpan; o Coyotlatelco que, como se sabe, identifica a los "pobladores de tradición teotihuacana y filiación biológica otomí"; o el *amaxac*, espacio propicio. El especialista abunda sobre ese término: "entrepierña, el entrecruzamiento de cañadas, el centro femenino, un lugar que, por su misma configuración, era sagrado". Desarmado de un concepto unívoco de realidad, el arqueólogo se centra en un enterramiento humano en Sabina Grande, y lo hace mostrando los diversos *estratos* que en él ocurren. Se centra en él y ejemplifica lo que está sucediendo: los estratos no son sólo temporales sino de rituales; es decir, restos de una cosmovisión. La incertidumbre del investigador de hoy en día se hermana con la que padecieron los familiares del muerto siglos atrás: "cuando [...] se encontraban perturbados y un augurio señalaba a uno de sus antepasados fallecidos, se manufacturaban objetos nuevos [...], se exhumaba el cadáver y se colocaban las nuevas ofrendas. Este ritual —concluye López Aguilar— recreaba algún mito de origen del mundo y convertía al difunto en un antepasado reconocido". Y como si esta frase se la hubiera dicho para sí, lo observamos más adelante reconociendo en la piedra verde que se encontró con la osamenta el nombre del muerto: Ocho Ojo de Reptil.

Cada artículo que compone este libro busca, desde la historia, desentrañar un sentido que, en todo momento, parece no sólo intrincado sino entrelazado con otros niveles más de pensamiento y realidad. Ya sea el que abre el libro –puesto que los editores le han dado un ordenamiento cronológico– sobre "La cultura xajay: desarrollo y territorio", de Sabrina Farías y Alejandra Castañeda, hasta el que lo concluye, ya en época moderna, "Escenas de guerra y bronce: Huichapan durante la independencia", de Haydeé López Hernández, así como los tres centrales, todos se desarrollan en diversos planos y, por lo mismo, el libro se termina conformando como un prisma que ilumina algo tan intangible como una región llamada del Mezquital o, mejor aún, Jilotepec y Teotlalpan.

Lo inasible se halla desde el principio. Y desde el principio se le ata con lo visible, lo concreto, lo perceptible gracias a la reconstrucción hecha del sitio del Pahñú, en el que las dos autoras han trabajado junto con López Aguilar, quien, a su vez, ha dirigido el proyecto desde hace casi veinte años. Aquí lo construido señala hacia lo ideado. Según el texto, un amanecer entre el 29 y el 30 agosto alinea no solamente los templos, sino el lugar exacto donde se toman las decisiones o, mejor dicho, en el que se deben tomar las decisiones y, por lo mismo, debe asentarse (literal y metafóricamente hablando) el poder. De igual manera, el análisis de la cerámica, tanto en Pahñú como en otros sitios xajayes (Zethé, Zidadá, Taxangú y Cerrito), vincula sus habitantes con aquellos que abandonaron Teotihuacan. Y enseguida mencionan por primera vez el cerro del Hualtepec, ahora como frontera entre ambas culturas, la teotihuacana y la xajay. Lo que se clarifica es que una cultura de tal relevancia en el valle del Mezquital,

primero con influencia teotihuacana, y posteriormente socavada o más bien debilitada –como prefieren las autoras– por la cultura tolteca, además de la presencia de la cultura huamango (enclave de Tula–Jilotepec), desacraliza sus templos y los abandona. Hay algo inquietante en ello, puesto que no sólo dejan sus edificios, sino también a sus muertos. Sabrina Farías y Alejandra Castañeda subrayan lo que he acotado ya en un principio para Teotlalpan: la "estrecha relación entre vivos y muertos, *por el hecho de enterrar debajo de las unidades arquitectónicas en uso*". Tema que retoma López Aguilar en uno de sus artículos; en el otro expande la sola mención del cerro del Hualtepec.

Ya es claro en ese momento que los textos se están uniendo como teselas que finalmente compondrán el mosaico amplio de la región. Sólo que, si los anteriores textos se desarrollaban a partir de estructuras monumentales o de un enterramiento, "El Coatepec y Huitzilopochtli" se aborda y se borda con la sustancia propia de los mitos. Aunque se le contraste con la así llamada realidad, no hay otra forma de narrar una peregrinación proveniente del Norte y en busca de un símbolo; que se detiene ante un cerro, el Coatepec o, actualmente, Hualtepec; que, desde luego no es un cerro poblado de culebras, como los habitantes de hoy en día aseguran, sino un templo con serpientes de piedra dedicado al señor Huitzilopochtli. Los mexicas, al igual que los griegos en su momento, sabían muy bien que la única tragedia digna de contar es la que ocurre dentro de la familia, y la historia del nacimiento y batalla inicial de Huitzilopochtli rebasa cualquier comparación: en defensa de la madre, despedaza a la hermana y derrota a los 400 surianos. Fernando López Aguilar documenta que en la "cima del Coatepec, el cerro del Astillero, fue el lugar que barría Coatlicue, donde quedó preñada y tuvo lugar el nacimiento de Huitzilopochtli". Un poco ayudados por el relato del arqueólogo y otro mucho llevados por la tradición, hoy en día, cada 3 de mayo, a las faldas de ese cerro se conmemora el nacimiento de Huitzilopochtli. Lo cierto es que los futuros aztecas partieron de ahí, seguramente avisados por sus sacerdotes de que había un lugar más idóneo en el sur, rodeado de lagos, tan parecido a este primero del Coatepec.

Si la migración de los grupos prehispánicos se ha concebido, en términos generales, aunque no exactos, como del norte hacia el sur; lo contrario ocurre con el movimiento migratorio de los españoles. Ese recorrido inicial, rumbo a esa área amplia que es Huichapan, le sirve a Fernando González Dávila para comprimir trecientos años de historia, desde mediados del siglo XVI al XIX, esto es, desde la caída de Tenochtitlan (la misma ciudad que en el capítulo anterior estaba por ser fundada), en agosto de 1521, hasta la creación del estado de Hidalgo y el distrito Huichapan, en enero de 1869. El historiador compendia la destrucción que en su camino más allá de la provincia de Xilotepec (en su grafía) hacían de monumentos y costumbres de los indios. Animales extraños deambulan al lado de los ahora colonizadores: vacas, caballos, puercos, ovejas. Es el inicio de la ganadería y, de la mano (o, más preciso, con la mangana), la charrería. El hallazgo de minas –señala el autor– atrajo a más pobladores, que se desplazaron a Ixmiquilpan y a Tula. Grandes fortunas se amasaron y se construyeron sorprendentes templos: de ahí las inquietantes pinturas mitológicas que adornaron al primero,

elaboradas por indígenas y ordenadas por los ricos del momento. Los nombres de las familias colonizadoras se acumulan en las páginas y conforman una bien documentada historia económica de la región, hasta que irrumpe un extraño nivel de realidad, tal y como ha ocurrido en las otras partes del libro, titulado "En busca de un pueblo perdido". El historiador parte de una noticia temprana que descubre en su andar por los archivos: al virrey Luis de Velasco le solicitan que se abra el camino hasta Zacatecas, debido a que tienen minas tanto allí como en Ixmiquilpan". Los personajes condensan muy bien el listado de ilustres que el autor había registrado en páginas anteriores; se trata de Luis de Castilla, Cristóbal de Oñate, Alonso de Villaseca, Alonso de Mérida y Rodrigo de Ribera. A golpe certero de pluma los define (de Villaseca dice "reputado ya en la segunda mitad del siglo XVI como el minero más rico de Nueva España") para pasar a lo que ya es su preocupación: situar el punto de llegada, de cruce, de ese camino llamado Acahualcingo. En ese momento el artículo llega a su clímax; el misterio comienza a revelarse en las fuentes y las magníficas asociaciones que hace González Dávila. Un punto borrado en la historia y en la geografía termina dando sentido a esa vasta región.

De la misma manera concluye el libro con el artículo de Haydeé López Hernández, "Escenas de guerra y bronce: Huichapan durante la Independencia"; esto es, a través de una categoría inasible, que había sido mencionada desde el principio de este volumen, "el terruño". La elabora utilizando la imagen forjada (primero en la imaginación y luego en bronce; pero, antes que cualquiera cosa, arrebatada a la historia) del héroe Julián Villagrán, quien tiene busto en Huichapan y escultura de cuerpo completo en el Paseo de la Reforma. Para la historiadora, ese hecho de por sí presenta la ambivalencia entre lo local y lo nacional, puesto que es sabido que a finales del siglo XIX se pidió a las provincias mexicanas el envío inmediato de sus héroes para, en más de un sentido, enriquecer el ideario de la patria. Justo en ese momento, y claramente señalado por López Hernández, la historia para comprenderse tiene que ser acompañada por un estudio del fervor y el enaltecimiento nacionales. Son los momentos en que Ignacio López Rayón da el primer grito (en 1812) en conmemoración del dado por Hidalgo; que Villagrán reta a los captores de su hijo con esa frase que aún retumba en el imaginario del bravucón mexicano: "¡Que lo fusilen!, mujeres hay muchas para tener hijos, pero patria sólo una". Y los españoles acataron y lo fusilaron. Entrelazados de tal forma los hechos con los supuestos, la historiadora desgrana primero aquéllos para desembocar en los supuestos: la plazuela de los Mártires de la Independencia, en Huichapan y una estatua de un personaje tan controvertido como Villagrán en Paseo de la Reforma. De ahí inicia un profundo análisis de las obras de carácter histórico sobre el personaje, desde los siempre imaginativos apuntes de un Carlos María Bustamante, Alamán, Mercedes Pedraza, corregidos y aumentados seguramente por José Antonio Cadena, hasta los elaborados por Juan Manuel Menes Llaguno, cronista de Hidalgo y actual presidente del Tribunal Superior de Justicia de ese estado. La sola inclusión de este historiador contemporáneo, así como el análisis preciso y muy crítico sobre intenciones y reflexiones vertidas en su trabajo de 2005, producen un excelente cierre no sólo del capítulo sino del libro entero, que se ha creado entretejiendo diversas realidades que ocurren no sólo en distintos tiempos y espacios, sino también en el aquí y ahora. Magnífica forma de hacer historia.

* Centro INAH Hidalgo.

Tags:

[Mirar libros](#)

Los rasgos historiográficos de una crónica

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 01:03

Guillermo Turner, *Los soldados de la conquista: herencias culturales*, México, INAH / El Tucán de Virginia, 2013.

Beatriz Lucía Cano Sánchez*



En las últimas dos décadas se han publicado diversas investigaciones que toman a las crónicas de la conquista como objeto de análisis histórico. Así, por ejemplo, Alfonso Mendiola en *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica* expone las estrategias discursivas implícitas en el discurso de los conquistadores, o Tzvetan Todorov en *La conquista de América* evidencia la manera en que a partir de los textos de los colonizadores se construyó una visión del “Otro”. En esta tradición historiográfica se inserta el texto de Guillermo Turner titulado *Los soldados de la conquista*, pues el autor analiza las crónicas de los conquistadores para entender la manera en que elaboraron sus representaciones culturales. De acuerdo con el autor, no han sido materia de estudio de los historiadores, quienes las han puesto en un segundo plano pese a que a través de ellas se pueden encontrar manifestaciones e indicios de la concepción del mundo. Bajo este postulado, Turner busca comprender los sentidos históricos de las representaciones culturales de los conquistadores, aunque aclara, con bastante acierto, que ellos no formaban un grupo homogéneo por lo que no se puede pensar que tenían las mismas creencias.

El libro se divide en cuatro apartados en los que se examina la manera en que Bernal Díaz construyó su texto, con base en el comportamiento de los soldados ante los acontecimientos bélicos, la forma en que trataban sus enfermedades y las diversas prácticas supersticiosas a las que recurrieron los conquistadores para preservar su vida. En el primero, “Diversidad de formas y riqueza de contenidos de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*”, el autor menciona que Díaz del Castillo escribió su *Historia verdadera* con la intención de dar cuenta de las “cosas pasadas”, motivo por el que recurrió al término crónica para referirse a su obra, de la cual, por cierto, existen tres versiones: el manuscrito “Alegoría”, el manuscrito “Guatemala” y la edición de Alonso Remón. En ellos se advierte la presencia de ciertas reminiscencias de textos primitivos, los cuales seguramente formaron parte de sus probanzas de méritos, pero también se añadieron datos que tendían a justificar y actualizar la información contenida en el manuscrito original; además de que buscó darle un carácter erudito a su texto con la intención de que se le considerara una historia sólida y respetable.

De acuerdo con Turner, se pueden identificar vasos comunicantes con otros textos, lo que no sólo confirma la existencia de un escrito original, sino también la fuerte influencia de una cultura oral sustentada en la remembranza. Es importante mencionar que en la obra de Bernal Díaz se puede apreciar las lecturas que realizó: de historia antigua, de la conquista, de ficción y bíblicas, mismas que le ayudaron a dar forma y sentido a sus propias experiencias guerreras, lo cual resultaba indispensable para refutar los libelos infamatorios que buscaban menoscabar las acciones de los conquistadores. A través de su propia experiencia, y de lo que le contaron otros colonizadores, Bernal proclamó la veracidad de su texto no sólo desde su papel de testigo, sino también reconocía lo que otros habían visto, de tal forma que se podía argüir un consenso generalizado entre quienes transcribían sobre ciertos sucesos

Sin embargo, Bernal Díaz no reprodujo toda la información oral que le narraron, sino que realizó una selección de acuerdo con ciertos criterios de credibilidad, es decir, sólo confiaba en lo dicho por aquellas personas que eran dignas de crédito. De esta manera, en la *Historia verdadera* se revelaba la unidad de lo visto, lo leído y lo oído, lo cual develaba, además, cuatro niveles de verosimilitud: la visión del testigo, la información tomada de escritos ya existentes—en muchos de los casos de los colonizadores mismos—, escuchar las versiones de los demás, y haber considerado lo referido por otros. Aunque el último punto tenía menor relevancia que los tres primeros, su existencia demostraba la importancia que se le otorgaba a la oralidad y a la escritura sustentada en ella, lo cual se podía corroborar por la presencia de numerosos refranes y modismos a lo largo del texto. La mayor parte eran de uso corriente, pero el resto habían sido elaborados por los propios conquistadores, tal como se advierte en la siguiente frase: “en bondad fue tan bueno como Montilla”, misma que si bien es cierto sólo se entendía en el contexto de los acontecimientos militares de la conquista, revelaba las formas de expresión presentes en la cultura oral de los soldados.

Existen otros dos rasgos distintivos en la obra de Bernal Díaz: la utilización de discursos directos que tendían a la autoalabanza, cuya finalidad era poner en juego una intención narrativa de credibilidad, debido a que se hacía uso de la literalidad; y una serie de esbozos biográficos que pretendían ensalzar a los participantes en la gesta, práctica muy común en los textos del siglo XV, y que reproducía una situación predominante en una cultura en donde lo oral y lo sonoro guardan la misma importancia.

En este sentido, la percepción oral auditiva se constituye en una fuente de conocimiento y de verosimilitud, aunque ello no significaba el desplazamiento de las prácticas de lectura y de escritura como las principales fuentes de la verdad. Turner también advierte que la obra de Bernal Díaz del Castillo no se puede considerar, tal como lo ha hecho la mayoría de los historiadores, sólo una historia militar de la conquista que incluye diversas observaciones sobre las costumbres de los indígenas mesoamericanos, sino que también ofrece elementos propios de la cultura de los conquistadores como sus sentimientos, sus creencias, sus recursos curativos, esto es, sus representaciones del mundo en general, materia de la que se ocupa en el segundo apartado.

A partir de los escritos de Bernal Díaz y de Francisco de Aguilar (*Relación breve de la conquista de la Nueva España*), el investigador busca develar de qué modo se manifestaron sentimientos de temor y miedo entre los soldados españoles cuando tenían que enfrentar a los indígenas. Su análisis revela que dichas sensaciones se manifestaban en tres campos: la relación entre indígenas y españoles; la relación entre varios grupos de indígenas entre sí; entre los mismos españoles y de los españoles a los indígenas. A pesar de que existían numerosas expresiones del miedo de los españoles, los cronistas los disculpaban por considerar que era un hecho natural, estrategia tendiente a evitar que en ellos recayera cualquier sospecha de cobardía. Sin embargo, Turner insinúa que la reminiscencia de eventos de temor evidenciaba que se reproducía de forma directa ese tipo de experiencia, es decir, se reconocía el temor y el miedo aunque oculto bajo cierto tipo de discurso.

Los dos cronistas hablaban ampliamente del miedo cuando se referían a los “otros”, pero utilizaban el vocablo temor para referirse a lo propio, lo cual evidenciaba la diferenciación de las palabras de acuerdo con ciertas condiciones culturales. Asimismo, pretendían con la escritura darle un sentido distinto a los sucesos vividos pues otorgarles viveza y emotividad constituía un mecanismo para acceder a una “fama memorable”, a través de los méritos conquistados por el valor demostrado en el campo de batalla. En este aspecto, Francisco de Aguilar reconoce que los sentimientos de miedo y temor se encontraban presentes tanto en españoles como en indígenas, pero también advierte que existía una diferencia entre ambos términos. El primero constituía una forma de afrenta y de deshonor, aunque no se le podía atribuir el significado de cobardía; en contraste, el temor se vinculaba con la fe y el espíritu,

por lo cual se percibía como un sentimiento razonable y tolerable. Es evidente que Aguilar y Díaz del Castillo mostraban disensiones en su manera de entender dichas sensaciones, diferencias que se sustentaban en el hecho de que las concepciones de Aguilar tenían una mayor relación con los valores propios de la burguesía en expansión, en oposición a Bernal Díaz, en cuyo pensamiento se preservaba el ideal caballeresco.

En “Indicios de un saber sobre la cura entre los soldados conquistadores” el autor examina las creencias de los conquistadores españoles sobre la muerte, las enfermedades y los recursos médicos que utilizaban para curarse. Sobre el que Hernán Cortés y Francisco de Aguilar prestaron escasa atención, a diferencia de Bernal, quien registró en repetidas ocasiones ese tipo de indicios que, a decir de Turner, permiten reconstruir el universo de la medicina del siglo XVI. Entre las afecciones que aquejaron a los conquistadores se mencionaban el “mal del lomo”, el asma, el tullido de bubas, el mal de espanto, el “reventar” o infarto, la “muerte de cámara” y el “dolor de costado”. Esta última se consideraba una enfermedad que podía causar la muerte del paciente, pues, según se creía, en las entrañas se cuajaba la sangre con el polvo. Aunque los jefes militares designaban a los médicos y cirujanos que acompañaban a los cuerpos expedicionarios, existían algunas personas que ayudaban a curar a los heridos pese a no tener conocimientos médicos, situación muy común porque muchos soldados sólo aceptaban la ayuda de ese tipo de curanderos.

Los cronistas señalaban que los médicos empleaban procedimientos como la sangría, la purga, la leche de cabra, la zarzaparrilla, el aceite caliente, la grasa corporal, y lana remojada en vinagre y aceite; mientras los que utilizaban la “medicina tradicional” o “magia medicinal” recurrían a creencias y prácticas de origen pagano. Es de interés destacar que Cortés y Bernal daban cuenta del uso de ciertas hierbas venenosas, las cuales no sólo se empleaban en la curación, sino también para causar la muerte, en específico el compuesto mineral llamado “rejalgar”.

El último apartado, “Creencias y prácticas heterodoxas en las huestes de Hernán Cortés”, centra su atención en las creencias supersticiosas y heréticas de los conquistadores españoles. El caso más significativo es el de Blas Botello, soldado a quien se le atribuía el poder de la videncia, lo que le permitió vaticinar el ataque en contra de Pedro de Alvarado. Los soldados consideraban que sus facultades clarividentes eran consecuencia del pacto que había realizado con el demonio, aunque ellos mismos estaban convencidos de la veracidad de las predicciones. Tras la muerte de Botello se descubrió que poseía un cuaderno con numerosas rayas y señales que le servían para predecir la suerte, así como un talismán en forma de pene, el cual seguramente lo empleó para recibir alguna merced. No sólo él era el único que manifestaba cierto tipo de creencias supersticiosas, pues los soldados mostraban pesar cuando había caídas de caballos.

El que los conquistadores creyeran en cierta clase de interpretación o creencia sobrenatural era consecuencia del ambiente de la España de los siglos XV y XVI, misma en la que era común la práctica de la hechicería y la magia que se nutrían no sólo de las ideas de los propios españoles, sino también de las creencias provenientes de la tradición hebrea y árabe. Aunque la Inquisición buscaba la extirpación de cierto tipo de supersticiones, como la adivinación o la magia, lo cierto es que la tarea no resultó sencilla por lo arraigadas que estaban esas costumbres entre los pobladores. Turner advierte que los contemporáneos de Botello creían en sus acciones mágicas, a diferencia de escritores posteriores como Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gomara, Francisco Cervantes de Salazar, Antonio de Herrera y Antonio de Solís, quienes desdeñaron las prácticas paganas de los soldados.

Como se puede apreciar, *Los soldados de la conquista: herencias culturales* representa un interesante esfuerzo de interpretación de las crónicas de la conquista, pues no sólo busca rescatar la manera en que se construyeron y las fuentes que nutrieron la escritura de los soldados conquistadores, sino que también intenta rastrear sus prácticas mágico religiosas para entender el universo mental en el que se desenvolvían y que explicaba, en buena medida, las acciones que realizaban. El estudio de Turner evidencia que las crónicas pueden aportar numerosas pistas de investigación, sólo hace falta que se les planteen preguntas novedosas y nuevas perspectivas teóricas.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

[Mirar libros](#)

"Reporteando el desastre"

ENVIADO POR EL EDITOR EL JUE, 09/17/2015 – 22:52

Fotografías: **José Raúl Pérez Alvarado**

Curaduría: **Rebeca Monroy**

Rebeca Monroy Nasr*

Actualmente las diversas formas y medios de comunicación han crecido y se han incrementado de manera impensable hace unas décadas, lo cual ha permitido que imágenes que antes no circulaban, se censuraban, se escondían, o bien se manejaban dentro del círculo del poder, ahora sean públicas y notorias en las llamadas redes sociales. Tal es el caso de los terribles acontecimientos de Ayotzinapa el 26 de septiembre de 2014, con la desaparición de 43 estudiantes en el municipio de Iguala, Guerrero, y donde una de las más dolorosas fotografías fue la del estudiante Julio César Mondragón. Esta imagen circuló en los medios electrónicos, y en ella se mostraba el antes y después de su rostro: primero se le ve en una actitud cariñosa con su pareja e hija, y ante ello el contraste brutal de cómo fue cruelmente desollado y abandonado.[1] Un evento inconcebible en nuestro país hasta ahora.

Muchas imágenes viajaron así y siguen emergiendo en el día a día, esa memoria colectiva que se difunde en las redes sociales y que tal vez tengan un resguardo o lugar al cual los estudiosos de las imágenes el día de mañana podamos acudir, tal vez sean más efímeras que las fotografías de los diarios que pensábamos tendrían una vida media. Es factible que persistan y se conserven esas imágenes en los enormes servidores de almacenamiento de datos, creados por las industrias del ramo que existen en diversas partes del mundo. Ese *big data* resguarda esa memoria colectiva, y los especialistas consideran que puede ser imborrable en el futuro.[2] Imágenes que serán sustanciales para reconstruir nuestro pasado inmediato a partir de su uso como fuentes documentales, sociales, culturales y estéticas para la fotohistoria, la historia gráfica y la historia de la visualidad, entre otras.

Esas fotografías —captadas con celulares y cámaras digitales tanto por aficionados como por espectadores de esos eventos— esperemos se mantengan además en los acervos particulares y que un día se haga un registro virtual, una nube colectiva en la cual se pueda tener acceso de manera general a esos materiales que serán sustanciales para la reconstrucción de la identidad y del acontecer diario, pues se calcula que se suben diariamente alrededor de 300 millones de fotos, y por ello tendremos que acudir a nuevas metodologías de análisis para constatar su procedencia, su veracidad y la certeza de su origen para el análisis fotohistórico.[3]

Otro rango de proceso fotográfico corresponde a los fotodocumentalistas, muchos de ellos fotógrafos formados, capacitados para el reportaje visual, para la nota gráfica y el fotoensayo, y aunque no tengan un medio al cual enviar sus materiales, son conscientes de la importancia del registro visual, de su conservación y difusión. En este caso mostramos algunas imágenes captadas por la lente de Raúl Pérez Alvarado, fotógrafo y estudioso de las imágenes que ha trabajado en diversos medios, entre ellos el archivo de la revista *Proceso* y en vías de formarse como historiador de la fotografía. En su interés por registrar las movilizaciones sociales, que generó el abuso del poder en Ayotzinapa, el descaro de las autoridades locales al decidir la suerte de 43 estudiantes guerrerenses, de 43 deseos de ser normalistas, de convertirse en dignos profesores para una mejor calidad de vida en su estado natal. Cuarenta y tres jóvenes que procuraban una mejor vida, a la que los hicieron renunciar y a los que condenaron a la desaparición forzada, sin que hasta la fecha se hayan aclarado los hechos, se condene a los culpables y se haga justicia a los padres que no han tenido una clara explicación ni siquiera el trato digno que merecen un padre y una madre que han perdido su hijo de la manera más terrorífica, cuando un Estado ejerce su poder para vejar y no gobernar.

Todos seguimos perplejos ante el evento, incrédulos por la falta de capacidad del gobierno local y federal. De la poca claridad y solidaridad de un Estado que en el día a día nos sigue mostrando su faz cínica y errática. Es en ese marco donde Raúl Pérez Alvarado ha realizado las fotografías que corresponden a diferentes momentos de las manifestaciones urbanas, que buscan esclarecer los hechos y obtener justicia.

En diferentes momentos, en diversos lugares captó escenas de suyo importantes. Observamos a la ciudadanía mostrando su indignación, su desesperación, la angustia e impotencia ante la indiferencia de las autoridades. Notamos el interés solidario de los ciudadanos de a pie, la presencia de estudiantes, amas de casa, padres y madres de familia, obligados por la necesidad de resolver y encontrar respuestas ante el desconcierto generalizado. Rostros de angustia y enojo, manos y pies cansados, cuerpos adoloridos, carteles inmensos que claman "Justicia". Todo ello, un intento por evocar respuestas que no llegan y probablemente nunca llegarán. Así hemos padecido en este país el desasosiego eterno, las respuestas nunca llegan a la certidumbre o a un mínimo de verdad, de una realidad más creíble. Esa es nuestra historia, una donde las imágenes develan mucho más y que los textos a veces no enuncian. Con este fotorreportaje inédito queremos evocar en el lector-espectador lo que otras fuentes no reportarán ni mencionarán. Aquí la solidaridad, la lealtad, la presencia y participación ciudadana, que esperamos crezca, florezca, muestra su verdadero rostro... no el descarnado, no el del agotamiento por las mentiras y los malos tratos, no el de la negación sistemática. Se denota sí el rostro digno que tenemos, que debemos mantener para seguir en la lucha cotidiana para que nuestro país y este mundo caótico e irreverente sea cada día mejor.



















* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Proyecto Diez. Periodismo con memoria. “La historia de Julio César Mondragón, estudiante asesinado en Ayotzinapa”, 2 de octubre de 2014, <http://www.proyectodiez.mx/2014/10/02/la-historia-de-julio-cesar-mondragon-estudiante-asesinado-de-ayotzinapa/44132> revisado el 14 enero de 2015.

[2] Agradezco a Enrique Vadillo la información al respecto de las redes sociales y las nubes que contienen la información (comunicación personal 14 enero 2015).

[3] Ulises Castellanos, “Fotoperiodismo entre la realidad y la ficción”, en *Revista Zócalo*, año XIV, núm. 176, octubre 2014, p. 9.

Tags:

Post Gutenberg

Normas editoriales

Requisitos para la presentación de originales a publicar:

1. El autor deberá incluir, para ser localizado con facilidad, los siguientes datos: nombre completo —nombre(s) y apellido(s)—, institución en la que labora, teléfonos y dirección de correo electrónico.
2. Los artículos, impecablemente presentados, deberán ser inéditos. Podrán tener una extensión de entre 15 a 20 cuartillas, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones. Las reseñas bibliográficas no excederán de tres cuartillas y deberán incluir la portada escaneada del libro reseñado.
3. El texto deberá escribirse en Word, a doble espacio, en tipo Arial de 12 puntos, con excepción de los títulos que deberán ir en 14 puntos y en negritas; los subtítulos en 12 puntos y negritas.
4. Los trabajos no deberán usar abreviaturas en vocablos como etcétera, verbigracia, licenciados, señor, doctor, artículo. Toda sigla deberá ser escrita de forma completa sólo la primera vez.
5. Las citas mayores a cinco líneas irán a bando, sangrándolas a 1.25 centímetros del cuerpo del texto, y no incluirán comillas ni al principio ni al final (exceptuando las comillas internas).
6. Los números del 0 al 10 deberán escribirse con letra.
7. Las llamadas (para indicar una nota o cita) irán siempre después de los signos de puntuación.
8. Las notas al pie de página incluirán la siguiente información y orden, cada dato irá separado del siguiente por una coma: a) nombres y apellidos del autor, b) título del libro, en cursivas, c) nombres y apellidos del traductor y/o redactor del prólogo, introducción, selección o notas, d) total de volúmenes o tomos, e) número de edición, en caso de no ser la primera, f) lugar de edición, g) editorial, h) colección o serie, entre paréntesis, i) año de publicación, j) volumen, tomo y páginas, k) inédito, en prensa, mecanoescrito, entre paréntesis.
9. En caso de que se cite algún artículo tomado de periódico, revista, etcétera, deberá seguirse este orden: a) nombres y apellidos del autor, b) título del artículo, entre comillas, c) nombre de la publicación, en cursivas, d) volumen y/o número de la misma, e) lugar, f) fecha, g) páginas.
10. En caso de que se cite un documento de archivo, debe seguirse el orden siguiente: a) emisor, b) título del documento, c) fecha, d) nombre completo del repositorio la primera vez que se cite y sus siglas entre paréntesis, en las citas siguientes sólo se utilizarán las siglas, e) localización interna del documento, f) fojas consultadas.
11. En caso de que se cite una página web, se seguirá el siguiente orden:
 - a) nombres y apellidos del autor,
 - b) título del artículo, entre comillas,

- c) liga directa al texto,
- d) (consultado y la fecha).

12. En caso de que se cite un documento filmográfico, debe seguirse el siguiente orden:

- a) nombres y apellidos del director,
- b) título de la película, en cursivas,
- c) lugar: casa productora, año, entre paréntesis,
- d) duración.

13. En caso de que se cite un testimonio oral, debe seguirse el siguiente orden:

- a) Entrevista realizada a (nombres y apellidos del entrevistado),
- b) por (nombres y apellidos del entrevistador),
- c) en (lugar (es) donde se realizó la entrevista),
- d) fecha (s) en la que se realizó la entrevista,
- e) nombre del acervo del que forma parte la documentación,
- f) nombre de la institución que lo custodia,
- g) si la entrevista está transcrita, indicar el número de página correspondiente.

14. Se recomienda que en caso de utilizar abreviaturas se haga de la siguiente manera: *op. cit.*=obra citada; *ibidem*=misma obra, diferente página; *idem*=misma obra, misma página; p. o pp.=página o páginas; t. o tt.=tomo o tomos; vol. o vols.=volumen o volúmenes; núm.=número; trad.=traductor; *cf.*=compárese; *et al.*= y otros.

15. Las ilustraciones, fotografías, cuadros y gráficas se entregarán en archivo separado para su reproducción y deberán indicar su ubicación exacta en el *corpus* de trabajo y los textos precisos de los encabezados o pies. Los cuadros y las tablas deberán ir numeradas en modo consecutivo. Los autores de los artículos serán responsables de gestionar los derechos de autor de las imágenes que utilizan. La resolución y formato de imágenes serán de 400 dpi, en formato TIF, con medida mayor de 28 cm.

16. Los materiales deberán enviarse al correo electrónico: con-temporanea.deh@inah.gob.mx. Mayor información al teléfono: 40405100 ext. 1205.

17. El Consejo de Redacción recibirá los materiales y los entregará a dos evaluadores anónimos para su dictamen. Si es el caso, se notificarán al autor las correcciones y sugerencias de modificación del texto. Entre la fecha de recepción del texto y la entrega de las recomendaciones no deberán pasar más de dos meses.

In memoriam Dolores Pla (1954-2014)

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:55

Clara E. Lida*

Agradezco a la Dirección de Estudios Históricos, y en particular a Tania Hernández Vicencio, subdirectora de Historia Contemporánea, que hayan pensado en mí para hablar de nuestra entrañable Dolores Pla. Que este salón esté repleto es un testimonio del cariño, admiración y calidez que supo despertar entre quienes tuvimos el privilegio de conocerla y tratarla. Antes de comenzar, quiero expresar mis más hondos sentimientos a sus amigos, a sus compañeros de trabajo y a sus familiares; para su hija Anna Helena y Armando Alvarado, su padre, van todo mi afecto y solidaridad. No me ha sido fácil componer estas breves páginas sin que me desbordara la tristeza, por eso más que hablar de la amiga entrañable, evocaré los primeros pasos en mi relación profesional con ella.

La verdad, no recuerdo cuando conocí a Dolores Pla, pero debe haber sido hacia 1990, en casa del ingeniero José Puche. Hacía poco que yo me había trasladado definitivamente a México, y que con mi amigo y colega, José Antonio Matesanz habíamos publicado la historia de La Casa de España y la de El Colegio de México. No sé bien a bien cómo supieron de mí Dolores y Puche, pero el hecho es que me buscaron para que hiciera una historia del Ateneo Español de México, al que ambos pertenecían. Me excusé explicándoles que lo del Colegio había sido una excepción, pero que yo no me dedicaba a historiar las instituciones culturales, que el exilio no era mi tema y que, es más, no conocía el Ateneo. No me di cuenta que mi negativa había sentado mal, pero el hecho es que desató una serie de comentarios algo irónicos, cuando no cáusticos, sobre “ustedes los del Colegio”, que afortunadamente, al cabo de los minutos se fueron suavizando copa en mano.

Pasó el tiempo y sólo supe de ellos ocasionalmente, hasta que un amigo me pidió que presentara su libro, precisamente en el Ateneo. Allí supe que José Puche era uno de los directivos y Dolores Pla vocal de biblioteca. Esta vez primó la cordialidad; me hice socia del Ateneo, y a partir de entonces nos vimos en más de una ocasión, pues seguí colaborando con alguna presentación o alguna conferencia. Sin embargo, aunque charlábamos de vez en cuando no teníamos demasiada cercanía.

Cuento esto para explicar cuánto me sorprendió recibir un día una llamada telefónica de Dolores pidiéndome una cita. Mayor fue mi sorpresa cuando al encontrarnos me contó que deseaba doctorarse en la UNAM y me pidió si podía dirigirle la tesis, ya que su maestro José Antonio Matesanz le había sugerido que hablara conmigo. Para entonces yo ya había

comenzado a estudiar el exilio, de modo que el tema no me era ajeno, pero mi experiencia dirigiendo tesis me aconsejaba no decir sí sin conocerla mejor, pues no sabía cuál era su perfil académico ni hasta qué punto tendríamos buena comunicación. Más o menos así se lo expresé y le pedí que me dejara ver alguna cosa que hubiera escrito, para que volviéramos a hablar un par de semanas más tarde. Sin demora, al día siguiente recibí un pequeño libro suyo, titulado *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*,^[1] que comencé a leer, me cautivó y no solté hasta acabarlo.

El libro, aunque breve, era notable. En primer lugar, estaba sobre todo basado en entrevistas personales realizadas por la autora entre 1979 y 1981 a 16 informantes que habían venido a México como niños refugiados en 1937; había tres más con mexicanos que habían sido sus compañeritos en Morelia, otra con una maestra mexicana de aquellos chicos y una con la presidenta del Comité de Ayuda a los Niños. El libro se apoyaba, además, en documentos originales de dicho Comité y del Archivo General de la Nación, en alguna prensa de la época y en la bibliografía especializada que incorporaba lo publicado hasta entonces. La gran originalidad metodológica de su autora había sido saber combinar la memoria de los actores, por medio de la historia oral, con las demás fuentes primarias y secundarias; pero sobre todo, haber logrado un estudio que hasta hoy sigue siendo un modelo de cómo confrontar fuentes tan disímiles y tan diversas entre sí, en un análisis no sólo pionero sino hasta hoy insuperado.

Dolores Pla develaba una dura realidad en la historia del exilio en México. En la trayectoria de estos niños sólo Cárdenas y sus allegados destacan por su humanidad y su simpatía por las pequeñas víctimas del conflicto. El resto de los actores, salvo contadas excepciones, se caracterizó por su falta de interés ante la suerte que correrían estos pequeños bajo la presidencia de Manuel Ávila Camacho, al disolverse la Escuela en Morelia y dispersarse sus pequeños inquilinos. Es cierto que a finales de 1942 el gobierno mexicano decidió administrar los dineros de las organizaciones del exilio y creó varias casas –hogar para albergar a aquellos chicos y jóvenes. Cuando a mediados de 1945 se estableció el gobierno republicano en el exilio y México le entregó los dineros sobrantes, éste se haría cargo de aquellos albergues, hasta que en 1948, ya agotados los fondos, las casas–hogar fueron clausuradas y los menores quedaron una vez más abandonados a su suerte. En palabras de la autora, “lo sucedido con los Niños de Morelia ha significado descubrir no sólo una historia particular dentro del exilio español, sino una historia que en ocasiones se contradice con la imagen idílica generalmente aceptada del exilio”. Para resumir, gracias a este primer libro de Dolores Pla se han podido conocer y entender los claroscuros del exilio en México en una historia sin concesiones.

Cuando pocos días después me volví a reunir con Dolores, le dije cuánto me había gustado y conmovido su libro y la invité a escribir un artículo sobre el exilio para una compilación titulada *Una emigración privilegiada* (1994), que preparaba sobre los españoles en México. Los

textos debían ser aprobados por mí y sometidos para publicación en la colección Alianza América, que en Madrid dirigía Nicolás Sánchez Albornoz. Al cabo de un par de idas y vueltas, no exentas de alguno que otro desacuerdo, el texto, quedó finalmente aprobado. Ese estudio fue el primero en dar a conocer el perfil socio-profesional de los exiliados que llegaron en los tres grandes contingentes que a mediados de 1939 arribaron a Veracruz.

A partir de esta colaboración convinimos en que le dirigiría la tesis y pactamos los tiempos según los plazos fijados por la UNAM, y acordamos en que la tesis no excedería los cinco o seis capítulos, es decir, en total, unas 350 o 400 páginas. Se trataba también de que a medida que ella fuera avanzando en la investigación comenzara a redactar borradores parciales, que yo revisaría e iría devolviéndole. Mi deseo era evitar que se dejara toda la escritura para el final, pues la experiencia de haber dirigido bastantes tesis me había enseñado que las entregas periódicas una vez corregidas facilitarían volver sobre ellas para preparar el manuscrito final.

Pronto fue evidente que el camino no sería fácil. De hecho, hubo un momento especialmente tenso cuando Dolores me entregó lo que ella consideraba su primer capítulo, que resultaron ser más de 200 páginas sobre la historia de México y de España y Cataluña desde el siglo XIX. Es decir que un solo capítulo ocupaba la mitad del espacio convenido para toda la tesis. Me fue prácticamente imposible convencerla de que esos eran resúmenes para ella, para entender el entorno histórico, pero que el lector sólo necesitaba unas páginas claras y concisas que contextualizaran el exilio en México.

A las dos nos empezó a salir lo catalán y lo argentino, respectivamente, y ya estábamos a punto de tirar la toalla cuando se me ocurrió hacer un último esfuerzo: le propuse que dos colegas serios e informados sirvieran de árbitros, leyeran esas páginas y dieran una opinión que ambas aceptaríamos. No fue difícil acordar los nombres: Carlos Illades y José Antonio Matesanz eran los indicados. Al cabo de algunas semanas nos reunimos en una especie de miniseminario y tanto Carlos como José Antonio coincidieron en que era necesario reducir lo escrito y centrarlo en unas pocas páginas directamente vinculadas al tema de la investigación. Dolores escuchó muy seria, tomó notas, nos agradeció brevemente a todos y, sin más se excusó y retiró, dejándome convencida de que ahí terminaba mi efímero quehacer como directora.

Un par de meses después recibí un sobre con un texto de unas 40 páginas y una nota a mano de Dolores disculpándose por su largo silencio, explicándome que en este tiempo se había releído con calma y había reconocido que teníamos razón, que por ello se había sentado a escribir un nuevo primer capítulo, y me rogaba que lo leyera y aceptara continuar como su directora. Fue entonces cuando comenzó realmente nuestra relación académica, que en esa etapa culminó unos años después, en noviembre de 1998, con la defensa de su tesis doctoral

“*Els exiliats catalans*. Un estudio de la emigración republicana”. Al año siguiente, el texto revisado en forma de libro salía a la luz con un subtítulo ligeramente cambiado.[2]

Estoy convencida que hasta el día de hoy es el mejor y más importante estudio sobre las características del largo exilio republicano en México, con sus particularidades e identidades plurales, sus variadas trayectorias, sus logros e, incluso, fracasos y desencuentros. Es un libro que va de lo individual y cotidiano hasta lo colectivo y organizado. Sus 370 páginas de texto fluyen con pasión y ecuanimidad, con simpatía por sus actores que mayoritariamente pertenecían al común, pero que habían quedado opacados por el mito del exilio intelectual. Con una sólida y documentada visión crítica, Dolores Pla pudo tratar temas sensibles, cuando no controvertidos, y mostrar sus múltiples y complejas facetas. Hoy este libro ya es un clásico, por lo que hago un llamado para que se reedite por parte del INAH, como un homenaje póstumo más que merecido a quien durante décadas hizo de esta casa la suya.

Hubo otras publicaciones, como la importante compilación titulada *Pan, trabajo y hogar*,[3] con estudios recientes *sobre el exilio republicano en varios países latinoamericanos*. Y esto sin mencionar las incontables horas que dedicó a transcribir los testimonios e historias de vida recogidas por el INAH en el Archivo de la Palabra, entrevistas orales que dieron sustento especial a todos sus trabajos. Ella luchó a brazo partido porque se reconociera ese archivo como patrimonio exclusivo de la DEH-INAH y que no fuera reproducido por instituciones que sin empacho lo querían copiar, cuando no piratear, y buscó hasta el final que se protegiera y sólo se reprodujera por convenio previo, como se había hecho con el Archivo Histórico Nacional en Madrid.

No quiero dejar de mencionar que la última vez que vi a Dolores fue cuando me trajo a casa la invitación para la exposición sobre el exilio que se inauguraría en breve en el Museo de la Ciudad. Como me acababan de operar de la columna y no podía caminar quedamos en que la veríamos juntas a su regreso de Cataluña. ¡Ya no fue posible!

Podría continuar, pero es hora de concluir. Durante varios lustros, en mi relación con Dolores Pla ella pasó de ser una joven doctoranda a convertirse en cercana colaboradora en diversas actividades académicas. Fue compinche en muchas aventuras, tabla de resonancia en continuos intercambios y discusiones, compañera en frecuentes paseos por la ciudad pero, sobre todo, a lo largo de los años fue una gran amiga en las duras y las maduras. No les puedo decir cuánto la extrañaré, cuánto la extrañaremos todos.

* El Colegio de México. Texto leído el 21 de agosto de 2014 en el Homenaje a Dolores Pla Brugat (1954–2014), organizado por la Subdirección de Historia Contemporánea de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, México.

[1] Dolores Pla Brugat, *Los niños Morelia* (2ª ed., ilustrada), México, INAH, 1999.

[2] Els exiliats catalans. *Un estudio de la emigración republicana*, México, INAH/ Orfeó Català de Mèxic/ Libros del Umbral, 1999.

[3] *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México, INM/ INAH, 2007; *Ya aquí terminó todo*, México, Breve Fondo Editorial, 2000; *El aroma del recuerdo. Narraciones de españoles republicanos refugiados en México*, México, Plaza y Valdés/ INAH–Conaculta, 2003.

Tags:

Homenaje

Dolores Pla: alumna, colega, siempre amiga

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:54

José Antonio Matesanz*

Quiero agradecer, en primer lugar, a Mónica Palma, a la Dirección de Estudios Históricos del INAH el haberme invitado a participar en este homenaje. Aunque yo ya me jubilé, ¡ya terminé los trámites con el ISSSTE!, cosa que todavía no creo, estoy a punto de irme, estoy a punto de iniciar otra vida, ahora que acabo de cumplir 75 años, aunque no lo parezca. Eso me decía Lola: “tú eres grande de la edad, pero no lo pareces”.

Yo la conocí, ella muy joven, yo más joven que ahora, cuando estaba iniciando su trabajo para licenciarse, su gran estudio sobre los niños de Morelia. Mi colega Clara Lida, que es muy puntual, muy rigurosa, siempre lo ha sido, ha especificado ya las etapas de este trabajo, así que no entraré en ello. Yo me reunía con Dolores, hablábamos, me parecía que su trabajo era un trabajo original.

Junto con un grupo de aguerridas historiadoras que se habían propuesto recuperar la memoria histórica que estaba a punto de convertirse en polvo de muertos; ya lo señalaron, la doctora Meyer, la doctora Olivera iniciaron esta recuperación de textos, de testimonios. Con la idea de que no se perdiera el testimonio de los zapatistas que estaban a punto de morir, o el de los refugiados españoles que se estaban muriendo, que no se perdieran esos testimonios y empezaron a realizar este Archivo de la Palabra^[1] que quedó a medias.

Dolores era efectivamente una guerrera, no se asustaba ante las tareas que ella misma se daba, y se encargó de llevar adelante éstas ciento y pico de entrevistas. Yo había participado con ella platicando sobre su libro, sobre las entrevistas con los niños de Morelia, pero también me encargó en alguna ocasión que revisara alguna de estas entrevistas, que son verdaderamente sensacionales; que están ahí repositorio riquísimo para saber qué fue lo que pensaron ellos, ¡los refugiados españoles en México!

Durante mucho tiempo el agradecimiento a Lázaro Cárdenas, el agradecimiento al país, el hecho de que con los años se habían integrado en menor o mayor grado a la vida mexicana, no se atrevían a abrirse y hablar de los aspectos oscuros, de los aspectos negativos. Cuando hablamos de la sociedad, o del gobierno, o de la iglesia mexicanas, tenemos que especificar a

qué parte nos estamos refiriendo, porque una parte de la sociedad mexicana los recibió muy bien; todos aquellos que simpatizaban con la actitud y la actividad ideológica y con el personaje de mi general Lázaro Cárdenas. Pero el cardenismo tuvo muchos opositores. La sociedad mexicana, en el fondo y a veces en la superficie, es una sociedad muy tradicional, muy conservadora, muy católica. Hacía pocos años el país había vivido la terrible guerra cristera y todas esas heridas estaban, creo que todavía están, hasta cierto punto, abiertas, y algunas hasta supurando.

En todo caso, primero como maestro-discípula, una discípula que al fin de cuentas, como ha señalado muy bien mi colega y amiga la doctora Lida, tenía sus opiniones, las defendía, las llevaba a cabo. También era flexible, aceptaba las sugerencias que las circunstancias académicas nos estaban imponiendo a nosotros como sus asesores, y a ella como alumna. En todo caso salió este maravilloso libro: *Los niños de Morelia*.^[2] Fue algo muy original, después se convirtió en mi colega.

Dolores era muy trabajadora. Yo me declaro muy perezoso, por algo escogí la historia de las ideas en América Latina del siglo XIX, porque eso me permitía a mí leer a los grandes, a Fray Servando, a Oliva, a Sarmiento, a Echeverría, a Montalvo, a Martí, a Mariátegui^[3] ¡A los grandes! Y ensayar. No quiero hacer chistes, pero son chistes como muy tradicionales. Yo no podía soportar el trabajo de archivo, hay por ahí un chiste español, ustedes lo conocerán quizá, de gente que no puede, no puede estar sentado. No, yo no puedo estar sentado, entonces no tuve más remedio que tratar de estimular la inteligencia, la creatividad, la gracia, en fin, y analizar estos textos desde un punto de vista ideológico, político.

Ya se ha señalado, y aquí se va a volver a señalar, la espléndida trayectoria académica de Dolores. No solamente *Los niños de Morelia*, luego el Archivo de la Palabra fue una tarea hercúlea, perdón si es una exageración, pero es totalmente real, una tarea verdaderamente ¡hercúlea! A mí me encargó algunas de esas entrevistas, tuve que revisar algunas de ellas, le ayudé en ello y me da muchísimo gusto haber estado siempre con ella. Primero como un asesor, aunque me reconocía como maestro. Me dijo que algunos de mis ensayos eran muy buenos. Ella era una de... qué diré, quienes me echaban porras. Y además del Archivo de la Palabra, está su libro *Els Exiliats Catalans*,^[4] que no es sobre los exiliados catalanes, sino de los exiliados españoles aunque concentrado siempre en Cataluña.

Nunca dejó de ser catalana. Se ha dicho que era muy moderada, efectivamente, pero no dejaba de ser catalana. Algunas de las definiciones de los catalanes que más me han convencido es la de que el catalán es un contador con la mente en llamas. Era pasional, ¡muy pasional! y ¡muy guapa Dolores!, ¡era muy guapa! Lo que me convencía a mí de que, siguiendo la tradición de la Facultad de Filosofía y Letras, las mujeres guapas son también muy inteligentes.

Después de esta coordinación, la doctora Lida tiene la experiencia en coordinar grupos. Es una espléndida coordinadora de grupos. Yo he coordinado alguno, y he tenido la experiencia de que es un trabajo de Hércules el convencer a los participantes de que lleguen a tiempo, de que se restrinjan a los tamaños, de que lo hagan bien, etc., etc. En todo caso, siempre colega, siempre alegre, siempre recta. ¡Era muy recta! Nunca quiso posiciones de poder para no tener que soportar las torpezas de sus colegas. Podía haber tenido, posiciones de poder muchas veces, pero nunca quiso.

Entre las historias de los refugiados, hay algunas que son dignas no sé si de Shakespeare, pero por lo menos de algún gran dramaturgo. Pero destaca también el proceso positivo de que, el gobierno encabezado por Cárdenas haya aceptado, por una parte, recibir a los republicanos españoles “derrotados, pero no vencidos”, según decía el general Miaja.[5] Y él [Cárdenas] dijo: “si son doscientos mil santo y bueno”, “si son doscientos cincuenta mil santo y bueno”. Dolores, era muy rigurosa en su trabajo, creo que en parte eso es influencia de la doctora Lida, que decía “hay que contar, hay que ir al texto”... Nada de andar con fantasías. A ver, en qué te basas: en tu inteligencia, en tus textos, en tus fuentes. Y ella contaba, y claro, al principio de todo este proceso de interpretación del exilio, se hablaba de 40 000. ¡No! Gracias a los trabajos de Dolores sabemos que fueron entre 20000 y 25000, y además contaditos, y aquí están los documentos. Yo como me declaro que no me gustan los números, pues prefería fantasear con ensayos y tratar de ubicar las cosas desde un punto de vista intelectual.

Siempre me ha gustado la historia de las instituciones. Con la doctora Lida empezamos hacer la historia de las clases sociales en España, luego seguimos con la historia del Colegio de México hasta 1962. en que fuimos compañeros de banca en la maestría en el Colegio de México, donde yo aprendí ¡lo que no tienen ustedes idea! Y me integré como profesor a la Facultad de Filosofía y Letras, donde efectivamente: “¡Ay!, es que éste es del Colegio de México”; “éste es de esos pretensiosos, pedantes, que piensan que los únicos que trabajan son ellos y todos los demás somos de segunda”. Nunca les pude convencer de que mi interés era dar clases, darle gusto a la lengua, darle gusto a la retórica. ¡Dar clases!

Acabo de cumplir en este año 46 años de dar clases en la Facultad de Filosofía y Letras; creo que nunca he dejado de ser el “el del Colegio de México”, aunque mis colegas en la facultad sí me han aceptado como uno más entre los maravillosos maestros que tiene la Facultad de Filosofía y Letras. Efectivamente soy muy disperso.

Llegó un momento en que yo también, con toda proporción guardada, me quise exiliar del exilio. Hice un trabajo sobre los orígenes y las raíces del exilio.[6] Todo este proceso del exilio

español fue posible que en aquella época, horripilante de los treinta, con el comunismo y el fascismo a punto de lanzarse a una guerra mundial espantosa, y un *paisito*, sin ejército, sin armada, encabezado por un hombre genial, estadista, uno de los pocos estadistas, o el único que quizá ha tenido México en el siglo XX, mi general Cárdenas, ¡se fajó!, eso que vemos hoy en día que les hace falta a toda nuestra clase política, que les hace falta, voluntad política.

No les voy a decir cómo se dice en Tuxpan, mi pueblo natal, pero ustedes se imaginan, les hace falta voluntad política, ¡que si tuvo mi general Cárdenas! Por supuesto los cardenistas aceptaron bien a los exiliados, pero otros no le perdonaban que el general indigenista de pronto les hiciera el caldo gordo a los hispanistas trayendo españoles, ¡y además rojos!, ¡y además ateos!, y además ¡gachupines! Y ahí podemos ver quién los atacaba por rojos, quién los atacaba por ateos, quién los atacaba por gachupines, quién los atacaba por peludos. Salvador Novo --con perdón, sí he leído a Salvador Novo-- en sus textos en la prensa decía: “esa invasión de peludos”.

En todo caso Dolores, qué puedo decirte, primero alumna, después colega, siempre amiga. Coincidimos en la mesa directiva del Ateneo[7] y ahí nos dimos con todo. Aquí hay gente que puede garantizarlo, aquí hay personas que pueden garantizar que la pasionalidad española se manifiesta, a pesar de que una de las raíces de la hispanidad es la moderación, la inclusión, el amor por los demás así sean nuestros enemigos ideológicos. En el Ateneo compartimos muchas batallas, y ella ahí se lanzó también a ser curadora de esta espléndida exposición, que está todavía en el Museo de la Ciudad de México.

Y qué puedo decir, aquí tengo amigas esotéricas. Yo también tengo mis puntos de esotérico, y digo: Dolores se fue, por desgracia, por un azar... azaroso. ¡Pum!, ¡de pronto! Nos dicen que se cayó de una escalera y se mató, qué tristeza, qué tristeza. Pero lo que tengo de esotérico me dice que ella está en algún lugar, escuchándonos. Ella sabe que ella estará viva entre nosotros, mientras nosotros la recordemos con amor. Por lo que a mí me concierne, pues estará viva hasta que yo me muera porque la recordaré siempre con amor, con cariño, por haber sido una mujer ¡guapa, alegre, inteligente, trabajadora! Un ejemplo, ¡una mujer extraordinaria! Y yo la recordaré siempre con amor, así que ella estará viva mientras yo esté vivo, ¡y más adelante, ¡y más adelante!, ¡y para siempre!

Muchas gracias.

* FFyL-UNAM. Transcripción, Berenice Páramo Santos. Revisión y notas, Mónica Palma Mora.

[1] El Archivo de la Palabra es consultable en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Los testimonios de refugiados españoles a los que se refiere el autor, se pueden consultar en el Archivo de Historia Oral Refugiados Españoles en México, Biblioteca Manuel Orozco y Berra, Dirección de Estudios Históricos, INAH y en el Centro de Información Documental de Archivos, Dirección de Archivos Estatales, Ministerio de Cultura de España.

[2] Dolores Pla, *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, México, INAH 1985.

[3] Fray Servando Teresa de Mier, Juan Anello Oliva, Faustino Domingo Sarmiento, José Esteban Antonio Echeverría, Juan Montalvo, José Martí, José Carlos Mariátegui.

[4] Dolores Pla, *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana en México*, México, INAH/ Orfeo Català de Mèxic/ Libros del Umbral, 1999.

[5] José Miaja, general, presidente de la Junta de Defensa de Madrid, exiliado primero en Francia y después en México.

[6] José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española 1936-1939*, México, El Colegio de México/UNAM, 1999.

[7] Ateneo Español de México.

Tags:

Homenaje

En memoria. Dolores Pla Brugat y el estudio de los refugiados españoles en México

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:53

Guadalupe Zárate Miguel*

Para Anna, Enrique, Miquel con todo mi amor

Agradezco a mis compañeros de la Dirección de Estudios Históricos (DEH), la oportunidad de participar en el homenaje a mi querida amiga–hermana Dolores Pla Brugat.

Ella supo lo que yo sentía y pensaba de su trabajo porque era un tema recurrente en las reuniones que sostuvimos a lo largo de más de cuarenta años. El amor, la familia, la política, la literatura, los programas de tele y nuestras investigaciones se mezclaban, a veces sin mayor transición. Entre la ortodoncia de Dersu y *Cuna de lobos*, aparecían nuestros inmigrantes. La línea de separación entre lo personal y lo profesional era muy elástica. Creo que es el caso de muchas de mis colegas.

Entonces no debería de ser un trabajo difícil compartir ahora con ustedes algunas de esas reflexiones. Las circunstancias, sin embargo, son muy duras para mí, así que han de dispensar si me dejo llevar por la emoción.

Dolores Pla dejó su huella en la historiografía del exilio español. Este mérito fue producto de un largo proceso en el que, a la par que construía un conocimiento, crecía como persona. De una joven tan apasionada como insegura llegó a una madurez personal y profesional, lista para las y mejores empresas intelectuales, que por desgracia ya no veremos. Ella narró en un artículo la manera en que se entrelazó desde muy temprano su biografía con el tema de los refugiados españoles.^[1] Esta marca de origen se hizo presente cuando eligió estudiar la licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, en la UNAM, ahí nos conocimos por el lejano año de 1973.

Al tiempo que iniciábamos el difícil tránsito de ser redactoras de esos resúmenes llamados marcos teóricos hacia nuestros primeros ensayos, tratábamos de llevar a cabo nuestros ideales

de una revolución personal. En este proceso recibimos la influencia de muchos autores, maestros, compañeros y amigas. Por fortuna no fuimos propiamente pioneras; otras mujeres nos habían precedido y pudimos ocupar nuestros propios espacios en un ambiente que se feminizaba cada vez más. En este contexto fue relativamente sencillo interesarnos en temas no transitados en la historiografía tradicional, como el estudio de la participación de los inmigrantes extranjeros en la historia de México, ella con los refugiados españoles, yo con los judíos.

Una de nuestras fuentes de información fue la entonces novedosa historia oral. Resultó fascinante escuchar a los protagonistas narrar sus memorias. Todo lo que habíamos leído fue puesto a prueba el entrar en contacto directo con una fuente de información que hablaba, se movía, y de vez en cuando nos corregía. Los trabajos de campo nos dejaban exhaustas. Hablábamos horas del comportamiento de los informantes y del nuestro. Entonces éramos muy jóvenes y por lo general nuestros entrevistados eran gente mayor, algunos ya enfermos y con una conciencia de su muerte muy presente. Pocos de ellos fueron francamente odiosos, la mayoría nos conmovieron profundamente. Nos propusimos siempre ser fieles al testimonio. Dolores ponía especial cuidado cuando algún testimonio se le atragantaba, lo estudiaba y analizaba hasta que encontraba el sentido. No forzó, no ocultó, ella comprendió. Entonces comprendimos que el sustento de todo proyecto de investigación y de vida era la ética.

Su primer libro, *Los niños de Morelia*, fue más que una tesis, fue una definición de lo que sería su trayectoria académica: indagar en la subjetividad de los procesos sociales; buscar la historia colectiva en los procesos individuales y distinguir el proceso a la inversa: encontrar a las personas en los procesos sociales. Elaborar este trabajo le provocó etapas de gran desosiego, porque de alguna manera era ir a contracorriente de lo que se había convertido en la historia oficialmente aceptada de los refugiados españoles, al tiempo que se sentía comprometida con sus informantes para transmitir su historia, llena de tristezas y sinsabores, pero también de pequeños y grandes triunfos. Entonces reflexionábamos acerca de la capacidad para sobrevivir, para sobreponerse a la adversidad.

Cuando nuestro proyecto de *Inmigrantes extranjeros en la historia de México* fue aceptado en la DEH para integrar un seminario, organización académica que entonces regía en este centro de trabajo, ingresamos Rebeca Inclán, con los libaneses; Dolores, con los refugiados españoles, y yo, con los judíos y la coordinación. Posteriormente se fueron integrando Mónica Palma Mora, con los estadounidenses; Jorge Gómez Izquierdo con los chinos; Delia Salazar, con la inmigración y Magdalena Ordoñez, con los refugiados españoles. Compartíamos líneas de trabajo para encontrar las coincidencias y diferencias entre el comportamiento de grupos con diferencias culturales y socioeconómicas, reflexiones que nos permitieron ver con mayor claridad las características propias de nuestro grupo estudiado.

Dolores escribió su punto de vista crítico respecto a la historia oral; y si bien consideró que como fuente de información histórica tenía sus límites, emprendió la consolidación del archivo que permitió conservar las voces de 120 sobrevivientes republicanos. La formación y cuidado de archivos es una tarea que pocos colegas desarrollan. Dolores dejó ese archivo, para decirlo coloquialmente, lavado y planchado para la consulta pública. Para complementar esta tarea, sugiero promover la consulta de estas entrevistas, alentar su uso en tesis e investigaciones,

En nuestras indagaciones pudimos constatar que la integración y el ascenso económico de los extranjeros no podía explicarse únicamente por sus características internas; ni tampoco eran suficientes las condiciones económicas, políticas y sociales de México, de sus diferentes regiones y periodos. Que a todo esto se le tenía que sumar el peso ideológico que habían cumplido la xenofilia y xenofobia. Encontramos que el racismo mexicano pesaba en la integración económica y social de los extranjeros. Desde entonces, me refiero a la década de 1980, vislumbramos la contraparte de la integración de los extranjeros exitosos: los indios mexicanos. No formaron parte de nuestros trabajos porque quedaban fuera de nuestros objetivos de estudio, pero eran un referente constante. El fenotipo predisponía al trato que se recibía. En el ámbito de los estudios de historia mexicana aún era osado hablar de este racismo.

En estas reflexiones la postura de Dolores fue fundamental. Su condición de extranjera le daba un mejor, llamémosle olfato, para percibir las manifestaciones del racismo mexicano. Su honestidad y amor por nuestro país, se tradujo en una observación intransigente de las expresiones de sus informantes respecto a la población mexicana. También comenzó a pensar en esa población, que siendo de piel morena procuraba distanciarse de los mexicanos que habían logrado conservar su propio idioma, aunque físicamente no tan diferentes. Como sabemos, este tema se convirtió en su segundo objeto de estudio.

Además del trabajo individual expresado en sus libros, Dolores participó en proyectos colectivos institucionales como la revista *Historias*, en la que finalmente aceptó la dirección. Recientemente participó en la creación de la revista electrónica *Con-temporánea*. Ella no hubiera quedado satisfecha de mis palabras si omitiera su reconocimiento y gratitud al INAH como la institución que la cobijó.

Sus trabajos le abrieron la oportunidad de practicar otro medio de difundir el conocimiento histórico: el guion museográfico y la curaduría. La exposición temporal sobre los refugiados españoles, originalmente presentada en España y recientemente en el Museo de la Ciudad de México, permitió la amplia difusión de su obra publicada en revistas especializadas y libros académicos, poco accesibles al público no especializado. El diseño y montaje facilitó la comprensión de un proceso complejo que incidió en nuestra historia y cultura. Es un gran

trabajo de equipo, en el que la sensibilidad de Dolores quedó manifiesta en la integración de objetos de vida política, económica y cotidiana que permiten al visitante personalizar el proceso de inmigración. Considero que ningún curador o curadora, hubiera logrado esa visión a la vez panorámica y pormenorizada del complejo proceso. Están presentes las historias nacionales, los contextos internacionales y las experiencias individuales. Estaba orgullosa y satisfecha de la exposición, gozó al ver la socialización de su obra en una escala mayor.



Cartel de la exposición del exilio español en el Museo de la ciudad de México



Los testimonios fotográficos, fueron el hilo conductor en la exposición.



En el piso el plano de la ciudad de México donde los refugiados españoles habitaron y desarrollaron sus actividades productivas. Al lado derecho un vestido de novia.

* Centro INAH Querétaro.

[1] Dolores Pla, “Mis cuarenta años a orillas de la historiografía”, en *Con-temporánea*, núm. 1, enero-junio 2014.

Tags:

Homenaje

Para Lola

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:52

Gerardo Necochea G*

La primera imagen de Lola que me viene a la memoria es la de ella en su escritorio, escribiendo, y a su lado derecho una pila de hojas impresas. Estábamos todavía en la antigua sede de la Dirección de Estudios Históricos (DEH), en el anexo al Castillo. El Seminario de inmigrantes, al que pertenecía Lola, compartía un amplio cubículo con nosotros, los del Seminario de Movimiento Obrero. Por accidente de la distribución de espacio, el nuestro en ocasiones parecía más recibidor que cubículo, puesto que todo mundo tenía la costumbre de pasar a saludar, o si eran visitantes, pasar a preguntar por ésta o aquella persona. Lola redactaba entonces su tesis doctoral, e imperturbable, con sonrisa o sin ella saludaba o contestaba la pregunta sin desviar la vista de la máquina de escribir, una Olimpia eléctrica que, si no mal recuerdo, por esos tiempos fue sustituida por una de las primeras computadoras en la DEH.

La tesis llegó a buen término y, pasado un tiempo, fue publicada. Para mi grata sorpresa, me pidió que fuera uno de los presentadores. Y digo sorpresa, porque aunque platicábamos y nos llevábamos bien, había una suerte de desencuentro existencial. Mario Camarena y yo, el Seminario de Movimiento Obrero, éramos más bien escandalosos y desparpajados mientras el Seminario de Inmigrantes, que eran sólo mujeres, tenía un modo más sereno, reflexivo y académico. La relación no era mala pero a veces era difícil.

Pero dentro de todo, Lola y yo descubrimos no sólo que nacimos en el mismo año sino que asistimos a la misma escuela, aunque en distintos momentos. No teníamos amigos mutuos pero podíamos acordarnos de algunas de las mismas personas. Teníamos, en consecuencia, una relación cordial, pero yo tenía la sospecha de no ser uno de sus académicos favoritos. Y por eso, cuando me pidió que presentara su libro, me sorprendió.

Su investigación acerca de los exiliados catalanes en México tuvo una buena recepción y contribuyó a consolidar la reputación de Dolores como estudiosa del exilio español en México. Fue un estudio sobre una modalidad particular de inmigración a México, de manera que abordó preguntas claves para entender esa migración, para responder a quiénes y de dónde examinó la sociedad española, en especial a Cataluña, y las causas y desarrollo de la guerra civil; para entender cuándo y cómo describió las condiciones de la derrota republicana, el repliegue a territorio francés y las negociaciones con México. El trabajo más original y rico abordó los lugares de arribo y los quehaceres en sus nuevos lugares de residencia. De manera

exhaustiva, la autora entretejió la evidencia de las entrevistas de historia oral con variado material documental para dar cuenta de lo que aconteció a estos hombres y mujeres entre su momento de llegada y virtualmente el momento de ser entrevistados en las décadas de 1970 y 1980.

El libro tuvo el acierto de centrar la mirada en quienes ella llamó la gente del común, consciente de que mucho del trabajo sobre el exilio había sido por un lado celebratorio y por otro, centrado en una minoría de personajes destacados de la vida cultural e intelectual, Dolores apuntó hacia rendir una historia social del grueso de los exiliados. Su extensivo e incisivo uso del acervo en el Archivo de la Palabra le permitió ir más allá de generalidades. Creo que en particular le permitió situar a los trasterrados en el centro de miradas cruzadas y brindarnos un atisbo de su percepción en este particular. A los ojos de la izquierda mexicana, eran héroes; pero esa mirada se fue desvaneciendo con el paso de la efervescencia cardenista hacia tiempos más conservadores. Para la mayoría de la población, eran inmigrantes españoles y por lo mismo extendieron hacia ellos el aprecio pero también la desconfianza y resentimiento que dirigían a los muchos ya residentes de tiempo atrás en el país. Para esos inmigrantes españoles ya establecidos, los recién llegados podían ser, simultáneamente, enemigos de todo lo que consideraban en alta estima y paisanos que requerían de ayuda. Dolores dio buena cuenta de esta difícil posición, y destacó la ambigua identidad que emergió entre los exilados republicanos sobre los que recaían estas miradas.

El trabajo de historia oral realizado en esta investigación fue impecable. Pero quizás Lola no estaba a gusto con él. A ella fue a la primera historiadora que le escuché decir que quería ser vista como historiadora sin apellido, es decir, el mote de historiadora oral lo sentía limitante. El libro fue un esfuerzo determinado, y logrado, por establecer la importancia de la historia oral a la par de otras fuentes. Pero creo que en el camino descubrió algo inquietante en la fuente oral, el juego de la memoria, e incursionó en ese terreno con la misma determinación. Creo que aquí fue importante la influencia del historiador brasileño José Carlos Sebe, en particular sus ideas sobre la forma de editar las entrevistas como historias por sí mismas, lo que Sebe llama *transcreación*. Pero también el apoyo y la admiración de Sebe fueron importantes, entre otras cosas, porque le brindaron a Lola la oportunidad de realizar un trabajo de reflexión sobre los recuerdos. No estoy seguro del orden cronológico pero hay dos trabajos que fueron importantes en este recorrido. El primero se lo escuché como ponencia en uno de los muchos congresos de 1992, en ocasión de los 500 años; fue en Brasil y asistimos varios compañeros de la DEH, invitados por Sebe. Lola presentó un trabajo que reunía el recuerdo de las primeras impresiones que tuvieron los exiliados al arribar a Veracruz, primero, y a la ciudad de México después. Era un trabajo principalmente descriptivo pero de manera importante trajo a la superficie las negociaciones entre el presente y pasado que configuran el recuerdo. A mí me impresionó por la calidad narrativa, de detalle. Me pareció entonces que ella había dejado de preocuparse por el dato veraz y se había adentrado en el significado del pasado que los entrevistados querían transmitir en el momento de la entrevista.

El segundo trabajo al que me refiero fue un artículo en el que abordó distintos tipos de recuerdo. Las entrevistas con los exiliados tenían un extenso componente sobre la experiencia de la guerra civil. Trabajando esos pasajes, Dolores cayó en cuenta de que parte de esas descripciones provenían de una versión histórica general, con frecuencia obtenida de libros. Era, sin lugar a duda, parte de lo vivido y experimentado, pero no la experiencia directa. En cambio, otros pasajes, efectivamente relataban lo que podríamos calificar de vivido en carne propia. En este artículo Dolores se aproximó a un problema relativo a la oralidad, la que Ong llama *oralidad secundaria*, en la que el conocimiento transmitido por la palabra hablada ha sido primero adquirido en la palabra escrita. Y con ello, se aproximó a otro problema respecto de cómo la memoria individual se apropia de experiencias no vividas por el sujeto. Ello tiene que ver con cómo se configura la memoria a través del diálogo —que bien puede incluir los escritos de otros— y cómo de esa manera también aparecen las versiones consensuadas de la memoria colectiva. Dolores examinó cómo estos distintos recuerdos operan en distintos niveles en el transcurso de la entrevista. En algún momento, y en relación con lo relatado por Rigoberta Menchú, este asunto que Lola señaló acertadamente, entre investigadores menos avisados suscitó un tonto debate respecto de la mentira en las narraciones orales.

Destaco estos dos textos porque creo que trazan el trayecto intelectual de Dolores que va de *Los exiliados catalanes* a *El aroma del recuerdo*. Este segundo es una ruptura con la preocupación por la historia sin apellidos, y en cierto modo una declaración de que se puede ser historiadora oral. El libro nació de la colaboración con José Carlos Sebe, quien estaba interesado en los exiliados republicanos y viajó a México para conocer la colección en el Archivo de la Palabra. Sebe provenía de un entrenamiento y carrera en historia muy convencional, pero influido por Foucault y el llamado giro lingüístico, estaba interesado en desbanca los regímenes de verdad de la historia a través del trabajo con la memoria, a la cual consideraba central para las representaciones culturales y pilar de la política de las identidades. Proponía entonces Sebe —y seguramente lo sigue haciendo— que las entrevistas había que editarlas mediante el método de la transcreación, que consistía en entender la identidad que el entrevistado creaba consigo mismo como sujeto, y entonces reordenar y recortar la entrevista como un texto en que el entrevistado daba cuenta de esa identidad. Sebe convenció a Lola de hacer un libro en el que cada uno tomaría cierto número de entrevistas para aplicar este método de edición. Sebe no hizo su parte, así que *El aroma del recuerdo* es la mitad que le correspondió a Lola.

Ese libro podría haber sido un punto de partida hacia otra dirección pero no lo fue. Creo que Lola tampoco se hallaba a gusto con ser historiadora oral. En los últimos años, la historia oral ha desarrollado sus propios mecanismos de institucionalización y legitimación. Sin dejar de ser marginal a la academia establecida, la historia oral reivindica hoy día su marginalidad como vanguardia y garantía de calidad. Dolores, como muchos de nosotros, no se animó a dejarse llevar de lleno por el torbellino del giro culturalista.

Tuvimos en una ocasión una breve conversación al respecto. Yo había traducido y publicado un ensayo de Barbara Weinstein sobre la dificultad de ser un historiador social en la década de 1990. Weinstein relataba con humor la incomodidad que sentía y le hacían sentir las llamadas guerras culturales desatadas entonces en la academia estadounidense. Weinstein daba cuenta también de cómo se había sumergido en un proyecto de investigación animada por ciertas preocupaciones, y al emerger se había encontrado no sólo una crítica demoledora de sus preocupaciones sino un terreno incierto de alta teoría e inasibles representaciones. Lejos de ser dogmática, resaltaba lo mucho que el giro lingüístico le había aportado para repensar sus investigaciones sobre mujeres y trabajadores en la historia de Brasil. Advertía, al mismo tiempo, contra descartar los andamiajes estructurales materialistas. Platicando al respecto, comentábamos que también nosotros nos sentíamos en ese lugar incomodo al que aludía Weinstein. Nos propusimos, de hecho, un grupo de estudio primero vagamente sobre cuestiones indias y después, más claramente, sobre lo indígena como discurso e imaginario en la configuración de una idea de ser mexicano del siglo XX. Pensábamos iniciar con la lectura de *Campesino y nación*, de Florencia Mallon, entonces todavía sin publicar en español. Desafortunadamente, el grupo nunca despegó.

Traigo lo anterior a colación porque había una intención de abrir vereda hacia fusionar historia social e historia cultural. El proyecto en que trabajaba Dolores, sobre racismo y xenofobia, me parece se movía en esa dirección. Platicamos mucho menos sobre estas cuestiones en los últimos dos o tres años, pero las presentaciones que le escuché sobre la conformación étnica de la población en el siglo XX estaban sólidamente fincadas en análisis de los censos, y se hacía una pregunta interesante ¿cómo pudo ser que una mayoría india a principios del siglo XX desaparece a mediados? Ello por supuesto la orientaba al universo de las representaciones y la implementación de discursos dominantes, así como al mundo de la estructuras de trabajo y de los espacios rurales y urbanos, y a la implementación del dominio de la recién descubierta cultura nacional. En alguna ocasión, muy al principio, le pregunté si para ese nuevo proyecto pensaba hacer entrevistas. Me contestó que sí, que no tenía idea todavía de a quién y cómo hacerlas, pero que las consideraba indispensables. No sé si ya había resuelto esa incógnita.

Por último, y respecto a la historia oral, de unos años para acá Dolores tenía la preocupación por definir el tipo de historia oral que hacíamos en la DEH. Esta preocupación provenía, me parece, de su propio desarrollo y la dificultad de encajar en un campo definido. Posiblemente su insistencia en que reflexionáramos colectivamente sobre nuestras trayectorias intelectuales obedecía a esa necesidad suya de detenerse a reflexionar su camino. Creo que esa sensación de estar en un lugar incómodo no se había desvanecido; pero creo en cambio que saberse en un lugar incómodo acicateaba su curiosidad y creatividad para proponerse una manera distinta de hacer historia.

* Dirección Estudios Históricos, INAH.

Tags:

Homenaje

Carta para el homenaje a Dolores Pla Brugat

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 - 00:51

Leticia Reina*

México, D.F., 21 de agosto de 2014

Hola mi querida Lola, hoy hace un mes que partiste, sin embargo te sigo viendo en el estrado del Palacio de Calimaya, hoy Museo de la Ciudad de México, donde se inauguró la exposición del exilio español y de la cual tú fuiste la curadora. ¡Qué hermosa, reluciente y plena te veías! Claro, no era para menos. Esta exposición te significaba la culminación de muchos años de investigación, a través de difundir ampliamente tu conocimiento sobre el tema y ponerlo al alcance de todo mundo. ¡Como siempre, tan bondadosa la Lola!

Tus amigas te acompañamos la noche de la inauguración, te felicitamos, te echamos porras y nos despedimos con un fuerte abrazo y un hasta luego, para vernos a tu regreso de Cataluña y realizar todos los planes pendientes: ir a comer una tira de asado, visita guiada de la exposición con las amigas, platicar un nuevo índice para tu libro de los indios y después soltarlo.

Esa noche me quedé pensando que eres muy valiente. Lo eres por muchas cosas, pero en esos momentos reflexioné que a pesar de tener el tema del exilio muy conocido, como nadie, con un manejo extraordinario en todas sus vertientes, desde hace algún tiempo te atreviste a salir de tu zona de confort para emprender una nueva batalla, la de entender a los indios de México en el siglo XX.

¡Uff Lola! Más de cien años de antropología mexicana no han resuelto el dilema de definir que es un indio, ni quiénes, ni cuántos son, a pesar de los censos decenales. Pero tú, desde la sensibilidad especial que te da tu origen étnico, como catalana, percibiste un México oculto pero presente en todo lo mexicano. Así te lanzaste a un nuevo desafío. Y, a contracorriente de la historiografía y de la nueva antropología, te atreviste a decir que México es un país de indios. ¡*Chapeau!* Te hubiera dicho nuestro maestro Guillermo Bonfil.

Tu reto ha sido demostrarlo, y hoy me encuentro en un aprieto, porque nuestros compañeros de la Dirección de Estudios Históricos me piden que les platique sobre tu investigación de los indios de México en el siglo XX. ¿Y cómo lo puedo hacer si sólo cuento con las pláticas que hemos tenido sobre el tema? ¿En dónde? En cualquier lugar: el cubículo, el pasillo o el jardín de la DEH, pero siempre con un cafecito y en el contexto de nuestro miniseminario de dos, como nosotras lo llamamos. Ahí, se me ocurre hundirme en el cajón de los recuerdos para sacar retazos de nuestras reflexiones y discusiones. ¡Espero no traicionar tus planteamientos!

Desde nuestras más lejanas pláticas, ambas compartimos la angustia por resolver los dilemas que nos planteaba el estudio de un país colonizado. Así, te acuerdas, fuimos consolidando una amistad y entretejiendo un diálogo en torno a los indios. El recuerdo más lejano se remonta a más de veinte años, cuando regresé después de una estancia de siete años en Oaxaca. Se iba a publicar mi libro *Historia de los pueblos indios de Oaxaca* y te compartí mi deseo de hacer una historia regional, de larga duración, sobre los zapotecas del istmo de Tehuantepec; platicamos de lo fascinante de esa región y mi preocupación por no entender la etnicidad y la cultura de esa etnia en particular, se salía de todos los esquemas teóricos de la antropología y de los estudios de género. Tu contestación fue ligera pero profunda, como siempre. Me diste a leer la historia de Cataluña. ¡Increíble! Ahí encontré la respuesta para comprender la historicidad de ese grupo étnico. Sí, ¡los zapotecas del istmo son un pueblo fuera de serie en México!

¿Pero qué hay de todos los otros indios y del México verdaderamente indio? Entre reflexiones académicas y vivencias personales fuimos hilando nuevos planteamientos y nuevas investigaciones. Tú a partir del análisis de los españoles en México; yo, desde mis estudios de los indios mexicanos y sus movimientos sociales. Así hemos tejido diálogos; tú formada como historiadora y yo como antropóloga. Pero curiosamente se han cruzado y enredado nuestros hilos de análisis porque tus discusiones son argumentaciones y reflexiones con una mirada desde el siglo XXI, que complementamos con el análisis histórico de mis estudios decimonónicos. Sin embargo, cada una nos hemos mantenido en diferentes redes académicas de interlocución que a su vez han nutrido nuestro diálogo.

Lo interesante sobre tu trayectoria en el tema de los indios en México en el siglo XX es que partiste, según recuerdo, de unas primeras reflexiones sobre la xenofobia y la xenofilia provenientes del estudio de tus españoles exilados en México. Estas ideas te condujeron a pensar en el mestizaje, las razas, lo indio. Leíste mucho sobre estos conceptos y participaste en varios coloquios y simposios, hasta que las mismas categorías te llevaron a preguntarte de manera incansable e incesante sobre la famosa identidad nacional mestiza.

Las preguntas y sobre todo la manera de demostrar que México es un país de indios, no te dejan descansar, Lola. Y empezaste por cuestionar que si lo mestizo era igual a lo mexicano,

¿entonces los indios no eran mexicanos? ¿Cuáles eran unos y quiénes eran los otros? ¿Y los extranjeros? ¿Cuántos eran? Me hacías reír e hiciste reír a mucha gente, según me has contado, cuando en algunos foros académicos, para argumentar la imposibilidad de la existencia de un México mestizo, les decías que los extranjeros, que llegaron a México durante todas las migraciones del siglo pasado, aunque son muchos, resultan ser muy pocos y por lo tanto no pudieron ser capaces de embarazar a todas las indias de México. Esto contado con la gracia y picardía que te caracteriza, encierra una gran profundidad analítica. Así es como te has negado a sostener y defender la idea de la conformación de una población mestiza en México.

Creo que en el intento de definir no sólo las categorías sociales sobre la demostración de quiénes, cuántos y en dónde están los tan ensalzados mestizos que constituye el orgullo de la nacionalidad mexicana, te embarcaste en la gran empresa de cuantificarlos a lo largo de todo el siglo XX. Y para ello has realizado una tarea extraordinaria, al reunir los once censos que van de 1900 hasta el año 2000.

Has trabajado acuciosamente estos censos, Lola. Les has vaciado toda la información posible sobre población, has hecho gráficas de todo tipo, cuadros de la población total, cuadros de población mayores de cinco años, has cruzado variables de tipo lingüístico y cultural. Lo has hecho para demostrar procesos y comportamientos a lo largo de cien años. ¡Ahhh! Y también por décadas para destacar ciertos factores y al final o en el camino, por entidades federativas, por regiones y por grupos étnicos.

Bueno Lola, también me contaste que la única variable constante de medición registrada en todos los censos de la centuria pasada fue la de “hablantes de lenguas indígenas”. Pero caray, los números te hicieron una mala jugada. Con ellos pudiste mostrar cuantitativa y gráficamente el descenso paulatino de la población indígena entre 1900 y el año 2000. ¿Por qué? Porque hay un constante sub-registro en los censo que obedece a muchas variables temporales y regionales que ahorita no vamos a discutir, porque lo importante en este momento es que tú no quieres demostrar que los indios tienden a desaparecer y tampoco que México cada día se fue convirtiendo en un país de mestizos. No, eso no, pero los números dicen lo contrario de lo que tú quieres exponer.

¡Qué locura con este cúmulo de información que has trabajado sobre los censos! ¡Maravilloso material y gran aporte para los estudiosos del siglo XX! Así me dijiste que te lo expresaron tus compañeros a los que en meses pasados les expusiste tus avances de investigación en el Colegio de México. Te han aplaudido en muchos foros pero tú sigues preocupada porque las cifras --con todo el respeto que me merece la historia económica y en particular la historia serial-- aunque sólo nos sirven para saber por dónde va la cosa, afirmación que te daba

mucha risa cuando yo te lo decía y hasta me citabas en reuniones serias, pero en esta ocasión no te han permitido, ni remotamente sustentar lo que quieres.

¿Te angustias porque no puedes demostrar tu gran acierto sobre lo *indio*, plasmado en los huesos y en la piel de todo este país que escogiste para vivir! Tu sentencia al dictaminar que México es un país de indios, es mucho más atrevida que la tesis de Guillermo Bonfil sobre el México profundo. Y ya es decir, porque en su momento levantó grandes polémicas. ¿Te imaginas lo que dirán las clases posicionadas económicamente? ¿O lo que cimbrarás en los círculos oficiales cuando publiques tu libro?

Después de observar y vivir en México, con tu especial sensibilidad y mirada crítica, entendiste que la distancia que hay entre el discurso oficial y lo que tú percibes en todos los rincones de este país, se ha encubierto con el gran manto del mestizaje, pero que a fin de cuentas sólo oculta a los pueblos indígenas que supuestamente se han aculturado. Este planteamiento te llevó a leer con fascinación a Manuel Gamio y Alfonso Caso y ni qué decir de tu encantamiento con el censo de 1921, que es el único, de todos los censos del siglo XX que incorporó la variable de autoadscripción. Que importante fue su descubrimiento porque con esta categoría pudiste señalar que era mayor el número de indios que los “hablantes de lenguas indígenas” registrados ese año. Y así también trabajaste sobre el concepto de raza y lo comparaste con los pocos censos del siglo XIX que todavía registraron la calidad étnica de la población.

Luego, nos aparecieron categorías que nos llevaron a discutir ampliamente si la población mexicana tenía un proceso de desindianización, como lo formulaba Guillermo Bonfil, o si tenía un proceso de reindianización como lo planteaba la teoría de los movimientos sociales. A ti te vino muy bien el primero porque sustentaba teóricamente tus hallazgos numéricos y te permitió una explicación para las variables culturales de los censos de 1940, 1950, 1960 y 1970. A mí me parecía que existía un problema de visibilidad e invisibilidad de los indios construido por una tríada entre los propios indios, los intelectuales y el Estado. A ti al principio te gustó la tesis de Bonfil porque definía la desindianización como “un proceso que ocurre en el campo de lo ideológico cuando las presiones de la sociedad dominante logran quebrar la identidad étnica de la comunidad india”. Este proceso se cumple, cuando ideológicamente la población deja de considerarse india, aun cuando su forma de vida lo siga siendo”

¿Y qué pasó después Lola? Te fuiste más lejos al decirme que lo indio está en todo el país y en todos los grupos sociales, que no importa si la gente se autoadscribe o no como indígena, si viste o no huaraches, si habla o no una lengua indígena. Que los mexicanos tenemos tatuado lo indio en nuestra forma de hablar, de pensar y en las formas particulares de organización social: sean públicas o privadas, institucionales, familiares o amistosas, pero que al fin, determinan nuestras muy particulares formas de pensar, de hablar, de ser y de relacionarnos.

¡wow Lola! ¡Esa tesis sí me gusta! Es muy fuerte y va a trascender. ¡Con este planteamiento no sólo niegas el mestizaje biológico, sino también el cultural! Esto sí que es toda una propuesta novedosa y un gran reto a demostrar.

¿Pues qué crees Lola? Te tengo dos noticias: la primera es mala porque se promulgó la Ley de Energética. La segunda es buena porque aunque todavía no lo quieras, tienes que publicar tu libro. Ya no interesan los tiempos institucionales o de Conacyt, lo importante es que tienes que soltar este libro. Así tú me lo has dicho con cada uno de los libros, porque dices que los materiales se tienen que soltar para que la gente los conozca. Enhorabuena Lola, así se darán a conocer tus avances sobre esta temática.

Te quiero mucho y te mando un fuerte abrazo,

Leticia.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.,

Tags:

Homenaje

Homenaje a Dolores Pla Brugat: editora, investigadora, colega y amiga

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:50

Rebeca Monroy Nasr*

*Para Anna Helena
Amor de sus amores*

Dolores Pla Brugat (1954–2014) era una persona comprometida con la comunidad académica en la que se movía, y en gran medida su interés intelectual también lo volcaba para mejorar la vida de la Dirección de Estudios Históricos. Sería difícil hablar de su labor editorial sin tocar su lado académico, de investigación, o bien sin hablar de su persona, de sus afectos, de su talento emocional, porque no sólo era una historiadora de primera línea, innovadora en su quehacer con la historia oral, con su trabajo sobre la migración española, aunado a la visión del otro lado, la del mestizaje y la desindianización. También lo hacía en su decir y en su hacer cotidiano entre sus colegas, con sus asistentes y con sus alumnos.

Por ello me permito la licencia de intentar hacer de este texto lo que ella era, una combinación de ambos talentos, su inteligencia natural y su inteligencia emocional. Así, las veces que trabajé con ella, tanto en las entrevistas como en la redacción de textos o en la revisa *Historias*, mostraba su capacidad de acción con un gran humanismo imbuido en su forma de vida.

Por el año de 2010 tuve la fortuna de acompañarla, para develar un poco el aspecto de la llegada del fotógrafo español Julio Mayo Souza a suelo mexicano. Al verla en acción noté que lo que buscaba Lola era el lado humano de la migración, de ese importante personaje de la vida cultural de México en la segunda mitad del siglo XX en México. Recuerdo claramente que don Julio nos recibió a Dolores Pla, Dolores Ávila y a una servidora, diciendo “no tengo nada que contar... hombre”, pero que el tono suave y ameno de Dolores, poco a poco lo hizo hablar, hasta que después de más de cuatro horas de narrar sus aventuras, de cómo se resguardó en la España de Franco, de cómo llegó al país nuestro que lo recibió con trabajo en la fotografía y que gracias a sus otros colegas --luego llamados los Hermanos Mayo-- hizo una buena cantidad de imágenes que contribuyeron a los cinco millones de negativos que nos legaron. Pero narró más su vida de político militante que de fotógrafo. Nosotras salimos agotadas, nos devastó ese hombre que “no tenía nada que decir”, y quedamos para una segunda entrevista que también se realizó bajo la tutela de Dolores Pla, de la cual aunque íbamos más preparadas

emocionalmente, también acabamos rebasadas por la sabiduría y el entusiasmo del fotógrafo Mayo, de la cual, por cierto, quedó pendiente el aspecto fotográfico del migrante, pues su estado de salud nos impidió regresar a entrevistarlo. Ahora me parece que ese rescate quedó pendiente...

Recuerdo su capacidad silente, su dejarlo hablar; una entrevista no dirigida, pero acotada por Dolores. Don Julio contaba diversas y no cronológicas anécdotas de vida y luego Dolores Pla lo volvía a orientar hacia su llegada al país, sus trabajos, sus redes y contactos, porque fue el último de los Hermanos Mayo en pisar suelo mexicano, pues llegó en el año de 1943. El talento natural de Lola para la charla, nos llevó por caminos inesperados, un trabajo que debe ser rescatado y que seguramente se encuentra en la fila de las transcripciones que necesitamos rescatar.

Dolores no se simbiotizó, no se desdobló, se contuvo, mantuvo la presencia, fue empática sin dejar de mantener su distancia histórica y académica que le permitió obtener una entrevista de primera línea. Sonreía todo el tiempo mientras él narraba, jamás lo interrumpió, fue una lección de vida verla actuar en escena. Me parece que tal vez es una de las últimas entrevistas que ha dado el fotógrafo español que sigue bastante enfermo, pero que fue premiado con la Medalla del SINAFO-INAH en ese año de 2010.

En cuanto al trabajo editorial, en 2013 Anna Ribera, Martha Terán y la que esto escribe fuimos invitadas a unirnos al equipo de la revista *Historias*, a instancias de Esteban Sánchez de Tagle, quien ha cargado en sus hombros con la forja de esta revista más o menos por veinte años, y recorrió parte de ese largo camino con Dolores, compartiendo los intensos trabajos editoriales que significa la revista. Es un trabajo en el que entran decisiones importantes, y más en la última etapa, donde a instancias de las autoridades del INAH se ha insistido en que *Historias* participe en el padrón de las revistas aprobadas por Conacyt. Esa tarea la personificó e hizo suya nuestra querida Dolores Pla, con la idea de lograr que esa importante y destacada publicación tuviera su merecido lugar en el espacio editorial con los enormes requisitos que demanda el Conacyt. Aunado a lo que las autoridades del INAH han buscado para que sea indexada y arbitrada. Como se ha mencionado, hizo suya esta lucha y se dedicó a sostenerla, así eventualmente cada vez que lograban obtener todos los requisitos sumaban otros más. Para ello Dolores buscó un asistente para la revista (Ramón Velázquez) y luego otra (Ana Camacho), y hasta el día en que perdimos a Lola, era su lucha constante para entrar al padrón de Conacyt. Esa causa ahora es nuestra e intentaremos llevarla a cabo con Anna Ribera y Ramón Velázquez hasta sus últimas consecuencias.

Sea como fuere, otra cuestión que le importaba mucho y que defendió con Esteban Sánchez de Tagle, a la que nos sumamos nosotros, es a no perder la calidad académica de la revista. E

incluso, el hecho de que al sumarse al padrón de Conacyt no perdiese en calidad; mantuvimos grandes e intensas charlas —que no discusiones—, internamente pensando en la importancia de que la revista conservara su perfil, su modo y estilo de presentarse, sus páginas, su conceptualización y su definición en las unidades que la conforman, en un nuevo mundo codificado por la cibernética y por el *html*, y no por la calidad de los ensayos y artículos. Esa fue otra de sus metas que abrazamos e hicimos nuestra. Ella, ya como directora de la revista, investida este año, defendió ante las autoridades del INAH esta postura que mostraba el interés por mantener la calificación de la revista, incluso fuera de los foros convencionales que ahora la quieren ceñir a un mundo burocratizado entre números y letras.

Con Dolores compartí eventualmente la redacción de algunos pergeños, escribimos juntas cartas y peticiones, y con ella aprendí el arte de escribir con la pausa, la conciencia, la necesaria temporalidad de las palabras. Ese mar de oralidad que ella mostraba, lo contenía en las letras y tenían otra forma de expresión. Así que, las veces que trabajé con ella noté su fineza en la escritura, su vocación de historiadora profunda, de decires asertivos, la búsqueda de las palabras correctas, el uso adecuado del español y su gramática. Me sorprendía su capacidad de elegir las palabras o buscar las más adecuadas a su necesidad expresiva, no soltaba frases vacuas ni decires insólitos. Todo en su justa medida. De ella lo aprendí, de ella lo vi y en ella lo dejo como ejemplo de trabajo nítido y limpio en su hacer cotidiano. Por ello no le importaba publicar textos o artículos por doquier, sin contundencia y certezas, por ello su última obra magna sobre los censos fue premiado, porque contenía esa fuerza del discurso y de “su pienso”, como ella decía, con la importancia que el tema lo ameritaba.

Por ello considero que su trabajo en general, sus libros de los niños de Morelia con 500 testimoniales de historia oral o bien de su tesis doctoral *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México* (1999); también de su obra *Ya aquí terminó todo. Testimonios de la Guerra Civil Española* (2000), y el inolvidable *El aroma del recuerdo. Narraciones de españoles republicanos refugiados en México* (2003), entre otras,^[1] nos ha legado una gran obra, un gran recuerdo, una capacidad de recuperar su propia historia y hacerla en torno aquellos exiliados que se compenetraron o no con esta patria que los recibió. Esas narrativas son además un pedazo de todos nosotros, los que tenemos un poco de migración en las entrañas y los que vivimos la llegada del refugio de esas migraciones a nuestro país. Es una lección de vida que gira en muchas direcciones y ella lo sabía.

Dolores Pla fue, además, una gran colega y amiga. Se preocupó por cohesionarnos en momentos en que profundizamos nuestra diferencias, por generar una argamasa entre nosotros; estuvo trabajando constantemente los últimos años por generar los vínculos y restablecer las redes. Evitó las confrontaciones y recuerdo claramente que buscaba que mostráramos el importante trabajo que realizamos en esta institución convencida de la calidad

académica de su gente. Es decir, nosotros. Defendió la calidad académica por encima de los dimes y diretes.

En los momentos más difíciles buscó soluciones, propuso que los ingresos de los nuevos colegas estuvieran también en el ámbito de la búsqueda de la excelencia académica, sin descuidar la presencia de jóvenes historiadores. Les abrió la puerta a noveles estudiantes como asistentes suyos como Ramón y Lourdes, que se integraron a sus labores, en una tarea de largo aliento que sólo ella sabía cómo realizar. Llegaba a importantes conclusiones como el hecho de la desindianización, pero también de la reindianización, de la que apenas pudo bosquejarme sus ideas. Me parece que el trabajo de largo aliento que estaba haciendo tiene importantes frutos que pueden ser rescatados en una obra importante que cierre su ciclo de trabajo.

Una labor profunda, de importantes alcances es la que hacía en el día a día, aunque ella consideraba que calificar su obra no era importante, pero bien sabemos que su obra trascendió estas paredes y las de este país. Tuve a bien comentarle a la directora del Colegio Madrid, Rosa María Catalá, el 28 de junio, de la exposición de los 75 años de la migración española que realizaba nuestra colega, a lo que ella respondió y cito: "Claro, Dolores Pla, la conozco, la he leído, su obra es una gran contribución para comprensión del problema de la migración española en México, qué importante, claro que la conozco". Quedó de ir a su exposición aquel julio en que ella inauguró y que dio una gran explicación a las autoridades del Distrito Federal de ese legado visual que trabajó y que muestra la importancia de la presencia española de esa migración en nuestro país.

Después de ver la exhibición y su magno contenido, claro, conciso y definido me queda clara la idea que construyó ese material. Era el que como mexicanos pudiésemos valorar lo que nos trajo de allende el mar esa migración, pero sobre todo darnos cuenta que no seríamos lo que somos sin estas presencias en nuestro país en el ámbito científico, médico, editorial, empresarial, restaurantero, escolar, cultural, fotográfico, plástico, cinematográfico, y tantos más de nuestra vida cotidiana.

Evento y exposición de motivos que dejó como un gran legado, un cierre magistral para una mujer que siempre se mostró modesta con su trabajo, que consideraba que hacía lo que tenía que hacer, y nada más. Sin barroquismos, ni falsas presencias, sin gestos de grandilocuencia hacía su trabajo con una delicadeza, pero sobre todo con una honestidad intelectual, importante y aleccionadora de vida.

Cómo no extrañarla con sus charlas sobre la DEH, sobre la escuela, sobre su hija, sobre la vida, sobre las letras, sobre la solidaridad, sobre el cáncer que no la venció, sobre los problemas que tuvo y afrontó con valor en su vida y sobre todo, con la capacidad de mostrarnos un rostro sonriente cada mañana. Cómo no extrañarla y sentir esa gran ausencia que deja en el espacio físico, pero sobre todo en el emocional, su empatía, su cariñosa presencia, así como era: una intelectual destacada, plétórica de modestia, de sencillez, pero sobre todo de una gran humanismo que caracterizó su vida y su obra.

Aquí nos quedamos Lola para extrañarte, para vitorear tu trabajo como no lo hacías tú, para recordarte que entre nosotros siempre estarás viva, con una gran sonrisa, con un gran cariño, con el empeño para que este lugar recupere un mejor ambiente académico y laboral. Esos trabajos son nuestros ahora; seguiremos forjándolos e intentaremos seguir tus enseñanzas, querida Lola. Aquí estamos, recordándote en un evento que estoy segura moverías tu cabeza y dirías que no lo hiciéramos, que no te gustaría; pero que mereces, por tu gran calidad académica, de editora valiente, de intelectual propositiva, de mujer luchadora, de madre comprensiva, de amiga leal y respetuosa. Aquí estamos, en este sencillo pero sentido homenaje, donde te podemos decir que extrañamos tus palabras, tus gestos y tu sonrisa cadenciosa porque nos hacía sentir profundamente importantes y queridos, aún en los momentos más difíciles de nuestras vidas, como estar hoy haciéndote un merecido pero muy doloroso homenaje, porque todavía nos hace mucha falta tu presencia.

Sea pues, con cariño, a Dolores Pla.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Coordinó a varios colegas para integrar el volumen *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina* (2007), prologado por Nicolás Sánchez Albornoz.

Tags:

Homenaje

Lola en Vilasacra, Gerona, L'Empodá, Cataluña, España

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 – 00:49

Julia Tuñón*

Habíamos quedado en encontrarnos alguna vez en Vilasacra, o en Vilanova, pasear por ahí para enseñarme el sitio de sus recuerdos, escuchar sus historias a través de sus ojos mirando dónde habían pasado cincuenta años atrás. Yo podría entonces imaginar cómo era su casa, el pueblo que ahora es chiquito y disperso, el río Muga, el camino que lo une a Vilanova, estrecho y de tierra, casi invadido por las plantas que lo bordean. ¿Cómo puede ser que esas cosas permanezcan y Lola no esté más? Tiene que haber algún error. Esas cosas, casas, paisajes, árboles y el río solo pueden tener sentido con sus recuerdos, por sus recuerdos. Habíamos quedado en vernos ahí, quizás podría ser en septiembre, en que yo iría a Barcelona y ella estaría todavía por esos sus lares.

Así es que cumplí el trato, aún sin ella: me fui a visitar el pueblo de Lola: como ella decía: “Vilasacra, Gerona, L'Empodá, Cataluña, España”. A pesar de todo lo que yo había escuchado sus recuerdos el lugar no correspondía a lo que había imaginado, así que tuve que poblar imaginariamente las calles, ahora vacías, llenarlas de niños y niñas entre las que estaría ella, y la imaginé correteando por ahí, robándose los higos de la higuera que está en la dizque plaza principal, con el ayuntamiento a un lado, escondiéndose en el campo sembrado entre Vilasacra y Vilanova y bañándose en el río con el bochorno del verano. La imaginé también alguna mañana de invierno con sus amigas, contando cuántas mangas abrigaban sus bracitos, imaginé cómo sería la enorme casa por dentro, cuando estaba habitada, en primavera, a la hora de la siesta, con las ventanas abiertas y cortinas blancas movidas por el viento. La gran casa gris y triste lleva abandonada muchos años, como muchas otras en el pueblo, y supuse, no sé por qué, que Lola tenía su cuarto en el primer piso, arriba del negocio cerrado que anuncia “pan de leña” y la vi asomarse para responder a los chicos que la llamaban a jugar en la calle. Sí, esa calle seguramente estaba en las tardes atravesada por pelotas y llena de gritos infantiles.

Hoy es la carretera que atraviesa al pequeño pueblo, entonces sería más tranquila, aunque lo siga siendo, seguramente más rústica, e imaginé en ella a Lola con la Senyoreta Merce, la maestra a la que tanto admiraba esperando el autobús que las llevaría a Barcelona para presentar exámenes. Mientras llegaba la hacía revisar las tablas de multiplicar, las lecciones que habrían de someterse a escrutinio. Me enseñaron la que era la escuela, otra casa grande y triste separada tan sólo por otra construcción de la de los Pla, así que Lola casi no tenía que

caminar para llegar a sus clases, y también me enteré de que esta profesora de quien siempre decía que le enseñó valores éticos y una actitud responsable ante la vida acababa de morir hacía quince días. Me las imagino reencontrándose en la sala de espera del otro mundo: ¡Qué gusto verla! ¡Tantos años que han pasado! Y Lola, temerosa de ser indiscreta, con esa timidez que tantas veces la atosigaba avanzaría un “no se imagina usted todo lo que la he recordado”.

En el supermercadito de enfrente de la casa recuerdan a Lola y a su familia. Les llaman “Els americans, porque se fueron a América, ¿verdad?” Lo que quizás no imaginan es cómo fue el mundo al que ella llegó, cómo Lola se adaptó a él, se entregó a la forma de hablar, con tanto amor hacia su gente y tanta dedicación a su historia. Y tampoco podrán imaginar todo lo que Lola ha sido para este México que nos tocó compartir.

Yéndola a buscar a Vilasacra imaginé a la Lola niña, le puse imágenes a sus recuerdos, que yo recuerdo ahora, pero no, no logré aceptar que ya no está aquí. Me imagino más bien que ella prolongó su estancia, quizás pidió un sabático para ir a nadar al Muga, estar un rato en ese pueblo un poco fantasma que se considera a sí mismo “la capital del mon”, ver a los viejos vecinos y entrevistarlos, darle a su pasado un poco de su vida presente, de esa que ella tiene tanta y creo que cualquier día de estos Lola aparecerá, y va a regañarnos por haber prestado atención a semejante sinsentido: ella sigue aquí, con todos nosotros.



La que fue casa de Lola, cerrada por muchos años, se ve triste hoy en día, pero seguramente cuando era niña las risas la llenaban de alegría.



Se han cegado las puertas para abrir pequeñas ventanas, se han quitado los carteles, dejando manchas, pero en esta casa que fue escuela hubo bullicio infantil.



Antiguas casas de piedra, abandonadas, conviven con casas modernas. Vilasaca es un lugar de contrastes.



Así de azul y claro debió de ver Lola el cielo los días de verano



Con orgullo, Vilasaca se considera a sí misma "la Capital del Mundo"

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

Homenaje

DULOS: ética e historia

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 - 00:48

Carlos San Juan Victoria*

A inicios de los años ochenta llegó al entonces Departamento de Investigaciones Históricas, pronto reconvertido en Dirección de Estudios Históricos, el pulular creativo de un nuevo grupo de colegas mujeres. Venían, entre otros lados, del Proyecto de Historia Oral impulsado por la doctora Eugenia Meyer y se reorganizaron como Seminarios de la Mujer (las hermanas Tuñón Pablos, Conchita Ruiz Funes, entre otras) y de Inmigrantes (Rebeca Inclán, Guadalupe Zárate). Ahí tuvimos el gusto de conocer a una Dolores Pla joven, guapa y culta. Tras la fachada de cierta reserva, latían sus pasiones y convicciones, y sobre todo, un gran humor, la voluntad ibérica, viejas y nuevas tristezas que no borraban su sonrisa. Lola para los conocidos, Dulos para los más cercanos.



Trabamos amistad al poco tiempo a partir de una inquietud sindical y académica. Ahí empezó el fluir de intereses compartidos, la historia reciente de México, los debates historiográficos, la inmigración española y sus impactos en la sociedad mexicana, mucha literatura y poesía. Había en ella la curiosidad minuciosa del novelista para nombrar vidas singulares y abrirse a las

emociones de las personas. También una hábil tejedora que hilaba los testimonios orales directos, la fuente fresca de experiencias inéditas, en texturas de épocas. Y sobre todo una inevitable condición ética que localizaba el dolor y el agravio en situaciones injustas. De ahí la naturaleza singular de sus trabajos: los inmigrantes españoles pero los comunes y corrientes, la tensión entre la patria ausente y el difícil reacomodo en una sociedad diferente, la dura experiencia de los niños del exilio, la injusticia social de una sociedad mestiza que niega su condición indígena. No sólo eran “temas historiográficos” sino personas concretas en situaciones torcidas que orientaban un trabajo más amplio, estadístico, documental, historiográfico

Sin que se perdiese el contacto y las actividades conjuntas, cada quien emprendió su respectivo camino hasta que otra iniciativa nos volvió a juntar. En 2011 el área de Historia Contemporánea, con cerca de 35 investigadores que exploraban aspectos del siglo XX, decidió crear una revista digital orientada a ese “continente” vivido por todos pero apenas entrevistado con el rigor historiográfico y la diversidad de sus relatos. Gabi Pulido, entonces subdirectora de esa área, apoyó de manera intensa la inquietud. Los colegas decidieron cooperar con ensayos. Al terminar el Consejo se integró la comisión operativa con un solo participante y el gesto solidario de Gabi dispuesta a apoyar desde la Subdirección. Dolores fue más tarde a verme, y como en los viejos tiempos dijo: yo le entro, vas a ver que la levantamos. Era un momento donde el trabajo se le multiplicaba, quería decir adiós a sus obras sobre la inmigración pero recibía solicitudes de asesorías, exposiciones, la coordinación de nuevo libros. Estaba también en el consejo de redacción de nuestra revista *Historias* y sus duras faenas para elaborar número tras número. Y se abrían nuevos compromisos e intercambios sobre sus investigaciones en torno a los censos y la población indígena. Pero no vaciló en tirarse de cabeza en el nuevo proyecto.

Y en efecto, se emprendieron varias rutas para que existiese esa revista sin olor de papel y tinta, puro flujo digital en pantalla. Hacia afuera el trabajo con Benigno Casas, editor de revistas del INAH para encontrar el diseño digital. La integración de un Consejo de Redacción con nuestros colegas, Mario Camarena, Mónica Palma, Gabi Pulido ya como investigadora y Haydée López, joven investigadora que Dolores recomendó mucho. La integración del primer número que invitó a varios colegas participantes en un Foro sobre la mirada del investigador. El teje y maneje de un archivo donde se dejaba constancia de todo, y en particular, de los intercambios con autores, dictaminadores, editores y correctores. Los aprendizajes para adecuar a todos estos hijos de Gutenberg a los códigos cambiantes del HTML y de las plataformas digitales. Los horizontes abiertos para manejar, como no puede ocurrir en las revistas impresas, las imágenes, el video y el audio.

Un conjunto de intercambios y aprendizajes colectivos donde Lola promovía, invitaba, hacía los archivos y ayudaba en los trámites necesarios para que nuestra institución sostuviera el

proyecto. El nombre de la revista *Con-temporánea*, su organización en secciones donde no podía faltar la revisión historiográfica, su diseño final, las revisiones y correcciones de los primeros artículos, también fueron beneficiados por el diálogo y el intercambio con Lola. En varios momentos la naturaleza técnica o administrativa parecía cerrar el paso o bifurcarse en laberintos. Era fácil desanimarse y también de manera puntual que reapareciera la sonrisa de Dolores diciendo, ¡claro que se puede! El 12 de marzo de 2014, a los dos días de que se subió a internet la revista, Lola nos mandó este mail: “Acabo de ver la revista, sólo la portada porque no supe cómo avanzar, pero es suficiente para ver que se ha hecho un trabajo espléndido. Ahí está reflejado el esfuerzo de muchas voluntades que, además, lograron salvar los escollos. Un abrazo para todos. Dolores”

Ya con el número 1 en el ciberespacio Dulos me dio una buena y una mala noticia. La buena: que sería la directora de la revista *Historias*; la mala, ya no podría participar de igual manera en los siguientes números de la nueva revista. Días después nos fuimos a comer a un pequeño restaurante del Claustro de Sor Juana en la vieja calle de San Jerónimo. Acababa de inaugurar una exposición sobre el exilio español que le requirió no pocos trabajos. Era el jueves 11 de junio. Ya estaba con un pie en México y el otro en la ilusión de ver a sus hermanos en Barcelona. Decidida a culminar esa fase de trabajos sobre la inmigración para concentrarse en el viejo dolor mexicano de la discriminación. Habló largo y tendido sobre su querida hija Ana, quien había hecho un viaje reciente a China como quien va a la tienda de la esquina y que ya se paseaba por España. Habíamos realizado varias reuniones historiográficas, las últimas sobre los libros de Georg G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, y de Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla*. Haríamos a su regreso otra sobre un texto inquietante del ensayista mexicano Sergio González Rodríguez, *Campo de guerra*.^[1] Pasaron las horas entre plática y risas continuas, como siempre, sin sentir las. Fue la última vez que la vi.

Resulta difícil escribir sobre Dulos en pasado, una ausente peculiar que encarna sin previo aviso en imágenes fugaces y constantes de alegría, tesón y compromiso. Vivir con ella el desarrollo de este proyecto nos obliga como colectivo a recuperar a esa presencia fecunda que nos acompaña. Hay gente que cree que la ética es una categoría del logos que vive en los libros, la versión ilustrada de que la moral es el árbol que da moras. Sin embargo, o es despliegue de la existencia concreta, actos y conductas, o no existe. La revista *Con-temporánea* tiene la riqueza del vivir de Dulos, una existencia que obliga en libertad. Un referente para preservar si así se considera a la iniciativa colectiva y sus esfuerzos derivados en épocas de individualización extrema, a la actividad de investigación como un compromiso inagotable con la curiosidad, dispuesta a abrirse a nuevos terrenos que al momento parecen periféricos o invisibles. A concretar el circuito de los bienes y recursos públicos en cultura, donde la investigación sea accesible, gratuita y al alcance de jóvenes estudiantes. A fomentar la publicación de nuestros colegas de esta casa y de instituciones hermanas, sin afán proselitista o sectario. Atreverse a escuchar las “explosiones profundas” de cada época, las irrupciones de la violencia y el agravio, las voces no escuchadas, las narrativas potenciales que

requieren de su gramático que las incorpore a la pluralidad que somos. Queremos, en el combate cotidiano por estas orientaciones, que Lola siga sonriendo en *Con-temporánea*.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] George G. Iggers, *La historiografía del siglo XX, desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, Chile, FCE, 2012. Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla, interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, 2012. Sergio González Rodríguez, *Campo de guerra*, Barcelona, Anagrama, 2014.

Tags:

Homenaje